

MÓNICA
DE CRISTÓBAL

CON LA LUZ ENCENDIDA

¿Quién decide qué está bien y qué está mal?
Dos madres enfrentadas a sus miedos.
Un acto de amor puro.

NdeNovela

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Comisaría central...

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

EL PORQUÉ

EL FINAL

NOTA DE LA AUTORA

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Tras el fallecimiento de su marido, Celia Fuertes se enfrenta a la difícil tarea de criar sola a sus tres hijos mientras sigue adelante con su carrera profesional como abogada en ejercicio. A pesar de la carga de responsabilidad por tener que atender a su familia y a su bufete, decide continuar y volcarse en el trabajo para superar el duelo.

Es entonces cuando, durante una guardia del turno de oficio, cae en sus manos el caso más difícil con el que se ha topado: una mujer inmigrante es acusada del asesinato de sus dos hijos. No hay más sospechosos, no hay pruebas que puedan incriminar a otra persona, no quiere ninguna defensa; y Celia siente que hay bondad y amor en esa mujer, pero que ha tirado la toalla.

Todo ello, junto con el misterio que rodea su vida y su negativa a hablar, lleva a la abogada a obsesionarse por el caso e intentar encontrar una explicación a lo ocurrido.

¿Qué se esconde tras el silencio de la investigada? ¿Por qué no quiere colaborar en su defensa? ¿Qué le ha llevado a cometer semejante atrocidad? Una trama con distintas historias que confluyen hacia un final inesperado y sorprendente, donde la justicia no puede (o no sabe) llegar.

CON LA LUZ ENCENDIDA

Mónica de Cristóbal

NdeNovela

A mis padres y hermanos, por todo.
A mi hijo David, porque me has dado un lugar en el mundo.
A Ismael Sánchez, porque tu existencia amplifica la mía.
A mis amigas, porque sus historias y virtudes modelan mis personajes.

No hay extensión más grande que mi herida, lloro mi desventura y sus conjuntos y siento más tu muerte que mi vida.

Estrofa del poema *Elegía a Ramón Sijé*,

MIGUEL HERNÁNDEZ

Desgraciado quien no haya amado más que cuerpos, formas y apariencias. La muerte le arrebatará todo. Procurad amar las almas y un día las volveréis a encontrar.

VICTOR HUGO

—Comisaría central, ¿dígame?

—Buenas noches. Vengan, vengan enseguida. Mis hijos están muertos.

—¿Cómo?

—Vengan enseguida.

—Señora, ¿es un accidente?

—Están muertos.

—¿Está segura?

—Los niños

están

muertos.

1

Celia es abogada en ejercicio. Le pusieron su nombre por los libros de Elena Fortún, aunque ella siempre ha sentido que no se parece en nada al personaje ni a su autora. Qué más quisiera.

Celia utiliza la palabra como profesión, pero no para deleitar a los niños, sino para defender a todo tipo de clientes que la contratan para eso. Da igual si cometió un delito, si no lo cometió, si tiene razón, si es de justicia o si es legal. Lo importante —siempre lo dice así, con mucha teatralidad y en la primera visita que concierta el cliente en su despacho— es recabar pruebas. En derecho (y aquí deja siempre unos segundos la frase en el aire) no gana el que tiene razón, sino el que tiene las pruebas que lo demuestren. Sin pruebas, no hay justicia que valga. A continuación, les ofrece un café o un refresco, para apaciguar esa sed de venganza con la que han llegado y que empiecen a entender lo que de verdad van a conseguir.

Lleva así quince años. Ejerciendo la palabra a cambio de dinero. La vocación la perdió cuando descubrió, precisamente en pleno juicio, lo de las pruebas que ahora cuenta casi como un eslogan de su propio despacho. La hija de su cliente había desaparecido sin motivo alguno y la última persona que estuvo con ella, su exnovio, mintió desde el principio respecto a su coartada. Pero, a pesar de los embustes, como no se encontraron nunca ni su cuerpo ni ninguna prueba de su fallecimiento, y menos por causa violenta, el presunto culpable fue declarado inocente. En el juicio quedaron claras su frialdad, su falta de moral, sus trápalas y que nunca había aceptado

que ella lo dejara. Pero, ante la ausencia de pruebas de cargo razonables, solo cabía la conclusión de la inocencia.

Desde aquel caso siente que ejerce el derecho como una pasión mal digerida, en un matrimonio que no tenía que haber sido nunca, pero que fue por la insistencia de sus padres.

—Ya escribirás más adelante en un periódico, hija, pero con la carrera de Derecho terminada, que esa carrera sirve para todo.

Así que ahí está, con su toga, su despacho y sin haber escrito jamás ni los cuentos que se inventa para sus hijos. La hija de su cliente sigue desaparecida y el exnovio trabaja en un taller y ha formado una bonita familia.

Lleva otros cinco años siendo también madre y culpable. Tres niños y un negocio propio es lo que tiene. La culpa aparece cuando al día siguiente le vence un recurso de apelación y está en urgencias por la bronquiolitis del hijo mediano, enchufadito al oxígeno, mientras ella intenta alcanzar con el móvil algo del wifi sanitario, porque no recuerda muy bien el artículo de una ley que debe aplicar, ya que, además, duerme muy poco por las noches porque el pequeño ha empezado con los miedos nocturnos.

Se siente culpable por ser una mala madre, una mala esposa, una mala hija, una mala amiga y una mala abogada. Porque no llega a casi nada, y en ese *casi* se ahoga constantemente en un mar de inseguridades y le palpita la sien cada vez que lee en una sentencia «la defensa no ha acreditado completamente los hechos de la demanda», o ve la nota en la agenda de la guardería de «faltan pañales y toallitas, tercer aviso», o imagina la cara de su madre cuando le contesta por teléfono: «No, mamá, todavía no puedo ir a las rebajas contigo» y su madre le replica: «Pues para cuando vayamos, ya no va a quedar nada» y lo dice con tono de pena, no

por la ropa, sino por ese rato de tiendas juntas que tanta falta le hace.

A veces le bombea tan fuerte el corazón por la noche, que se despierta y se desvela con la guillotina a punto de desplomarse sobre su cuello, su cuello de culpable.

Después, siente cómo se acomoda en su cogote un gremlin, uno de esos extraterrestres que todos los que hicimos la EGB vimos alguna vez en el cine o en la televisión, que la aprieta y aprieta hasta que le bloquea toda la espalda y tiene que ir al fisio y escuchar lo de «el estrés es muy malo, Celia, te tienes que cuidar, te tienes que».

Marido no hay.

Había, pero ya no hay.

Murió en febrero.

Tenía su último hijo catorce meses.

Cuando nace el primero regañas por quién se levanta más por las noches. Cuando nace el segundo hay discusiones por quién se levanta más, cambia más pañales y pasea más carritos. Cuando nace el tercero hay broncas por todo y por nada.

En esa bronca estaban una mañana de sábado por la calle, con el bebé en el carro y los otros dos niños agarraditos a su abrigo, mientras él farfullaba y ella contestaba a regañadientes por cualquier sandez, hasta que él le dijo:

—Está bien, está bien, me voy a comprar el postre, porque prefiero no seguir escuchándote.

Celia se dio la vuelta con el carro y los niños, malhumorada y hasta el gorro de todo. Eso fue lo que pensó en ese momento: «Estoy hasta el gorro de todo». También pensó: «Y ojalá se estampe», de lo enfadada, cansada y triste que se encontraba esa

mañana, por todo y por nada, como venía siendo habitual desde hacía unos meses.

Él cruzó, como tenía por costumbre, por mitad de la calle. Para qué un semáforo, para qué un paso de cebra. Para qué.

Él iba siempre así, con prisas, como si la vida se le fuera a terminar anticipadamente y tuviera que hacer muchas cosas antes de irse. Hablaba de forma atropellada, andaba saltándose un paso casi por encima del siguiente, reía con fluidez para acortar los tiempos y que diera lugar a decir algo más y parecía que la urgencia la llevara metida entre la camisa y el pantalón, tragándose la vida a zancadas.

Celia se giró cuando él gritó:

—¿Qué prefieres: fresas o helado?

Y ella vio sus enormes ojos verdes y sus brazos abiertos en cruz, con las palmas de las manos extendidas hacia el cielo, en forma de interrogación.

Y ya no vio nada más.

No advirtió que una moto giraba la curva a gran velocidad. No oyó el ruido, no escuchó el derrape, ni el golpe, ni lo vio salir disparado contra una farola, ni el griterío, ni el jaleo, ni a sus hijos chillando agarraditos a su abrigo y al bebé llorando desconsoladamente.

Tampoco se percató de la sangre que, según dijeron después, se desparramaba veloz por la calle formando un reguero, como un pequeño río de vida que tardaría aún varios días en desaparecer. O cómo la parte frontal del cráneo se quedó adherida a la farola. Allí, después, la madre de él pondría todas las semanas un ramo de flores, frescas y bien ataditas con un lazo azul, hasta su muerte.

No sintió cómo él se iba, se elevaba y se quedaba suspendido sobre su propio cuerpo destrozado, mientras el de la moto profería alaridos y abrazaba al de la pescadería, que había salido disparado a

prestar ayuda por si podía hacer algo con sus manos expertas en abrir cuerpos, cortar filetes, quitar cabezas y separar espinas.

En unos segundos eternos, en los que el vecindario se hizo multitud, en los que alguien llamó a emergencias, otro a la policía y una señora cogió el casco que el motero había lanzado al suelo antes de abrazarse al pescadero, Celia permaneció completamente inmóvil, como si ella también fuera una farola.

Después, solo dijo:

—Fresas, mejor las fresas, que ya es la temporada. —Y se desplomó.

2

Tardó unos meses en volver al despacho desde lo de las fresas. Celia llamará así a aquel episodio hasta que se cure y pueda hablar de ello con naturalidad, como dice la terapeuta del seguro médico que la trata cada quince días y rellena con diligencia su ficha de asistencia cada vez que va, con una letra redonda y pulcra que a Celia le gusta mirar y la embelesa.

Los meses del duelo de las fresas sus compañeros del despacho se hicieron cargo de sus juicios y de sus clientes. Los antiguos y los nuevos. Asumieron sus demandas y recursos y atendieron las consultas. Nunca tendrá Celia bastantes palabras de agradecimiento. Aparecieron en el tanatorio, le quitaron el móvil del despacho y le dijeron:

—Ahora, olvídate del trabajo y cuando estés lista, vuelves, que allí estará todo igual para ti.

Celia pensó que tarde o temprano les iba a devolver el favor con creces. Buena era ella para tener en cuenta lo que los demás hacían por ayudarla. A su enorme lista de tareas añadió mentalmente estas devoluciones, no se fuera a permitir una ayuda desinteresada y quedar luego como una aprovechada.

Celia no pensó en el coste, ni en el desgaste ni en el sinsentido de tener que estar siempre devolviendo los favores.

Para eso no pensaba.

Para eso no.

No solo era la culpa, que llegó para instalarse cuando fue madre por primera vez; era también la educación, el «es de bien nacida ser agradecida» y la responsabilidad, la que empieza temprano, cuando te dicen: «Seguro que puedes sacar un nueve en vez de un siete», y termina con ataques de ansiedad en los exámenes parciales, durante la universidad, que luego ahogas en cubatas, celebrando las magníficas notas obtenidas.

Pero ahí queda, ahí subyace, no se va con la vomitona de la borrachera ni con la piel que quema el verano, porque el año que viene más y mejor y, además, un curso fuera para aprender un idioma, el que sigue haces también un voluntariado para saber qué se siente y al año siguiente, encima, como ya te vas a casar, pasas más tiempo que nunca con tus padres. Y así, en un sinfín de detalles aparentemente sin importancia, te vas desgastando, te dejas la piel y un poco la vida, pues las neuronas están en el trabajo y las emociones en los ojos de pena de tu madre, con su nido vacío, y en la mirada de aprobación de tu suegra cuando le dices que sí, que tú la acompañarás a su diálisis siempre que lo necesite.

Luego te casas y sigues yendo al nido vacío de tu madre incluso entre semana, para que parezca lleno, mientras tu marido ya no va a diálisis con su madre, sino que vas tú, porque para eso la suegra ha ganado una hija, una hija como tú, que sacó matrículas de honor en la universidad, habla dos idiomas e hizo un voluntariado. «Fíjate», le dice la suegra a la enfermera, «que se fue un año a la India y otro a México, con esos niños pobrecitos que se los comen los mocos y las moscas».

La enfermera mira con admiración a esa joven abogada con matrículas, idiomas y que es casi una santa. Sí, señora, así se lo contará luego a las otras enfermeras mientras moja la magdalena en el café en su descanso; y no ven ni la culpa, que ya asoma, ni ese

exceso de responsabilidad que no es que aflore, es que se ha comido a la pobre Celia, se la ha tragado como una *Boa constrictor* y la está deshaciendo lentamente con sus jugos gástricos venenosos, para terminar siendo el resultado del molde perfecto con el que la hicieron entre todos, para nacer y vivir esta vida de ellos.

En esa ecuación perfecta, la muerte de su marido no tenía ningún encaje.

«Hasta que la muerte os separe», les había dicho el sacerdote ante doscientos invitados en la iglesia que escogieron sus suegros porque ellos se casaron en ella, con el vestido que eligió su madre porque le recordaba al suyo. Le apretaba un poco la sobrefalda y sentía resbalar las gotas de sudor por los muslos cuando llegó esa frase tan de película: «Hasta que la muerte os separe». Él le sonrió con esos ojos verdes que la tenían enamorada, con los ojos y con la boca perfecta que estaba deseando besar, y sintió las gotas de sudor también en las axilas, la espalda y asomando un poco en el bigote, que menos mal que había sido perfectamente depilado, como todo lo demás, porque para eso era la novia.

Hoy recuerda esa frase al entrar al despacho y siente que si fuera un caso de los suyos tendría que demandar a Dios y al cura de aquella iglesia. «Hasta que la muerte os separe» no es para pensar que seis años después eso va a ocurrir. Es una frase muy rotunda que, dicha entre gente joven, te hace creer que llegarán las bodas de plata y las de oro por lo menos. Podría demandar a Dios para que volviera a ponerla justo en aquella calle, con sus niños agarraditos a su abrigo y el bebé berreando en el carrito. Cuando él le dijera que se iba a por el postre, ella lo agarraría y le pediría que le repitiera lo que le juró en la iglesia, cuando le sonrió con los ojos y con el alma, delante de doscientas personas y de sus gotas de sudor. Pasaría la moto por detrás y seguramente el hijo mayor imitaría su ruido

corriendo hacia el portal, en el que todos entrarían juntos, riendo. El pescadero, ajeno a lo que se estaba librando, estaría en ese momento quitando las tripas de medio kilo de boquerones y exclamaría en alto, al ver pasar la moto, que él quería una así, que era una auténtica pasada su potencia.

Celia sabía que esa demanda no tenía ningún sentido, que tan solo eran divagaciones de viuda y que seguramente pensarían lo mismo miles de madres cuando pierden a sus hijos o de amigos cuando se va su alma gemela. Tenía claro que el momento no iba a volver para que se resolviera de otra forma, pero le gustaba regodearse en el dolor mientras pensaba en cuántas cosas podría haber hecho por cambiar los cinco segundos anteriores a que él se pusiera en mitad de aquella calle. En cinco segundos podría haberlo besado, agarrado, abrazado, rodeado, preguntado otra cosa, ordenado que cogiera el carrito, incluso podría haberlo golpeado con fuerza con su bolso para dejarlo paralizado. Cualquier cosa en cinco segundos habría cambiado su destino. Pero no lo hizo y él se fue, cruzando la calle por donde no tenía que cruzar, y ella dejó pasar uno, dos, tres, cuatro, cinco segundos preciosos sin hacer nada de nada para, después, no volver a verlo nunca más. Ni siquiera pudo besarlo en el hospital; y para cuando recobró el conocimiento y la consciencia real —estuvo un día entero ingresada en estado de *shock*—, sus padres y sus suegros ya habían decidido que el ataúd estuviera cerrado y qué tipo de madera, crucifijo y responso marcaría su final.

Lo que Celia no sabía del día en que murió su marido era que cerca de allí, aunque muy lejos en sus vidas, a la misma hora en que la moto lo lanzaba contra la farola, una mujer había entrado en el Retiro con sus dos hijos de la mano. Parecía que el día iba a ser soleado, a pesar del frío del invierno, y les encantaba pasear entre

las fuentes y los senderos de los parques y subirse a todos los columpios y toboganes. La mujer llevaba bocadillos de queso y zumos para comer frente al lago, así los niños podrían tirar miguitas a esos peces tan enormes que asoman por las orillas, buscando constantemente el reflejo de las manos de los pequeños que les lanzan comida y, a veces, también globos o golosinas.

De pronto, la mujer se paró en seco y escondió detrás de ella a sus hijos. Los niños preguntaron: «Mamá, ¿qué pasa, jugamos otra vez al escondite?», pero a ella no le salió la voz.

Los estaba viendo.

Iban tan campantes, directos a las escalinatas justo enfrente del lago. Ella supo entonces que la estaban buscando. Había soñado que nunca la encontrarían, pero olvidó que la crueldad no tiene fronteras, ni idiomas ni sellos en los pasaportes que le impidan atravesar. No pudo ni contestar a sus niños, que reían detrás de ella creyendo que era un juego. No le salió la voz ni la palabra. El corazón le latía tan fuerte que pensó que lo oirían los que pasaban a su lado corriendo, en bici o paseando, ajenos completamente a los otros, que estaban allí parados, en mitad de la senda, porque venían a por lo que era suyo.

«Están llegando», se dijo. Se dio la vuelta y salió corriendo, con los niños al lado, que seguían creyendo que estaban jugando. Corrió calle arriba, sin resuello, y se le cayeron los bocadillos de queso. No se paró. Siguió acelerando. Uno de los niños empezó a lloriquear porque le apretaba la zapatilla y le estaba haciendo una rozadura. El otro la agarró más fuerte porque sabía que algo pasaba. Aunque eran gemelos, eran muy distintos. De pronto, pasaron veloces dos coches de policía y una ambulancia. «Ha habido un atropello», dijo alguien a la vez que se santiguaba. El niño que lloraba exclamó: «Mira, mamá, sirenas, policías». Pero ella no paró, no comentó,

como hacía otras veces, «yo de mayor quiero ser astronauta policía y patrullar por el mundo», no dijo nada de eso y el que sollozaba se puso a gemir más fuerte: «Para ya, mamá, que me duele, me duele mucho». A ella sí que le dolía, le iba a estallar el corazón del daño que sentía, de la rabia, de la indignación. ¿Por qué había continuado hasta ese momento?, se preguntó, ¿por qué está en esa situación si ellos siempre llegan, siempre encuentran?

Miró hacia atrás y no vio que pasaba veloz el coche oficial con la juez que iba a levantar el cadáver del atropellado. No podía saber que, meses después, esa misma juez le leería sus derechos estando ella esposada. No vio el coche, pero tampoco los vio a ellos, así que aminoró el paso y balbuceó un «¿nos metemos en el metro a dar vueltas en los trenes a ver si vemos ratones en sus casitas de los túneles?». El que lloriqueaba se puso a saltar muy contento, porque le encantaba el plan, y el otro volvió a apretarle fuerte la mano como si entendiera que estaban huyendo, aunque no sabía de qué o de quién, pero que él estaba ahí y comprendía, y a ella esto se le hizo una bola gigante en el estómago. Menos mal que en ese momento pasó la ambulancia, esta vez en sentido contrario, y entonces sí, entonces sí les pudo decir que ella de mayor conducirá ambulancias y coches de bomberos y de policías, pero en Marte, en Júpiter o en la Luna, y que quién se apuntaba, y los dos niños saltaron entusiasmados diciendo adiós a la ambulancia con sus luces y sus sirenas.

Y la ambulancia se alejó, sorteando coches y semáforos, llevando a Celia, desmayada, a un hospital del planeta Tierra.

3

En el mes de julio los padres de Celia se ofrecieron a llevarse a los niños a la playa para pasar el verano.

—Hija, te vienes todos los fines de semana, incluso desde el viernes, o te quedas hasta el lunes, tú verás si puedes, y así también descansas un poco. Y cierra bien este mes todos los temas para pasar allí un agosto tranquilo todos juntos. Tus hijos te necesitan.

Esa era, para entonces, la frase favorita de su madre: «Tus hijos te necesitan». A Celia le retumbaban las palabras en las sienes cada vez que la escuchaba, así que aceptó, de nuevo por no desairarla, por la inseguridad de pensar si sus hijos ese verano echarían muchísimo de menos a su padre haciendo castillos de arena y para intentar que la larva de la culpa se quedara solo en la parte de arriba de la espalda y no le bajara por toda la columna vertebral, pues tendría que pasar muchas horas sentada trabajando.

Los abuelos se llevaron a los niños con sus maletitas, bien atado cada uno a su silla de coche, un 3 de julio y Celia se quedó sola, con la sensación de estar viviendo la realidad de otra persona. ¿Dónde estaba su marido cargando maletas, protestando por el exceso de equipaje, pero silbando las canciones favoritas de los niños? ¿Dónde estaba su familia, formada con tanto esfuerzo, cantando al unísono en el coche mientras ella miraba por el espejo retrovisor cómo se alejaban de la ciudad camino del descanso? La primera noche la pasó llorando abrazada a los pijamas de sus hijos y con el de su

marido puesto, a pesar de ser el de invierno, porque era el único que aún conservaba algo de su olor en la tela de franela.

Las amigas, su madre y hasta su suegra se habían ofrecido en varias ocasiones para ir a vaciar el armario de su marido. Al final, habían desistido, porque ella siempre encontraba la excusa perfecta: «Hoy no puedo, que los niños están revolucionados»; «el viernes es imposible, porque viene el fontanero a ver el atasco en el sumidero de la cocina»; «mañana es que nos vamos a pasar el día al Retiro»; «el domingo es que».

Las amigas, su madre y hasta su suegra sabían que Celia abría el armario muchas veces buscando su olor y entendían, afligidas, que no quisiera vaciarlo y que se estuviera quedando sin pretextos.

Le sorprendió la madrugada pensando en por qué no habría una fragancia de cada persona en un frasco. Sonaba macabro, sí, pero aliviaría mucho la pena del recuerdo, o eso creía ella. «Mire, señora, aquí tiene el olor de su marido», o «en este frasco está el aroma del pelo de su hijo recién bañado», o «en esta botellita hemos metido la esencia de las manos de su madre». Y cada vez que uno quisiera recordar intensamente, se echaría unas gotitas detrás de la oreja y podría incluso conversar con el muerto.

De pronto, unos rayos de luz empezaron a avanzar por su cama. Era el sol amaneciendo fuera, trepando por su colcha como si tuviera unos dedos largos y luminosos que quisieran alcanzarla en ese momento de gloria en el que había descubierto que el olor embotellado podría menguar el dolor eterno. Se hizo la luz tenue del incipiente día en la habitación y se vio rodeada por todo lo que era de él: su gabán tal y como lo dejó, la mesilla de noche con el libro marcado donde estaba leyendo y las pastillas para la tensión, sus zapatillas debajo de la silla e incluso un reloj que iba a llevar a arreglar y que había dejado en la estantería de las fotos de la boda.

El reflejo del sol subrayaba la presencia de cada objeto. De un salto cogió el libro, el reloj, las pastillas, las zapatillas y todo lo que había en el gabán, lo metió en su armario y cerró la puerta con fuerza para que no se fuera su preciado olor.

Volvió a la cama y la habitación parecía otra. Creyó que estaba viviendo una invitación divina a volver a empezar; y así, pegando aún las manos a su nariz por si en alguno de esos objetos había algo del aroma de él, se quedó profundamente dormida.

A esa hora, su suegra ya se había levantado y estaba desayunando. Le gustaba llegar la primera a la floristería para elegir las flores más frescas y hacer el atadillo semanal que ponía en la farola a la vista de todos. Su marido, sus consuegros e incluso su nuera le habían reprochado varias veces la costumbre del ramo: que si los niños lo veían cada vez que bajaban a la calle, que si la gente contaba historias de cómo quedó el cuerpo cada vez que alguien preguntaba por esas flores de ahí, que si cualquier cosa. Pero, para ella, el ramo en la farola era su duelo en la vida. Su hijo había muerto allí, estampado, y esa farola contenía, por tanto, su última esencia, su último suspiro, su último aliento. No podía soportar que no estuviera cubierto de flores bellas y alegres, porque si algo de su hijo se había quedado allí, tenía que ser hermoso, como era él.

Ella creía que si todos pusieran flores donde fallecían sus seres queridos, el mundo sería un paraíso precioso donde recordarlos con alegría. No entendía por qué podía parecer macabro o triste para los demás.

Se terminó el café y sonrió pensando que esa semana pondría un ramo de lirios blancos y amarillos, pues la dependienta de la floristería le había dicho que significaban belleza y gratitud. Ojalá

estuviera esa mañana esa chica en la tienda, pues no siempre atendía ella. Un día le dijo que trabajaba a media jornada como auxiliar de un notario y que en su cabeza mezclaba escrituras públicas de compraventa con el aroma de las rosas y las gardenias. Esa mujer sí que la entendía: siempre le preparaba el ramo con una cuerda azul lo suficientemente larga y fuerte para que se quedara bien atada a la farola, justo a la altura del golpe, donde aún estaba su hijo. No la miraba como a una loca o con pena. Incluso un día le confesó que ella frotaba siempre unos pétalos de peonía o de jazmín en los expedientes de los testamentos, cuando nadie la observaba en la notaría, pues creía que algo de los muertos se quedaba también en las pulcras escrituras de las últimas voluntades.

Marcó el número de Celia para preguntarle si quería acompañarla a la floristería y a la farola. Su nuera siempre declinaba la invitación, pero ella, como una buena suegra, no desistía.

El teléfono sonó y sonó sin respuesta y, finalmente, decidió no insistir más, no fuera a ser que alguien se le adelantara en la floristería y se llevara los mejores lirios.

Celia escuchó a lo lejos la sirena. Eran otra vez la ambulancia y la policía, que venían a por su marido, y ella tiraba y tiraba de él, para que no lo metieran en el vehículo, y daba manotazos al sanitario que se había atrevido a cubrir el cuerpo con una sábana. En el último golpe se despertó de pronto y se dio cuenta de que la sirena era el teléfono, que no llegó a responder porque, a pesar de la pesadilla, se quedó en la cama observando su habitación diferente, sintiendo por primera vez en muchos meses que quizá podía empezar de nuevo, a pesar de notar la cara pegajosa de lágrimas secas y los ojos llenos de legañas.

Se levantó de un salto y llamó a sus compañeros del despacho. Les dijo que volvía a la carga y que en esos días sustituiría a cualquiera en sus guardias del turno de oficio, en agradecimiento a todo lo que habían hecho por ella. Que qué menos podía hacer por ellos, no teniendo niños y con todo el tiempo libre. Que trabajar le vendría fenomenal para tener la mente ocupada y que lo iba a hacer sin discusión alguna.

Mientras soltaba esa retahíla sin apenas coger aire para impedir que sus compañeros protestaran, su suegra ataba fuerte el nudo en la farola con los lirios más bonitos que había visto jamás, subida a la escalera que le prestaba todas las semanas el dependiente de la pescadería. «Más a la derecha, ahí, perfecto, cuidado al bajar, no se haga daño», como si hubiera un daño mayor que la pérdida de un hijo, como si hubiera cualquier otro dolor en vez de o en lugar de. No lo había y el pescadero no lo sabía, pero era tan amable y paciente que la suegra de Celia le sonrió y le agradeció una vez más su inestimable ayuda.

Maldito sea el día en el que Celia se ofreció a pagar a sus compañeros todo lo que la habían ayudado.

Maldita la sensación que tenía siempre de deberle la vida al universo, cuando ella era la primera que si podía hacer un favor, lo hacía, que dejaba pasar a todo el mundo con su coche delante del suyo, que esperaba a ser la última para entrar y salir de los autobuses, de los trenes, de la vida de cualquiera.

Se compró un par de trajes nuevos, porque todos sus atuendos le recordaban al de la fresa. «Celia, qué guapa estás con ese vestidito

verde, cómo me pones». «Celia, esos pantalones te hacen un culo increíble». «Celia, estás preciosa, Celia».

También se compró cuadernos nuevos, como si empezar los temas en hojas en blanco, sin páginas anteriores, le diera la sensación de un punto y aparte definitivo, de un «no es que pase página, es que tengo que cerrar el libro, es que ya me he quedado así, sola y con tres, sola y con negocio propio, sola y con esta edad, con algunas arrugas, con cansancio, con tristeza en la cuenca de los ojos, que todos lo ven, el pescadero ayer, mientras cortaba la pescadilla, me dijo: "Ay, Celia, ese brillo de sus ojos tiene que volver, porque ese brillo iluminaba mis salmonetes"».

También limpió la mesa de su despacho, ordenó los cajones, tiró montones de clips rotos, bolígrafos que no pintaban, extractos del banco escritos por detrás con listas domésticas de cuando eran una familia que la muerte no podía separar: ajos y puerros, recurso del caso Álvarez, tutoría colegio Silvi, tintorería.

Se notó muy distinta con su traje nuevo, su archivador con las hojas en blanco y la mesa de su despacho con todas las cosas en su sitio natural.

Se sintió como si estuviera a punto de dar un gran salto, con las piernas temblorosas, pero con la seguridad de que podría hacerlo.

Si echaba la vista atrás, se veía siempre amparada por alguien. Primero fueron sus padres y después enseguida él, porque apareció pronto, la abarcó completamente y ella se dejó caer, se dejó mimar, consolar y se guareció en él como en el poema de Gabriela Mistral: «Dormía el justo, hecho paz y belleza. Ruth, más callada que espiga vencida, puso en el pecho de Booz su cabeza».

Y ahora Booz no estaba y ella tenía tres cabecitas en su pecho, y sus padres estaban pero no estaban, como sus amigas con sus

vidas, sus hijos, sus exmaridos, amantes, hijos, no hijos, perros o voluntariado.

La suegra ya ha terminado con el ramo, ha devuelto la escalera y, desde la esquina de la calle, como todas las semanas, en el punto exacto desde donde entró la moto a lanzar a su hijo a la otra vida, hace la foto a la farola embellecida con sus lirios y da gracias por que algo de su hijo se haya quedado por allí.

Celia, por primera vez, se ve fuera de todo en su habitación, hoy tan distinta. Fuera de su propio círculo natural, el que había creado con tanto amor y tanto esmero. Se había salido de su superficie y estaba allí, gritando a los de dentro, pero no la podían oír. Sentía que debía hacer un nuevo círculo y tenía miedo, mucho miedo de hacerlo mal, de quedarse sin terminar; pero por fin notaba que iba a poder y, además, pensó: «Mis muertos, menos mal que tengo siempre a mis muertos conmigo».

4

Celia recuerda que aquella noche calurosa de la guardia del turno de oficio, en la que estaba sustituyendo a su compañera de despacho en agradecimiento a los meses anteriores, empezó tranquila. Como siempre, a las veintidós horas te llaman del Colegio de Abogados para recordarte que se inicia la guardia de asistencia al detenido y que debes estar disponible las veinticuatro horas siguientes para cualquier aviso de la comisaría o del juzgado.

En verano, normalmente, los casos suelen ser por peleas en los bares, con exceso de alcohol y alguna silla rota en la cabeza de alguien, o por robos a extranjeros que pasean felices disfrutando de las luces y las vistas, cuando se dan cuenta de que no tienen la cartera al ir a pagar el helado de pistacho que tanta gracia les hace. El calor también acrecienta la violencia familiar en todas sus facetas y a veces llaman vecinos por gritos de hombres a mujeres, de mujeres a hombres o de adolescentes que chillan a todo el que se acerque al piso preguntando a ver qué es esa escandalera a esas horas, hombre, por favor, que estamos de vacaciones y necesitamos descansar. El invierno invita a otro tipo de delitos, más pensados o con mayor premeditación. El calor incrementa el sinsentido y la improvisación en las conductas delictivas.

Celia todo esto se lo conoce muy bien, pues hacía unos años había leído un ensayo sobre el clima y el delito, precisamente para saber a qué atenerse en las guardias, dependiendo de la estación del año en la que se encontrara. Estaba tomándose tranquilamente

una cerveza sin alcohol en su terraza, pensando en qué casos le tocaría atender las siguientes veinticuatro horas, y se imaginó alguna pelea callejera o la última moda en robos de cartera, cuando el ladrón lanza una moneda al aire y la pobre víctima se agacha feliz por el hallazgo mientras otro le quita con suavidad el monedero del bolsillo trasero del pantalón.

El calor, lejos de apaciguarse con la puesta del sol, se había quedado condensado en el aire, espeso y recalcitrado, entre el asfalto y los edificios. Casi no se podía respirar. Con un poco de suerte, aquella asfixia desalentaría las mentes criminales y Celia tendría una guardia en blanco. Muy pocas veces pasaba, pero pensó que quizá aquel clima sofocante le daba un respiro laboral al delito.

De hecho, el pelo se le estaba pegando a la nuca por culpa del sudor y no corría ni una pizca de brisa que aliviara el bochorno ni tenía pinta de que la situación fuera a cambiar, por mucho que saliera la luna y el sol ya estuviera iluminando el otro lado del mundo.

A esas horas tempranas de la noche, la quietud en el exterior era extrañamente tenebrosa. No se escuchaban risas ni juegos de niños en la urbanización, ni pasos de personas que entraran o salieran a cenar, ni siquiera el canto de los grillos, que estarían también guarecidos del calor asfixiante, sin ganas de nada. Había días de ardor, como ese, en que la ciudad parecía meterse en la burbuja de cada casa por el alféizar de las ventanas y a la sombra del aire acondicionado.

Echaba mucho de menos a sus niños correteando por la casa, jugando al escondite y ella corriendo detrás con la retahíla del: «Venga ya, todos a lavarse los dientes, que es muy tarde», y las risas infantiles invadiendo el ambiente de una familia, ahora amputada por un atropello. En esos meses, casi todos los días, los

niños habían llenado la casa de carcajadas, riñas entre ellos, lloros de consolación y abrazos. Ella se maravillaba de la capacidad de adaptación que tenían. Silvi, la mayor de los hermanos, quizá era la que más le miraba las ojeras en el desayuno o el surco que dejaban las lágrimas sobre el maquillaje cuando estas brotaban de golpe, solo porque uno de los niños se había sentado en el sitio del padre en la cena o porque otro lo había llamado de pronto, olvidando que ya no estaba.

—Papá no vendrá porque se ha tenido que ir al cielo. Había allí muchísimo trabajo y le necesitaban más que nunca —le contestó un día Celia a Fernando, el mediano.

—Pero tendrá vacaciones, ¿no? —Los ojillos de Silvi eran una pura súplica.

—No, cariño, del cielo no se puede volver.

No mentir, no dar más información de la necesaria, proporcionarles seguridad. Todo eso lo repasaba Celia mentalmente cada día, porque era lo que había leído en multitud de libros de autoayuda, lo que le recomendaba su terapeuta y lo que le aconsejó la orientadora del colegio. No mentir, pero tampoco dar más información de la necesaria. Se ha muerto, pero no te digo cómo, aunque el manual de autoayuda no recoge la siguiente pregunta del niño, que es precisamente cómo se ha muerto papá. Proporcionarles seguridad. Se ha muerto, pero estamos todos juntos y bien. La terapeuta se queda en silencio cuando Celia le pregunta cómo hace para fingir que está bien cuando no lo está, pues eso sería mentirles y, por tanto, fallaría la primera premisa. Al final, la terapeuta quiere saber qué piensa ella que es mejor para sus hijos y le dice, con dulzura, que lo haga así, como a ella le salga. Le viene a insinuar, poco más o menos, que se olvide de los libros y los consejos, pues cada madre sabrá cómo tratar a los hijos huérfanos de un padre

atropellado por una moto delante de sus narices. Y, entonces, volvemos a empezar.

—Pero esa moto, ¿se lo llevó al cielo? La moto no tenía alas —observa Fernando mientras pinta una enorme moto alada que Silvi le dice que parece un grifo.

Ahora Celia llora en su casa, sola, con una cerveza en la mano, al acordarse del dibujo de Fernando. Así que decide acostarse, como hace siempre en estos casos, con el móvil en la mesilla de noche por si tuviera que entrar en acción.

A la una de la madrugada, el teléfono sonó.

—¿Doña Celia Fuertes? —dijo una voz joven y algo temblorosa.

—Sí, soy yo —contestó Celia sin ningún atisbo de adormilamiento.

—Buenas noches, lamento molestarla tan temprano, pero la llamamos de la comisaría de Cerro Yuste. Tiene que venir a asistir a una detenida: doña Zuima Winston. ¿De acuerdo? Venga cuanto antes, porque creemos que en breve habrá muchos medios de comunicación fuera.

—¿Cómo? ¿Medios de comunicación? ¿Quién es ella? No me suena de nada. —En su cabeza se había activado una alarma, la alarma de un río que se puede desbordar cuando uno oye las palabras *medios de comunicación*.

—No le puedo decir nada más. La esperamos. —El policía colgó el auricular sin que ella pudiera responder siquiera.

Somnolienta, porque había cogido ese sueño profundo de los primeros momentos de caída al vacío, aunque nadie se lo pudiera notar en la voz que atendió la llamada, se lavó la cara y los dientes, se puso un atuendo informal pero elegante, cogió su cartera y salió con el coche en menos de cinco minutos desde que había colgado el teléfono. «Qué eficacia, qué eficacia», retumbaban las palabras del de la fresa en su oído. Eso le hubiera dicho si aún estuviera a su

lado, pensó Celia con nostalgia. Él admiraba y alababa siempre su capacidad de organización y su resolución, pues todo lo programaba y lo hacía de forma que parecía fácil llevar la casa, atender a los hijos, su despacho, a él, ser hija, nuera y amiga, aunque realmente fuera todo lo contrario y esa capacidad de encajar las piezas solo eran los latigazos contra la boa que se la tragaba, también por su culpa. Imagina, mientras arranca el coche, que todo eso ahora él lo sabe, pues donde quiera que esté verá la serpiente, su cuello, sus dudas y sus miedos constantes.

De camino a la comisaría puso la radio, muy intrigada por la llamada. Había música y programas para noctámbulos. Se quedó en uno en el que una mujer se lamentaba por haber perdido a su marido recientemente.

—Tranquila —le decía la locutora—, tranquila, Teresa, la escuchamos. —A Teresa se la oía llorar y llorar sin poder articular palabra.

Celia pensaba que Teresa no sería capaz de hablar, que seguramente colgaría y seguiría sorbiéndose los mocos y vertiendo lágrimas en su casa hasta que el amanecer la venciera en la batalla contra el duelo.

—Es que, es que —hipaba—, es que creo que está por aquí, aunque sé que está muerto. Pero lo noto. A veces hasta oigo su voz hablándome claramente, y es que, es que... —hipaba otra vez.

Celia sabía que seguramente era así, ella también tenía a sus muertos por casa y eso era porque habían dejado en el mundo asuntos sin resolver. Le gustaría decirle a Teresa que no se preocupara, que viviera su duelo tranquila, pues el muerto se iría cuando le diera la gana, al terminar lo que fuera que tuviera que arreglar, aunque eso los vivos no lo podemos saber bien, que todos tenemos secretos y preocupaciones que no compartimos con nadie y

por eso, cuando nos morimos, nadie puede solucionarlo, porque no se sabe cómo hacerlo y el muerto se tiene que quedar una temporada hasta que lo consiga.

Teresa ya solo hipaba y se podía oír la impaciente respiración de la locutora, que estaría pensando: «Y ahora cómo corto yo a esta mujer lastimera, que vaya programas me dejan siempre en verano, de madrugada, que estaría yo mucho mejor en la teletienda».

De pronto, se oyó un ruido como de papeles o de alguien que entraba y salía del estudio de radio y la locutora dijo:

—Teresa, disculpe, vamos a tener que interrumpir la conexión unos minutos, ¿de acuerdo? Damos paso a las noticias, pues parece que ha habido un incidente grave esta noche.

Celia elevó el volumen de la radio, porque tuvo la intuición de que aquella noticia estaba conectada con su guardia.

Y allí, parada en un semáforo, en medio de una ciudad desierta esquilada por las vacaciones, con los hipos de Teresa aún retumbando en sus oídos, se le cortó la respiración por segunda vez en menos de un año.

5

—Nos informa nuestro reportero desde el Hospital Atlántico que han entrado los cadáveres de dos niños pequeños, presuntamente envenenados por su madre esta misma noche durante la cena. La madre, de la que solo se sabe que es africana, ya está detenida en dependencias policiales. —La locutora narraba la noticia con un evidente temblor en su voz.

—¡No, no, no, abuelita, por favor, no! —gritó Celia, que siempre recurría a su abuela en cuanto tenía miedo de algo. Hacía quince años que había muerto, pero como, según Celia, seguía viviendo con ella, le suplicaba como si en ese momento la llevara de copiloto y dependiera de la abuela que la africana no fuera su nueva clienta.

La recorrió un escalofrío rápido de la cabeza a los pies y tuvo la certeza de que sí, que la africana era su nuevo caso del turno de oficio.

Aparcó como pudo. Notaba el corazón bombeando con una fuerza inusual, el estómago poniéndose del revés y sus nervios, los malditos nervios de la fresa, los niños te necesitan y solo sé que cada día sé menos, latiéndole por la nuez, en el pecho y en los oídos. Pum, pum, pum; parecía que las orejas se le despegaban un poco del cráneo con cada latigazo.

Agarró su carpeta de notas nuevecita y, estrujando su bolso contra el pecho, entró en la comisaría aquel 5 de julio, sintiendo en las sombras de las farolas el lado oscuro de la muerte sin sentido.

—Buenas noches, agente. Soy Celia Fuertes, abogada. Me acaban de llamar por una detenida, eh..., uhmmm, Zuima no sé qué.

—Sí, sí, pase, el comisario la está esperando —le respondió solícito el policía.

Nada más entrar en la comisaría notó todas las miradas puestas en ella.

Conocía muy bien esas ojeadas de compasión, pues también las percibía cada vez que iba al barrio de su madre o al colegio de sus hijos, sitios en los que ya sabían todos que era viuda, una viuda joven y madre de tres. «Qué pena, con lo guapo que era el marido», decían algunas con descaro suspirando a su paso.

Otras personas la paraban y le platicaban muy deprisa de cosas sin importancia, como si el hablar rápido hiciera que pasara ese momento tan incómodo a mayor velocidad, y no se daban cuenta de que eso, precisamente, le recordaba más aún si cabe al de las fresas, porque dialogaba igual.

Llamó a la puerta del despacho del comisario con unos toques apenas perceptibles, como si no quisiera hacerlo, como si ya tuviera claro que había casos y casos y que este no era la típica pelea de bar de fin de semana: es que le has mirado el culo a mi chica, pero qué dices, tío, qué le voy a mirar, si además es horrible, te parto la cara, a que no, a que sí, y un buen puñetazo que acababa con el Samur en la puerta, tres puntos de sutura y un más que probable delito de lesiones, porque la herida necesitaría varios días de curación. Esto es lo que ella esperaba, pero niños muertos, no.

Niños africanos muertos, no.

No una madre asesina.

No quería crímenes de niños y menos de otros países, que ella ya se sabía más o menos lo que querían escuchar los de aquí, que muchas veces les decía de seguido lo que querían oír y no lo que

debería decirles, porque si dijera lo que pensaba realmente, cambiarían de abogado en el acto y el negocio se iría a pique.

—Por favor, abuelita, por favor, que sea un error y que a mí me toque la pelea de la del culo, que ya sé cómo defenderlo: ha bebido, sí, ha bebido mucho y el alcohol ha incrementado la agresividad sin control —murmura bajito por si su abuela no la oye bien en esa comisaría atestada de ruidos de oficina y sonidos de sirenas que vienen y van, como si fueran olas histéricas rompiendo en un malecón.

—Por favor, abuela, no —suspira por último, un poco más alto la tercera vez que llama a la puerta del despacho del comisario.

El policía número 546 la observa con desconcierto mientras se hace una tila en el microondas, porque él es uno de los que han encontrado los cuerpos y ya sabe que jamás olvidará la escena del crimen, ni la visión del óbito, ni lo arropaditos que estaban esos niños rodeados de sus peluches y oliendo a colonia infantil.

La sobresaltó la voz fuerte del comisario invitándola a pasar a su despacho.

—Por favor, letrada, adelante, tome asiento. ¿Quiere un café? —preguntó mientras le abría la puerta y posaba sus enormes ojos azules en los de ella.

Al mirarla de frente, se estremeció. Vio a una mujer agarrando tan fuerte su cartera que parecía que la iba a estrujar; una mujer temblorosa y acalorada, pero frágil y firme a la vez. Le resultó realmente hermosa, delicada, honesta; no sabía por qué le venían de pronto tantos adjetivos a la cabeza, pero no podía dejar de mirarla. Ella estaba tan concentrada en que no se le notaran los latidos de sus nervios en las sienes, que ni se percató.

—No, gracias, a estas horas no me entra nada en el cuerpo —contestó mohína, esperando que su actitud suavizara la noticia que

él le iba a dar.

Se sentó enfrente, tras ver el gesto que le hizo el comisario con una mano temblorosa indicándole la silla, e intentó hacer esas respiraciones profundas que siempre aconsejan los *instagrammers* de la vida sana, el bienestar y su puta madre, pero solo le salieron unos ridículos hipidos que no le dieron sosiego alguno.

—A las 23:46 recibimos una llamada de doña Zuima Winston diciendo que sus hijos estaban muertos. Se personó una patrulla en su domicilio y encontraron a los chiquillos en sus camitas, ya sin vida. Ella estaba tranquila, en la cocina, fregando los cacharros de la cena. Procedimos a su detención porque en la encimera había un paquete de matarratas y restos de haber sido mezclado con un puré, del que quedaban vestigios en varios recipientes. También encontramos un blíster de Orfidal medio vacío. No opuso resistencia. Es de Mozambique, no tiene antecedentes, lleva en España diez años, comprende y habla muy bien nuestro idioma, los dos hijos son gemelos y han nacido aquí, parece ser que de un hombre español con el que ya no tiene relación sentimental; y poco más sabemos por ahora. Pero ¡no ponga esa cara de susto! Imagino que mañana aparecerá un abogado superfamoso que querrá defenderla, por la repercusión mediática que va a tener el caso, y la relevará de este suplicio.

—Sí, sí, de acuerdo —contestó Celia temblorosa—. Estaba pensando que no tengo ninguna causa justa para renunciar a su defensa y me alivia saber que es cierto que en un caso así, tan tétrico y mediático, enseguida aparecen los compañeros televisivos.

—Por eso digo, cambie la cara, que parece que ha visto usted un fantasma. ¿Es madre? —le preguntó volviendo a posar sus ojos en los de ella.

—Sí, de tres hijos. Y este año me he quedado viuda y..., en fin..., esta guardia era un favor, ¿sabe?, porque mis compañeros se habían portado muy bien conmigo tras la muerte de mi marido. Pero esto es..., esto es demasiado. ¡Yo no puedo ni mirar a una señora que ha matado a sus dos hijos! ¿Qué edad tenían? —Le venía a la mente todo tipo de preguntas.

—Seis años.

—¡Madre mía, estoy horrorizada! —gritó—. Bueno, disculpe, un abogado tiene que defender y creer en la presunción de inocencia, pero, claro, si ella lo ha reconocido ya...

—No ha opuesto resistencia, pero tampoco ha dicho ni media palabra sobre lo sucedido —contestó el comisario con la mirada perdida—. Por muchos años que lleve uno en el cuerpo, este tipo de asuntos siempre nos hacen temblar y suspirar a todos. Nunca llegaré a entender del todo la mente del ser humano, se lo aseguro. —Suspiró profundamente, como si el peso de todos sus años en la comisaría le ahogara en el pecho—. Ahora vamos a leerle sus derechos delante de usted, como siempre, y veamos si quiere declarar. Si se niega, ya sabe que mañana pasará a disposición judicial y seguro que varios compañeros la llamarán para hacerse cargo del asunto, le pedirán la venia, usted se la dará y se olvidará de esta mala noche, ¿de acuerdo? —Ahora usaba un tono paternalista con ella, al verla temblar como una ramita de un árbol pequeño en pleno vendaval—. ¿Quiere ahora ese café? —le sonrió, amable, de nuevo.

—No, no, gracias. Empecemos ya, antes de que llegue la prensa, y así podré irme enseguida. —Celia sentía que su estómago se había dado la vuelta del todo.

El comisario volvió a posar sus ojos en los de ella, luego bajó al cuello y se detuvo. No quería ver más, no entendía qué le estaba

pasando con aquella abogada asustadiza y temblorosa. No sabía si era cosa del calor, de la soledad, de la noche tan larga que tenía por delante o de esa mujer que estaba sentada frente a él y que desde que la viera entrar había puesto su mundo patas arriba, así, en unos segundos de nada.

—No se preocupe por la prensa. Si quiere, cuando vaya a salir, les decimos que voy a hacer unas declaraciones y desviamos su atención —añadió por decir algo, algo además incoherente, porque en realidad no podía declarar absolutamente nada, estando todavía la detenida en dependencias policiales, sin haber llegado al juzgado y con un sumario que, con toda seguridad, se declararía secreto.

—Muchas gracias, comisario. No creo que sea bueno para mi cliente, teniendo en cuenta que aún están en las primeras investigaciones, no vaya a ser que se la acuse públicamente y empiece ya el escarnio mediático. Aunque seguro que será así, vamos a ver si dice algo, ¿le parece? —Y dejó caer sus ojos sobre los de él, que la seguían mirando intensamente.

—De acuerdo. Giménez, suba a la detenida —le ordenó al policía que esperaba en el pasillo.

Y los pasos de Giménez retumbaron por las escaleras, camino a las cavernas.

6

Su abuela no estaba allí. Se había quedado en el coche. Celia desconoce que ni muerta, nunca mejor dicho, entraría ella en una comisaría, pues sabe que por ahí vagan miles de fallecidos en peleas, venganzas, odios mal encarados, envidias que se han venido arriba y todo tipo de barbaridades, porque sus asuntos siguen sin resolver en este mundo justo en una foto que nadie mira con atención o en una declaración que se contradice con otra. Todo está en esos expedientes que cubren las mesas de los policías y que hacen cada vez más difícil que el difunto de turno derrame un café que moje justo la foto que resolvería su asunto. La abuela no quiere líos con los muertos de esos temas tan peliagudos y sabe perfectamente que su nieta, aunque no se lo crea, se mueve como pez en el agua entre esos pasillos y diligencias.

Pero en este caso la realidad era bien distinta.

En un instinto de protección contra el asco, Celia apartó su silla de la que tenía al lado, en la que se iba a sentar esa asesina de niños.

Temblaba como la primera vez que, con veinticuatro años, fue a asistir a un detenido, con la sensación de no estar haciendo nada bien.

Sentía que no era una abogada objetiva, porque notaba la rabia avanzando por dentro y, además, tenía la melena completamente pegada a la nuca de todo lo que estaba sudando, como si aquello

fuera un signo de debilidad o de inseguridad manifiesta. Se estremeció de nuevo, como con un fogonazo, mientras el comisario fingía que rellenaba unos impresos.

Él, realmente, estaba percibiendo el estado tan lamentable en el que la abogada se iba sumiendo y la quería abrazar y calmar, pero sabía que ese gesto estaría tan fuera de lugar como lo estaba una madre que mata a sus hijos con un puré envenenado.

Celia, muy lejos del pensamiento del comisario, pensó a cámara rápida en las muchas personas a las que había asistido así, en comisaría, tras la detención inicial.

Siempre entraban asustados a la declaración, aunque fueran ladrones de bolsos reincidentes acostumbrados a las placas de la policía y por muy familiarizados que estuvieran con las detenciones, los derechos y las prisiones provisionales.

El mundo o submundo de las comisarías, calabozos y juzgados de instrucción siempre le deja a uno, sea delincuente o profesional, la sensación de no saber exactamente qué va a encontrarse. Ese funcionario malhumorado que sellará tu caso con desgana y aparcará la diligencia unos cuantos días, o ese abogado harto del sistema que no intentará, al salir, telefonear a la madre que tanto le ha rogado: «Por favor, al salir, llámeme y me dice cómo está mi hijo, cómo está, cómo».

Celia, conocedora de todo esto porque los años le habían dejado un registro de valores humanos e inhumanos en todo este proceso, les mostraba la mejor de sus sonrisas para tranquilizarlos en cuanto entraban por la puerta, como si fuera una carta de presentación. Se sentaba a su lado, elegante y segura de sí misma, y les transmitía con su pose, su vestimenta y hasta su estilográfica, ni muy cara ni muy barata, que tenía todo bajo control y que iba a hacer todo lo posible para que aquello, si era un error, se aclarase y, si no lo era,

se encontrara una solución justa. Luego se quedaba a solas con ellos y normalmente conseguía la verdad de lo ocurrido a los pocos minutos. Es cuestión de saber escuchar y mostrar interés en lo que te cuentan mientras vas preguntando de forma sencilla e inocente. «Mohamed, usted me dice que no había robado el bolso, que se lo dio un amigo justo unos minutos antes; entonces, ¿se lo quedó porque viene de un país en guerra, sin ningún ahorro, y está en una situación desesperada?». Para que Mohamed le contara que sí, que hacía un año que había cruzado el Estrecho, que se gastó todos sus ahorros y los de sus padres, llegó a Almería y lo pusieron a trabajar como un esclavo veinte horas al día con un sueldo que no le daba ni para pagarse la pensión, así que en unos meses se vino a la capital porque le dijeron que aquí, descargando camiones, seguramente podría ahorrar algo para ir devolviendo a sus padres lo que les debía. Pero nadie lo contrataba por su aspecto, «es que usted no saber, abogada, que todo el mundo mirar mi mochila en el metro como si yo llevar bomba del 11S». Celia asentía, sonreía otra vez y, con una voz cercana y comprensiva, le decía: «No te preocupes, Mohamed, que todo esto se lo vamos a referir al juez así, como tú lo cuentas, a ver cómo te puede ayudar el sistema, porque tú también eres una víctima del robo de ese bolso».

A la salida llamaba a la madre de Mohamed a Damasco y le costaba media hora hacerse entender y medio pago del turno de oficio la conferencia, porque con Siria no hay *roaming.*

Pero esta noche no podía, no le salía ninguna sonrisa cálida y creía que se le iba a notar, pues no se acordaba ni siquiera de los artículos del Código Penal que describían el asesinato y tampoco le venían a la mente posibles atenuantes, solo de imaginarse a esos niños en sus camitas, donde horas antes se habrían acostado después de hacer pis y beber unos sorbos de agua.

Se abrió la puerta y allí estaba ella. Era gordita, más o menos de la edad de Celia, muy guapa, pestañas rizadas, labios prominentes, mejillas alzadas y curvas marcadas. Era una mujer que no pasaba inadvertida.

Entró con la mirada baja, como no podía ser de otra manera, pensó Celia asqueada.

Se quedó inmóvil delante de la silla, de pie, con las manos esposadas y una respiración pausada y tranquila. Celia no daba crédito. No podía entender cómo tenía delante a una mujer, madre como ella, de hijos pequeños como ella, a los que había matado con un matarratas, y posaba así, templada y serena. Creía que sus latidos se estarían oyendo en todo el despacho, porque su respiración era agitada, cuando de pronto se le resbalaron los papeles que tenía en la mano y cayeron al suelo. Cuando se quiso dar cuenta, sudaba tanto que el bolígrafo se le había pegado a los dedos.

Zuima no miró en ningún momento ni a Celia ni al comisario. Solo estaba allí, como estaban la mesa, la silla o las ventanas.

—Empecemos —dijo el comisario. Ni siquiera le ofreció sentarse —. Le vamos a leer sus derechos y usted nos dirá si quiere declarar o se acoge a su derecho a no hacerlo. Está presente su abogada de oficio; y luego, si quiere, podrá entrevistarse con ella. ¿Me ha entendido? —le dijo en un tono muy neutro.

Zuima levantó fugazmente la mirada y asintió, para volver a bajarla al instante.

Celia no escuchó la lectura de derechos ni la pregunta de si iba a declarar o no. No podía oír nada, solo pensaba en que él le había dicho que luego podría hablar con ella y que ella no iba a poder,

porque solo quería salir de allí corriendo, salir a la calle a respirar ese aire caliente e insano, gritar, llorar y vomitar, vomitarlo todo, cuanto antes, mejor.

Entonces, Zuima dijo muy bajito que no quería decir nada.

—Así que no va a declarar, ¿es así? —repreguntó el comisario.

Zuima asintió levemente, sin dejar de mirar al suelo, como un niño al que han pillado robando caramelos en un cumpleaños y le regañan delante de todos los demás.

—Pues venga, firme usted debajo, en el lateral su abogada, y ahora se quedan aquí unos minutos por si quisiera hablar con ella. No quiero ninguna tontería, Zuima, ¿me entiende? No le vamos a quitar las esposas y vamos a dejar la puerta abierta, ¿de acuerdo, abogada? —le dijo a Celia guiñándole un ojo.

En ese momento el comisario se sintió estúpido por guiñarle el ojo a la abogada, como si fuera una especie de complicidad que en absoluto tenían. No sabía qué le estaba pasando, pero desde que la vio entrar en su despacho tenía la sensación de estar perdiendo los años y la cordura por minutos.

Se sentía bastante espeso e inútil en sus comentarios y no podía dejar de mirar de reojo cómo las gotas de sudor de Celia le resbalaban por la nuca, donde se había cogido un moño rápido sujeto con un lápiz para paliar ese calor que debía de llevar por dentro. Además, veía su rostro tenso y rojizo, con una mirada triste y profunda.

El comisario pensaba que se le estaba notando y entonces el corazón le latía más fuerte y le parecía que retumbaba en esa sala que se había vuelto tenebrosa con aquella asesina dentro. Pum, pum, pum, oía él claramente. Para relajarse, posó su mirada sobre la detenida y se concentró en analizar el rostro de la mujer para

detectar posibles rasgos psicópatas, tal y como había leído hacía poco en un manual sobre los signos visibles del mal.

Y no vio ningún signo visible.

No había marcas de nacimiento ni de peleas; tampoco cicatrices de cirugías. Las manos parecían suaves y la piel en general se veía tersa y bien hidratada.

Tendría que revisar sus apuntes, pero allí, en ese momento, si le hubieran puesto delante a Zuima sin saber nada del caso y le hubieran preguntado «¿de qué cree que se la acusa?», quizá no la habría acusado absolutamente de nada, ni del simple hurto de un móvil.

Reparó en que la abogada no había contestado a su pregunta y que en ese despacho cada uno se había quedado absorto unos minutos en su propio escenario: la detenida seguía cabizbaja; la abogada tenía la mirada fija en un trozo de papel que había debajo de la mesa, que él también había visto y no se le había ocurrido recogerlo; y él se había quedado prendado literalmente de esa abogada y no era dueño de sus actos.

Así que recuperó la cordura —o al menos pensó que dando por zanjada esa entrevista la recuperaría en breve— y volvió a preguntar:

—¿De acuerdo, abogada?

Celia asintió igual que la acusada al entrar. Con la mirada baja y el ánimo por los suelos, como si la hubieran pillado robando las chocolatinas del cumpleaños de sus hijos.

Y las dejaron a solas.

7

El despacho se quedó en completo silencio mientras fuera se oía un ritmo frenético de ordenadores, pisadas, teléfonos y órdenes. El caso había revolucionado la comisaría aquella madrugada. En el exterior del edificio se apreciaba ya la llegada de periodistas colocando cámaras, cables y micrófonos, ávidos por ser los primeros en informar.

Las gotas de sudor resbalaban ya por la cara de Celia nítidamente, sin pegarse al pelo y sin esconderse de nada, a la vista de esa asesina de niños que imaginaba que la estaría evaluando con ese silencio tan impropio de la situación. Si al menos llorara o gritara, habría sido todo más sencillo.

Pero no, tenía una calma y una serenidad que ocupaban todo el espacio y, al quedarse las dos calladas, se hacía presente una quietud ajena a la situación. En la primera entrevista con el detenido, lo normal es que este jure su inocencia total y absoluta, aunque tenga aún signos físicos visibles del tirón del bolso en la mano, que lloriquee, que hable de su madre, del sida que padece o de que lo llevaban a comprar droga de pequeño y se la escondían en su propio carrito de bebé. En este caso, no. Zuima permanecía con la boca cerrada y la respiración pausada. Y el aire del despacho del comisario se había quedado como paralizado en una nube calurosa que las envolvía a las dos en una única historia.

Celia pensaba que quizá era una loca o una psicópata de libro. Catalogar así a un cliente refuerza la defensa, porque entran en

juego la enfermedad mental y la enajenación transitoria, de la que nadie sabe todo. Entender una mente así es casi imposible, por lo que el juez difícilmente puede considerar una culpabilidad absoluta y, para saciar su remordimiento, están los benditos atenuantes del arrebato, la obcecación o un estado pasional similar a los anteriores. Pero la presunta culpable de este caso no tenía ni el más mínimo rasgo de una enajenada: ni la mirada perdida, ni balbuceaba, ni le colgaba la baba por las comisuras de sus hermosos labios.

Se oyó la cadena del baño de al lado del despacho y las dos, abogada y detenida, se dejaron llevar por el sonido del agua entrando en las cañerías. En la lejanía, amortiguado por las paredes, les sonó como si fuera un río en el que desearían estar, bajando en una canoa por una multitud de saltos con un final predeciblemente sereno.

Había sido el comisario, que se encerró en el baño nada más salir, para disimular ante sus subordinados lo que pensaba que llevaba escrito en el cuerpo. Creía que le iban a notar una especie de fiebre en los ojos, el ardor de las mejillas y el temblor de las manos. Se echó agua por la cara y anduvo por el estrecho cubículo practicando la respiración abdominal, como tantas veces le había recomendado su médico para después de un tiroteo o del levantamiento de un cadáver. Esta vez era por ella y él lo sabía. Minutos antes se le había atascado la respiración con esa abogada sudorosa y frágil. No entendía por qué le estaba pasando aquello, precisamente ese día, con un caso encima de su mesa tan tremendo como el de los dos niños muertos, un calor sofocante y el móvil lleno de llamadas perdidas de periodistas que querían saber y también del ministro del Interior, que necesitaba una primera valoración. Tiró de la cadena para que su gente pensara que estaba tranquilamente en el baño y

salió simulando que era otro hombre, porque ni él mismo se reconocía.

Zuima seguía de pie, al lado de Celia, aparentemente impasible, oyendo los últimos sonidos del agua deslizarse por el desagüe de las cañerías.

—Siéntese, por favor —le ofreció la abogada con un murmullo.

Ella obedeció y se sentó muy cerca de Celia. Podía oler su colonia de supermercado, podía sentir también su calor, pero no su mirada. Alzó la suya y la vio con los ojos fijos en el suelo, no con la vista perdida de una desequilibrada, lo cual habría facilitado las cosas, sino posados en un trocito de papel que yacía bajo la mesa del comisario y que llevaría allí quién sabe cuánto tiempo.

—Mire, Zuima, yo soy su abogada de oficio porque usted no ha querido llamar a ninguno particular cuando la han detenido, pero imagino que mañana habrá muchos abogados famosos y buenísimos que la querrán defender gratis, por la publicidad que les dará el caso; por tanto, es mejor que se entreviste entonces con el que usted escoja y le cuente lo que quiera, ¿vale? —le soltó casi como una súplica—. Yo, si puedo hacer algo por usted hoy, como hablar con algún familiar o amigo, o si quiere ver a un médico, me lo dice y lo hago ahora mismo. Lo mejor es que esta noche descanse aquí como pueda, porque mañana tendrá un día duro en el juzgado, con muchas preguntas, periodistas a la entrada y a la salida y..., en fin, se podrá usted imaginar.

—¿Es madre? —le preguntó a la abogada mientras seguía con la mirada posada en el dichoso papel.

—Qué más da si soy madre o no, Zuima. Soy su abogada y estoy aquí para que le lean sus derechos, no le hagan daño y, si quiere un médico, pedirlo. Nada más.

—O sea, que sí es madre, porque si no, lo hubiera negado.

—Bueno, sí. ¿Y qué? —contestó la letrada perdiendo la paciencia.

—Imagino que ahora mismo no comprenderá nada, ¿verdad? —volvió a preguntar sin alzar la mirada.

—Pues no, Zuima; si ha sido usted la que les ha hecho eso a sus hijos, no comprendo nada, la verdad. Pero yo no estoy aquí para juzgarla, sino para defenderla, y como casi seguro que mañana tendrá un abogado estupendo y usted querrá que la defienda él, prefiero no saber nada más del caso, pues no voy a ser yo quien se lo va a llevar.

—Yo no quiero ningún abogado estupendo ni famoso —dijo mirándola, ahora sí, a los ojos.

Entonces Celia levantó los suyos y tuvo que entrar sin rodeos en ellos. Los tenía de frente, no podía esquivarlos; pudo ver perfectamente esa oscuridad profunda de quien lo ha perdido todo, de quien ya no tiene nada más por lo que luchar y que no necesita ni un abogado famoso, ni un médico ni reponer fuerzas.

—Bueno, disculpe, Zuima, no quería quitarme el caso de encima, no me malinterprete, por favor. Es solo que eso es lo que habitualmente ocurre y ya estamos acostumbrados, porque en el turno de oficio llevamos robos menores y peleas callejeras, pues en cuanto es algo que sale en los medios de comunicación aparecen ellos, los famosos, y se lo quedan.

—Pero yo no quiero ningún abogado estupendo ni famoso —repitió con la mirada clavada en Celia.

De nuevo tuvo que adentrarse en esa mirada y sintió la desolación, las ganas de quitarse de en medio, la toalla tirada y rota en mil pedazos, las fresas pudriéndose en una tarrina de helado.

—Zuima, le pido por favor que no se autolesione, ¿de acuerdo? Veo en su mirada ese pensamiento y sí, ya sé que no suena muy profesional decir que veo cosas, pero no quisiera que usted se

hiciera daño antes de que pudiera explicarse. Todo el mundo tiene derecho a una defensa, haya hecho lo que haya hecho. Siempre hay una razón para todo, una causa, aunque resulte incomprensible, pero siempre la hay. Uno no sale por costumbre con un cuchillo a la calle y se lo clava a sus vecinos uno tras otro. Si eso pasa, siempre es por algo, aunque no tenga justificación legal, ¿me entiende?

—Y usted, ¿cree eso que dice? —le preguntó, ahora sí, con la cabeza hundida en el cuerpo.

—Sí, por supuesto. Por eso soy abogada.

—Pues yo no quiero un abogado famoso ni estupendo. Quiero un abogado que crea eso que dice. Y no, ahora no me voy a hacer daño, porque tengo las manos esposadas y no sabría cómo hacerlo. No voy a declarar nada ni hoy, ni mañana ni nunca. No le voy a contar nunca nada. Haga su trabajo como tenga que hacerlo. Solo quiero tener esa defensa que usted dice para que no me traten como a un animal, porque yo solo soy una madre. —Tras decir esto, se levantó justo en el momento en que entraba el comisario para ver cómo iba la entrevista.

El comisario cruzó una breve mirada interrogante con Celia, que asintió, como diciendo: «Sí, ya hemos terminado aquí, porque ahora me parece que empieza para mí un carrusel, una montaña rusa que a ver cómo hago para no salirme del carril y descalabrarme»; y el comisario, en ese asentir de Celia, se volvió a estremecer, «ojalá te pudiera ayudar, ojalá ahora te pudiera dar un abrazo y decirte que seguro que eres más fuerte de lo que aparentas y que este tiene que ser un caso más, que yo estaré aquí para lo que necesites. Para lo que».

Pero ninguno de los dos dijo nada más. Celia asintió de nuevo al comisario, el comisario llamó a Giménez y se llevaron a Zuima, cabizbaja, sin despedirse de ellos. Les pareció que era más pequeña

al salir que al entrar y dejó su olor corporal por todo el despacho, que se mezcló con el de Celia, con el del comisario y con el del detenido que por la mañana había tirado aquel papel que se había quedado, como un testigo mudo, debajo de la mesa.

8

Salió del despacho de la comisaría con la ropa pegada al cuerpo de tanto sudar, un nudo en el estómago, otro en la garganta y la visión borrosa. Antes de irse, el comisario le entregó una copia de las actuaciones, le pidieron el número de teléfono de su despacho y la avisaron de que el parking ya estaba lleno de periodistas.

Al salir, tras sentir en la nuca la mirada del comisario, volvió a encomendarse a su abuela para no atropellar a ningún periodista ni darse contra ninguna farola o acera en esa especie de huida a ninguna parte.

La verdad era que no tenía cuerpo ni presencia para hablar con los medios de comunicación. Tampoco tablas. Ya le había ocurrido con el caso de la desaparición de la hija de su cliente, cuando declararon inocente al exnovio y la salida del juzgado era un nido de cámaras y micrófonos. Así que, como hizo aquella vez, agachó la cabeza y corrió hacia su coche mientras veía el destello de los flases y oía múltiples preguntas. Al final, casi le rozan la cara con sus micrófonos. La última pregunta que oyó antes de cerrar la puerta fue:

—¿Cómo puede defender a una asesina de niños?

Le cansaban ese tipo de preguntas, siempre las mismas, ya fuera un amigo, un familiar o el entrenador de baloncesto de su hijo mediano. La gente se cree que defender es justificar o ignorar la realidad, desdibujarla o incluso inventarla y falsearla, y no es así. Defender es que se garanticen los derechos, que las pruebas sean

lícitas, que uno se pueda explicar, se haga entender, y acotar la realidad al contexto que le corresponde. No es lo mismo si robó en el supermercado porque no tenía ni para dar de comer a sus hijos que si robó en el supermercado la crema más cara contra el envejecimiento. E incluso en ese último caso no es lo mismo si tuviste una madre a la que, desde pequeña, solo le importaba tu aspecto y cómo te veían los demás, que te daba de cenar puerro hervido y te obligaba a hacer cien flexiones si en el cumple de tu mejor amiga te habías inflado a hamburguesas. Y así todo. La pregunta «¿cómo puedes?» agotaba. Se puede, sí, claro que se puede, dímelo si fuera tu hermano el que va esposado justa o injustamente. Querrías que se le respetaran sus derechos, que tuviera un juicio justo, un abogado que entienda o quiera entender lo que pasó, que busque pruebas, datos, signos y sentencias parecidas para enmarcar la realidad en el cuadro que le corresponde. Tu hermano. Tu hijo. Tu madre. Tú.

Ella, incluso, había averiguado todo sobre la vida del motero, a pesar de haber sido un caso de culpa compartida: su marido, que cruza por donde no debe, y él, que circula a excesiva velocidad. El motero estaba montando motos desde antes de saber andar, porque era la pasión de su padre, y el marido de Celia cruzaba calles sin semáforos porque siempre se creyó un espíritu libre y hasta los pasos de cebra le parecían una intromisión del Estado en su libertad de movimiento, como decía a veces con dos copas de más, mientras le centelleaban sus ojos verdes, porque estaba diciendo lo que pensaba de verdad.

Ya eran más de las cuatro de la mañana. La ciudad dormía y le vino la imagen de los dos niños de Zuima, envenenados, muertos. Serían ajenos, en el último beso de su madre de aquella noche, a que iban a morir cayendo en un sueño profundo y lento. Al menos

no los había matado con dolor, por eso estaban los ansiolíticos al lado del veneno, anotó rápidamente en su mente profesional. Eso era un tanto a favor de la asesina.

Por fin le había salido un atenuante: no había existido ensañamiento. No habían sido estrangulados, ni ahogados en la bañera, ni arrojados por el balcón. Un puré, una simple mezcla de verduras con matarratas, calentito, espeso, con un puñado de tranquilizantes, de los que adormecen enseguida, y los niños ya estaban fuera de este mundo.

No se podía creer lo que le estaba pasando. No quería aquel caso de ninguna manera y ya no podía hacer nada para no llevarlo, a no ser que otro abogado se hiciera cargo y Zuima aceptara. Pero no había visto a la detenida nada convencida de hacer algo así. ¿Qué habría visto en ella aquella señora, si casi se podía palpar el asco que sentía al tenerla a su lado? No podía entender por qué se había empeñado en que fuera ella su abogada, cuando al día siguiente podría tener a sus pies a los mejores despachos penalistas del país.

Se había quedado con su mirada negra, profundamente triste, casi vacía, donde te podías perder entre las tinieblas. Quizá Zuima también reconoció aquel lugar en la mirada de Celia y por eso la eligió sin dudarlo. Las fresas, el helado y el veneno. Yo los maté con veneno y tú a tu marido con las fresas. Yo no te digo por qué, y tú porque tenías un mal día. Tus fresas, mi veneno. Mis niños, tu marido. El mismo tono en la mirada de la pérdida del amor, un gris imperceptible que solo ven los iguales o los muertos en los ojos de los vivos a los que cuidan porque aún tienen algo que hacer en este mundo.

Llegó a su casa exhausta. Nada más abrir la puerta supo que Ricardo andaba por allí. Ricardo vivía con ella, como su abuela. Era el anterior propietario del piso, que se había suicidado allí hacía dos

años. Luego sus hermanas vendieron el inmueble corriendo como si fuera una ganga, sin decirle nada a nadie.

Eso le dijo su marido entonces: «Celia, es una ganga».

Con el tiempo, la confianza de los porteros y las maledicencias de los vecinos se enteró del porqué del chollo: quisieron venderlo antes de que se propagara la noticia, pues nadie querría un piso donde se había suicidado su dueño.

Pero Ricardo se quedó. Enciende y apaga la tele y la radio a su antojo, cierra y abre puertas...

Su marido fresero siempre encontraba una justificación para todo: «Te la habrás dejado encendida, Celia, que siempre andas despistada»; «será una corriente de aire la que ha cerrado la puerta»; «le habrá dado Silvi al botón de la lavadora sin querer, jugando».

Pero no, ella también lo siente, igual que a su abuela, y no pasa nada, es un hombre bueno. A veces, el bebé se queda mirando fijamente la pared y de pronto estalla en carcajadas, y ella sabe que los dos, Ricardo y su abuela, están haciendo el tonto para que se ría.

Con su abuela lleva mucho más tiempo. De hecho, se mudó de vivienda con ellos y todo. Quince años lleva muerta y quince años acompañándola. Eso sí, siempre en casa. No salen casi nunca para nada, ninguno de los dos. No estaban el día del atropello en la calle ni están en las reuniones con el tutor de Silvi, cuando le dice a Celia que la niña no se concentra como debería y ella quiere llorar y gritar que así es el duelo de su niña y que ya se le pasará, pero ni su abuela ni Ricardo están por allí para hacer que grite y al final le da la razón al tutor y le dice que hablará con ella. «Hija, tu padre murió este año, pero te tienes que concentrar para saber hacer los círculos y los triángulos como los demás niños. Mira, hija, tu padre está en una caja, eso podría ser un rectángulo; ¿lo pintamos?». Piensa todo

esto al volver a su casa de la tutoría y entonces sí, entonces aparece su abuela y siente su olor, sus manos suaves que le acarician la espalda, y deja de pintar ataúdes rectangulares para su hija.

Una vez, una bruja piruja de esas simpáticas que te leen la mano por diez euros en el Retiro le dijo que Ricardo seguía aquí porque tenía algo pendiente. Pues bueno, a ver si consigue arreglar lo que sea que tiene que arreglar y se va, aunque ya está tan acostumbrada a vivir con él que luego lo echará muchísimo de menos, piensa Celia de vez en cuando. Su marido lo debió de considerar todo arreglado y se marchó tan contento, porque nunca ha sentido su presencia ni mínimamente. Ricardo sí, él no. Cómo es la vida de caprichosa.

La radio estaba encendida, sí, Ricardo la tenía puesta para que Celia escuchara que ya estaban hablando de ella. «Madre mía, en cuanto se levante mi madre la tengo que llamar», pensó rápidamente, «porque me va a decir de todo».

El comentarista decía que la joven abogada había salido como una exhalación de la comisaría sin hacer declaraciones. Le encantó lo de *joven* en un momento de vanidad, porque se veía ya tan señora, tan viuda con tres hijos y la chepa de la culpa, que le gustó el adjetivo, olvidándose por unos instantes de dónde venía.

Se dio una ducha rápida y se sentó a esperar una hora decente en la que enfrentarse con su madre. Se sirvió un café bien cargado antes de abrir el expediente que le había dado el comisario. Había poco aún, muy poco para formarse una opinión sobre nada.

Estaban los datos de Zuima: treinta y ocho años, de Mozambique, residente en nuestro país desde hacía diez años, con nacionalidad española desde hacía ahora tres años. Estaban los nombres de los pequeños, que no quiso ni leer, y el nombre del padre, español, al

que aún no habían localizado. También estaba recogido el extracto de la llamada de un agente:

«Buenas noches, vengan enseguida, mis hijos están muertos».

Le sorprendió mucho que no dijera «he matado a mis hijos». Ella dijo, según el agente que atendió la llamada, «mis hijos están muertos», es decir, que en ningún momento se inculpó, como pensó la policía. Que hubiera por allí restos de veneno mezclados con la cena no significaba que los hubiera envenenado ella. A lo mejor estaba en estado de *shock* y por eso andaba limpiando la encimera. Una va a desarropar a los niños por el calor que hace y se los encuentra muertos, y se pone a limpiar la cocina para que la cabeza no le ordene tirarse al vacío por la terraza. Podía ser hasta un acto reflejo.

Su mente ya estaba funcionando como la de un abogado que se aleja de los hechos, se pone en perspectiva y, con objetividad y sin prejuzgar nada ni a nadie, analiza la situación.

Por fin volvía al ejercicio de su profesión.

9

Levantó la mirada, porque el grifo de la cocina se había vuelto a abrir solo.

—Ricardo, por favor te lo pido, déjame un poquito tranquila, que hoy no tengo ganas de tonterías —dijo en alto, bien alto y con tonito de hartazgo.

Si la oía, bien, y si no, también. Demasiado silencio había en una casa donde la paz no tenía por costumbre quedarse.

Volvió al expediente y observó las fotos del piso que había hecho la policía. De pronto se fijó en el grifo de la cocina de Zuima, como por conexión con el de su casa, que estaba abierto también. En la fotografía el agua caía en abundancia, se veía con total claridad un buen chorro y no un grifo a medio cerrar o que gotea. «Qué raro», pensó. «Entra la policía, ella les abre la puerta, empiezan a registrar habitaciones, encuentran a los niños, van a la cocina, ven el veneno y el grifo está todo ese tiempo abierto y nadie lo cierra, ni ella ni la policía».

Tendría que preguntar a la patrulla que estuvo allí si recuerdan ese detalle y por qué creen que estaba abierto y nadie lo cerró durante la detención de la mujer y la inspección de la vivienda.

En la fotografía también se apreciaba la mesa de la cena a medio recoger, con un cuento abierto con ilustraciones de ninfas y duendes, envoltorios de chocolatinas y los vasitos de los niños: uno de color azul y el otro verde.

«Qué raro», volvió a pensar Celia. «Está matando a sus hijos durante la cena pero a la vez les lee un libro, un libro mágico donde al menos hay un hada. Les da chocolatinas de postre y les ha puesto sus vasitos de colores».

En otra de las fotografías se ve la televisión encendida. Allí está Bob Esponja. «Otra curiosidad», piensa Celia. «Envenena a sus hijos, que han estado viendo los dibujos animados mientras cenaban, los mete en sus camitas para que se mueran y cuando vuelve a la cocina no pone el telediario, o el tiempo, o una película. Siguen los dibujos, como diciendo: "Aquí estamos. Los niños, muertos, pero nosotros seguimos aquí". No tiene ningún sentido. A no ser que ella estuviera en *shock* total y volviera como una autómata a la cocina a recoger y ni de la televisión se diera cuenta siquiera. Eso es lo más probable, porque nadie acuesta a sus hijos y sigue recogiendo con dibujos infantiles de fondo, a no ser que tengas la cabeza en otro lugar o hayas estado en otra parte, en el cuarto, velando el momento del adiós, porque querías su muerte pero a la vez no la querías, o porque te estaban obligando, o porque...».

¿Por qué una madre mata a sus hijos?

Abrió su agenda del despacho. Día 6 de julio. Escribió estas notas. En la hoja ya había una frase escrita. Muchos meses antes, cuando la compró a principios de año y anotó los cumpleaños y las fechas importantes: «Aniversario».

Hoy era su aniversario.

No el de la boda, sino de cuando se conocieron.

Veinte años atrás ella salía del metro y se le soltó la goma de la braga. Hacía treinta y cinco grados a la sombra, llevaba la minifalda de moda; su mano agarró a tiempo la dichosa braga y se quedó en suspenso, en mitad de la calle, con un brazo sujetando un fajo de

libros, el bolso y el pañuelo, y con el otro, su minifalda por arriba, para disimular: «Por favor, ahora qué hago, cómo hago un nudo sin que se note, qué desastre soy, llevo las bragas de hace mil años, mil veces lavadas, dadas de sí, como a mí me gustan, y, claro, las gomas están roídas...».

Y apareció él, el fresero, y fue derechito hacia ella, con prisa, como si fuera un actor que sale al escenario y va directo a su posición en el proscenio.

—¿Necesitas ayuda? ¿Te pasa algo? Te has quedado de pronto como una estatua. ¿Estás bien?

«Salí del metro, de cerca te vi y fueron dos verdes luceros de julio tus ojos *pa* mí».

Celia se quedó unos instantes petrificada. Era un joven muy apuesto, atlético, y desprendía jovialidad y simpatía de una forma natural, como si la tuviera intrínseca.

—Si me sujetas un momento los libros y te das la vuelta, te lo agradecería —se atrevió a decirle desviando la mirada hacia sus brazos para que él no notara su turbación.

Él, divertido, cogió el hatillo de manuales de derecho y alguna que otra novela romántica y se giró sin dejar de hablar ni un solo momento, deprisa, como si llevara la urgencia metida en cada palabra.

Celia se ató como pudo la goma, sacando parte de la braga por encima de la falda y haciendo un nudo que el sudor que le corría a raudales por el cuerpo y por los dedos ennegreció. Al final se puso la camiseta por encima y disimuló el apaño con el atuendo, con su eficacia habitual para resolver cualquier situación.

—Ya está, muchas gracias por tu ayuda —le dijo risueña, porque él estaba de espaldas, soltando una perorata sobre el calor, la ciudad, la contaminación y los pitidos de los coches.

Celia recuerda ahora, justo hoy, que él habló de todo eso sin sentido, mezclando unos temas con otros, y se da cuenta de que estaba nervioso, agitado, por mucha seguridad que intentara aparentar.

—Bueno, pues me alegro. Me iba a tomar un helado justo ahí, en el quiosco del parque, que tienen el mejor cucurucho de fresas con nata. ¿Te apuntas? —Y la miró de frente, directamente a los ojos, conteniendo las ganas de decirle: «Por favor, dime que sí, que me he quedado prendado, dime que».

—Sí, perfecto, me apetece muchísimo, que hace un calor... —contestó Celia sintiendo que las palabras se adelantaban a sus pensamientos racionales, que era como lo de la luz y el sonido, que por qué estaba asintiendo si no lo conocía de nada, que podía ser un psicópata de los que analizaban en sus clases de Derecho Penal, que por qué le estaba pasando esto con la goma de la braga apretándole la tripa.

Hoy no recuerda lo que se dijeron sentados en el parque con los cucuruchos derritiéndose entre los dos, pero sí que se miraban y que ella sintió que algo bueno estaba ocurriendo y él también, pues cuando se despidieron, con el parque ya a oscuras y el quiosco cerrado desde hacía bastante rato, le pidió el teléfono con la excusa absurda de poder necesitar asesoramiento legal en su futuro trabajo, cuando ni uno ni otra eran todavía licenciados en sus respectivas carreras.

Y la llamó al día siguiente para proponerle otro helado en el Retiro y ella le volvió a decir «sí» tan deprisa, que al colgar sintió que se tambaleaban los cimientos de su vida ordenada, serena y segura.

Esos ojitos verdes, esa cara de niño bueno, esas formas, esa media sonrisa que nunca supo si adivinó o no lo que le había pasado a la salida del metro... 6 de julio.

«Ojos verdes, verdes como la albahaca».

Se debió de quedar dormida encima de la mesa, sobre la agenda, con la cara cubierta de lágrimas, rumiando fresas o helado, porque cuando sonó el teléfono fijo ya eran las nueve de la mañana.

Lo cogió enseguida, esperando que fuera de la comisaría para decirle que la detenida se había autolesionado, había designado otro abogado, o que había aparecido el verdadero culpable.

—Mira, Celia, solo te lo voy a decir una vez. Eres una viuda con tres hijos a tu cargo. No estás bien. Así que te vas a hablar ahora mismo con quien sea y que te quiten ese caso, ¿me oyes? Y te vienes ya para la playa con nosotros. Tus hijos te necesitan y tú necesitas que te cuiden. Y le dices a quien sea que tú no puedes defender ahora a una asesina de niños. Que pongan a un abogado asesino, que habrá alguno en la cárcel, y que la defienda, ¿de acuerdo?, pero tú, no.

—Mamá, mamá, por favor, escúchame, mamá.

—Ni *mamá* ni nada. Me tienes que hacer caso. La muerte no puede andar persiguiéndote todo el año, que al final va a haber otra desgracia. Imagínate al padre de esos niños si te ve defender a la asesina y le da por vengarse de ti, que no lo quiero ni pensar, que tus hijos te necesitan, tus hijos te ne-ce-si-tan.

«Para mí no hay soles, luceros ni luna, no hay más que unos ojos que mi vida son. Ojos verdes, verdes como la albahaca».

—Mamá, *porfavortelopido*, escúchame un momento.

—Ni *mamá* ni *papá*, o lo dejas o lo dejas, Celia, que parece mentira, que no tienes cabeza, que estoy que no duermo y tu padre ni te cuento.

Al final, Celia deja el teléfono en la mesa y se pone otro café. Sabe que su madre seguirá rumiando o rugiendo todavía un rato más hasta que se dé cuenta de que en la línea no hay nadie en el receptor y, como buena emisora, cuelgue. Enfadada, pero cuelgue. Ya se lo ha hecho más de una vez. Lo aprendió de su abuela materna, que dejaba el teléfono en la mesa y le daba tiempo a hacerse una sopa de sobre, cogerlo otra vez y retomar la conversación mientras soplaba la taza para que se le enfriara.

La madre no se lo tendrá en cuenta, no, porque sabe, aunque Celia no se lo diga, que, cuando lo conoció, «subió a su caballo y volando se fue y nunca otra noche más bella de julio ha vuelto a vivir. Ojos verdes, verdes como la albahaca».

La madre de Celia cuelga y mira a sus tres nietos, que desayunan tan contentos en la terraza de su apartamento de la playa. Entra una brisa fresca y suave, la casa huele a tostadas y colacao y los niños están riendo y hablando ajenos a que su madre esté metida en un lío semejante.

Le reprocha en silencio a su marido la maldita idea de que la niña estudiara Derecho, para pagarle luego el máster de *ABC* y que terminara escribiendo en un periódico como ella quería. La niña terminó la carrera y ya no hubo forma de que hiciera ningún máster porque ella quería saber, quería sentir, quería poner en práctica todo aquello que le habían enseñado sobre la igualdad, la fraternidad y la justicia. El marido lee el periódico mojando distraído la magdalena en el café y se le caen las gotas en la cabecera, *ABC*, que se empapa y está a punto de rasgarse con los surcos de la leche.

Si la niña hubiera estudiado lo que ella quería, piensa, seguramente ahora tendría un programa de radio y estaría

entrevistando al abogado de esa asesina de niños, en vez de estar ella defendiéndola, con sus niños aquí, sentaditos frente al mar, necesitando a su madre más que nunca, con el padre en el cielo y el abuelo leyendo la sección de economía.

Sorbiendo el café, Celia regresa una y otra vez a aquel momento a la salida del metro. Irá luego a su cajón de objetos preciosos a acariciar esas bragas con la goma rota que guardó entonces para la eternidad, y volverá a llorar y llorar, porque quiere que en su puerta se vuelva a parar su caballo y se quede para siempre, como en la canción, y que no se lo lleve una moto en una curva tomada a demasiada velocidad.

10

Zuima pasa su primera noche privada de libertad en la comisaría y a la mañana siguiente, temprano, se la llevan a los calabozos de los juzgados para la declaración judicial. No quiso cenar el sándwich de pollo envasado que le ofrecieron y por la mañana también rehusó el paquete de galletas con el zumo de bote que les daban a todos los detenidos. Uno de los policías que hace el traslado, que reconoce a Celia en cuanto la ve, le dice que está tranquila y que no ha abierto la boca desde que ella se marchó.

El trasiego en los juzgados esa mañana es infernal. Un día normal hay miles de personas que entran y salen: funcionarios, abogados, estudiantes...; hoy, además, están esos periodistas ávidos de información en julio, que suele ser un mes de vacaciones también para las noticias. Los guardias de seguridad no dan abasto parando a todo el mundo, requisando cámaras y móviles.

Celia entra discretamente por un lateral, con gafas de sol grandes y un pañuelo en la cabeza, e intenta pasar desapercibida andando con naturalidad, a pesar de que su foto huyendo de la comisaría ya está en primera plana en todos los medios. «Una madre viuda, abogada de una madre asesina», rezaban varios titulares de periódicos sensacionalistas, en los que la palabra *presunta* no debía de estar en sus diccionarios. Dichoso mes de julio.

En el juzgado todos los funcionarios la observan con compasión. Lo nota en sus miradas. No solo tiene que defender a una asesina de niños, sino que ahora todos saben por la prensa, que no se

explica cómo lo han averiguado, que hace pocos meses que es viuda, que tiene tres hijos y un modesto despacho de abogados.

No soporta el consuelo no pedido ni esas miradas lánguidas de una pena que no comparten. «Cómo la van a compartir si no conocían a su marido, si no la han visto nunca con sus hijos, si no saben nada del helado y la fresa, joder», piensa indignada.

Avanza altiva entre el caos de mesas, expedientes y sonidos y pregunta por el oficial que lleva el caso. Hoy parece que todos la tratan con excesiva amabilidad.

Para el juzgado, que estén la prensa en la planta baja y la asesina en el calabozo supone que la irán a ver todos los funcionarios disimuladamente. Ya tienen en el expediente judicial la foto de los niños y a más de uno le ha saltado en el móvil una oferta jugosa para filtrar datos del caso. Y, encima, la tienen a ella ahí delante, la viuda madre, la madre viuda.

Pone esa voz seria que le sale cuando cuenta mentalmente hasta cincuenta antes de gritar y pregunta:

—¿Qué número tengo? Para saber más o menos cuándo me va a tocar.

—Es la primera —le sonríe la funcionaria—. La juez quiere pasarla la primera para que se vayan los periodistas a otra parte.

—Ah, qué bien, pues vamos allá.

La juez. Vaya por Dios. Podría ser un juez. Ya sabe que el género no debería influir, pero una siempre piensa que *a priori* influye. Será una juez joven, madre primeriza, que va a mirar mal seguro, como hizo ella ayer, a esa Zuima que ha ido tranquila al juzgado, que no ha abierto la boca y que puede que no vuelva a abrirla nunca más. No sabe por qué tiene ese presentimiento tan malo sobre la ausencia de explicación de su cliente. Cree que, si defender asesinos es complicado, si no hablan es imposible.

Por el pasillo ve llegar a Zuima. Va esposada, con la mirada baja y las pisadas lentas. Dos policías la escoltan y parece una princesa esclava de una antigua civilización, camino de un sacrificio.

En la puerta de la sala cruzan la mirada. Celia asiente con la cabeza, no sabe por qué, en señal de «aquí estoy, no me he ido, no te he dejado tirada; vamos para allá, a ver qué pasa».

Por supuesto, no pasa nada. La juez la mira directamente con asco; en efecto, es jovencita, si no ha sido madre aún, lo será pronto, se le ve en esa mirada de mujer dulce, aspecto bonito, manos cuidadas y anillo de casada. La juez le lee sus derechos deprisa, le pregunta si va a declarar y Zuima niega con un gesto de la cabeza. La fiscal solicita el ingreso inmediato en prisión sin fianza por riesgo de huida, destrucción de pruebas y todo lo demás. Celia pide una resolución ajustada a derecho. No puede decir ni pedir nada más, pues sería absurdo manifestar ahora una inocencia absoluta cuando no tiene nada. Su cliente la mira agradecida.

Esa mirada es negra, profunda, hoy más triste si cabe que anoche, y Celia se estremece. Siente un fuerte escalofrío a pesar del calor que hace y se pone el pañuelo sobre los hombros. Zuima no le quita ojo. «Ojos negros, negros como la pimienta», tararea mentalmente Celia.

—Señoría, solicito hablar con mi cliente en calabozos antes de su traslado a prisión —dice con esa voz que pone para estos casos.

—Sí, letrada. Dispongan una sala en calabozos —ordena seca y escueta la juez a los agentes.

En ese momento, la juez reconoce a la abogada. Es la señora que hace unos meses estaba tirada en el suelo por el atropello de aquel chico, su marido. Recuerda perfectamente el rostro contraído de Celia, que, aun desmayada, reflejaba un dolor agudo, y cómo el zapato se le había desprendido al caer y había quedado a la vista de

todos un agujero en la media, a la altura de los dedos de los pies. Se estremece por la casualidad y de pronto decide que va a pedir el traslado a los juzgados de lo civil, que ya está harta de ver cadáveres, asesinas y personas que pierden sus zapatos cuando más los necesitan.

A Celia los calabozos de los juzgados siempre le han gustado mucho. En cuanto bajas al sótano se dejan de oír los pitidos de ordenadores, teléfonos, fotocopiadoras, tacones, gritos, y hay un silencio agradable; a veces se oye algún murmullo, pero hay silencio. También hay una penumbra serena y el frescor que suelen tener todos los sótanos de los edificios antiguos, cuando se construía como es debido, como solía decir su padre.

La dejan en una sala del calabozo con Zuima esposada, sentadas frente a frente ante una mesa.

—Cualquier cosa, nos dice —indica el agente que se queda custodiando en la puerta.

Al menos tiene la bondad de cerrarla dejando antes una botellita de agua en su lado.

—¿Agua? —le ofrece Celia a Zuima.

La detenida niega con la cabeza.

—¿Has desayunado? ¿Has tomado algo? ¿Quieres que te vea un médico?

Otra negación. Celia no sabe si niega haber desayunado o si se niega a que la vea un médico. Pero ya no insiste más.

Mirada abajo.

—Zuima, mírame, por favor.

Mirada arriba.

Mirada de frente.

Ojos contra ojos. Ojos de viuda contra ojos de asesina. Ojos de tristeza que se mezclan, historias cargadas de lágrimas que una cree

ver en la otra. Su helado, sus fresas, su puré, su matarratas.

—Zuima, me tendrás que contar, me tendrás que decir algo, hablarme de tu vida, proponerme testigos, qué sé yo, algo para que te pueda defender dignamente. Porque si no digo nada ni pruebo nada, lo que hay te acusa directamente a ti. Les hiciste un puré con veneno, los acostaste, murieron y llamaste a la policía. Te pasarás el resto de tu vida en la cárcel; además, ahora hay una especie de cadena perpetua y te la van a aplicar, porque eran dos niños... —La voz se le quiebra.

Zuima vuelve a negar con la cabeza.

—¿No? ¿Qué significa ese *no*: que no lo hiciste tú o que no me vas a decir nada?

—Me han dicho que se llama Celia.

—Sí, Celia Fuertes, y soy tu abogada y me tienes que hablar, decir algo, lo que sea; hay muchos atenuantes, a lo mejor los puedo usar, pero tengo que saber, tengo que...

—Celia, no voy a decirte nada. Ni a ti ni a nadie. Solo quiero que no me peguen, que no me traten mal, que no me hieran. Yo ya estoy muerta en vida. Seré una muerta en vida entre rejas para siempre. Está bien así. Lo admito. Lo acepto. Y ya está.

—Si fuera así, Zuima, te hubieras declarado culpable hace un rato allí arriba; sin embargo, no has dicho nada.

—No voy a decir nada, Celia.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué no me cuentas algo a mí? Tengo secreto profesional contigo. ¿Sabes lo que eso significa?

—No voy a decir nada, Celia. Ya está. Será un caso fácil para ti. No te preocupes por mí. Solo te avisaré si me hacen daño. Si no, no quiero ni que vengas a la cárcel ni nada de nada de ti. Que siga el proceso y tú controles que está todo dentro de lo normal.

—Zuima, la gente pensará que eres un monstruo. En la cárcel lo pensarán y yo no puedo protegerte de eso el resto de tu vida, que seguramente pasarás allí, ¿me entiendes? La cárcel es un sitio terrible, y más cuando vas por la muerte de niños. Por favor, dime algo para que no tengas que pasar el resto de tu vida en la cárcel.

—No voy a decir nada, Celia.

—Bueno, pues entonces me voy. En un rato dictarán una resolución con tu ingreso en prisión. Aunque tú no quieras, iré a verte por si acaso cambias de opinión o necesitas mi ayuda como abogada. Piensa en lo que hemos hablado, ¿vale? Sobre todo, si quieres ver a un médico, un psicólogo, un psiquiatra... También debes decirle al asistente social, que vendrá a verte luego, qué familiares o amigos se van a hacer cargo de..., ya sabes... —Se bloquea.

No es capaz de nombrar la muerte de su marido, a la que llama «el tema de las fresas», como para decirle a Zuima «qué quieres hacer con los cuerpos de tus dos hijos asesinados», porque el padre de las criaturas sigue sin aparecer.

—En fin, me voy, Zuima. —Su voz suena a desánimo y sale derrotada. Palabras cansadas que así se dicen, se escuchan y se quedan en el aire de esa sala.

Y se marcha.

«Para eso están los servicios sociales, joder. Por qué me meto en todos los jardines. Qué fácil soy para meterme en todo sin que nadie me lo pida. Y luego me paso el día quejándome», pensó mientras bajaba en el ascensor.

La prensa la vio salir de lejos, el comisario la vio saliendo del ascensor, la juez la vio salir desde su ventana del despacho, los funcionarios también, unos estudiantes que estaban fumando fuera se callaron a su paso y se oyeron los flases de las cámaras, las

grabaciones de vídeos y móviles y el ruido de los micrófonos como si fuera el sonido de un cine de verano. Pero no se acercaron a ella porque el comisario había ordenado establecer un cordón policial de seguridad, ante la mirada incrédula de Giménez. Había ido al juzgado para comentar sus primeras impresiones con el fiscal y de paso decidió lo del cordón, para que cuando ella saliera la dejaran en paz, para que todos la pudieran mirar de lejos y se pudiera marchar tranquila y dejara de temblar por el camino.

Porque él la había visto de cerca en la madrugada y había amanecido un día completamente diferente.

12

No recuerda nada del tanatorio cuando pasó lo de su marido. Tampoco recuerda nada del entierro. Cree que la primera vez que fue consciente de lo ocurrido fue una semana después, con sus tres hijos metidos en su cama y la casa ya en silencio, sin familiares y amigos y sin sus padres, benditos sean, por allí rondando. Estaban los tres durmiendo pegados a ella cuando de pronto abrió un ojo, sintió la mano de su abuela acariciándole la cara y el pelo, y se dio cuenta de que él la había dejado sola con tres niños por sus prisas, por su ansia de ir siempre por delante, sin pararse nunca; y que se había ido sin dolor, eso dijeron los médicos, en el acto, sin suplicio, con la duda de si ella quería fresas o helado. Pensó que eso, seguramente, saldría en su autopsia si analizaran el cerebro: tiene en el estómago restos de café y cruasán a la plancha, en la mente una pregunta sin contestar, en el corazón mucha prisa y en el tobillo un esguince mal curado.

La llamada de la asistente social la hizo saltar de esos recuerdos a la realidad.

—Buenos días. ¿Celia Fuertes?

—Sí, soy yo.

—Hola, soy Paloma, la asistente social del caso Zuima. ¿Tienes un momento?

—Claro, Paloma, encantada de hablar contigo. Dime.

—Vaya, uffff, qué caso tan horrible, ¿no? Imagino que estarás como yo, pensando que por qué nos ha tocado... Pero, bueno,

vamos a ser profesionales y te cuento, ¿vale?

—Claro, claro, estoy deseando saber algo más del caso, porque no tengo nada, ya lo has visto en los medios.

—¿Y tampoco tienes nada extraoficial o algún avance de la investigación? —pregunta Paloma con un evidente tono de desolación en su voz.

—Todo indica que fue ella, no hay un móvil concreto, pero todo apunta a ella y, encima, se niega a hablar. Así que ya me dirás qué hago y en qué puedo ayudarte, porque no sé nada de nada.

—Sí..., he intentado hablar con ella varias veces. Ya está instalada en la cárcel, en un módulo preventivo, con una presa de acompañante todo el rato para que no se autolesione, porque ya sabes en estos casos lo que puede pasar. Por ahora está todo bien, está tranquila y ya me ha dicho que no va a hablar con nadie, que no quiere médicos, ni cursos ni nada.

—Ya me imaginaba.

—En España no tenía familia. Pero, bueno, salieron un par de amigas, de Mozambique como ella, que se han hecho cargo de..., bueno, del velatorio y el entierro de los pequeños. Ella tenía un seguro, menos mal, y la policía me ha dado las llaves de la vivienda, que, salvo que me digas otra cosa, se las daré a estas amigas para que se lleven lo que sea, porque era de alquiler y Zuima sí me ha dicho que no quiere nada de la casa, ni siquiera las fotos de sus hijos... Qué caso más duro.

—Ya..., ese piso será ahora una ganga...

—¿Cómo? —preguntó Paloma, porque por un momento le pareció que había entendido mal sus palabras.

—Nada, olvídalo, hablaba para mí. La policía, entonces, ha terminado el registro y todo, ¿es así?

—Sí.

—Bueno, la verdad es que sí me gustaría ir una vez a la vivienda, contigo, si no te importa, sacar fotos y verla por si acaso. Es que como no tengo nada de nada de este caso... Ya sé que si el cliente no quiere, pues no hay nada que hacer, pero mi intuición me dice que debo mirar bien, que algo se me está escapando.

—Te entiendo perfectamente, Celia. Tenemos la manía de ayudar, aunque no nos lo pidan, ¿verdad? Seguro que eres de mi club —rio Paloma.

—Pues sí, me has pillado. También me gustaría que me dieras los nombres y teléfonos de las amigas.

—OK, pásame tu correo por WhatsApp y te mando todo. Pero te envío las llaves con un mensajero y, si te parece, quedas allí con ellas y se las das para que hagan la mudanza y le devuelvan el piso al dueño, que, por cierto, está que trina porque se siente engañado, ya que él pensó que se lo alquilaba a una persona decente, según me ha dicho.

—Ya, juzgar de antemano es un deporte nacional, Paloma.

—Sí, es lo que tenemos que ver cada día. Como te digo, te mando las llaves y me tienes para lo que quieras, pero no te puedo acompañar porque tenemos un tiempo asignado para cada caso y la mesa repleta de expedientes. Hace un rato se me ha caído el café encima de uno de hace tres meses y, al abrirlo para secarlo, me he dado cuenta de que faltaba por hacer un trámite importantísimo.

—Hacéis un trabajo admirable, Paloma. Conmigo no te tienes que justificar para nada, lo comprendo perfectamente. Qué haríamos sin vosotros en esta rueda que cuesta tanto mover.

—Ja, ja, mil gracias, Celia.

—Vale. Descansa. Gracias a ti por todo.

—Y tú también. Sé por los medios que has sufrido recientemente la pérdida de tu marido y que tienes tres hijos y el despacho.

Imagino tu agobio con el caso y con tu vida personal y profesional, todo a la vez. Puedo ver una nube en tu cabeza llena de cosas por hacer y mucha presión en tus hombros. Respira cuando sientas la opresión en el pecho. Inspira fuerte, llenando el estómago, no los pulmones, y deja salir el aire despacito, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y, en el siete, expulsa el aire que quede, aunque creas que no te queda nada. Con eso relajas todo el cuerpo, purificas la mente y notarás alivio.

No percibió un tono de consolación en Paloma al darle el consejo. Menos mal. Celia imagina que ellos, los asistentes sociales, están más acostumbrados que nadie a tratar con la miseria, el dolor, las injusticias, y que una abogada viuda y una asesina de niños era duro, sí, pero no para compadecerse de nadie. Bastante tendría Paloma con todos sus casos. Lo agradeció y mucho.

Sabía que tenía que hacer cosas por su cuenta si quería avanzar en este asunto. Ya había recopilado en una carpeta todos los recortes de prensa y las noticias aparecidas en internet y, en otra, el expediente judicial con la autopsia de los niños y las declaraciones de vecinos y allegados. Finalmente, se había confirmado el envenenamiento con el puré de la cena y también se sabía ya el nombre del matarratas. Tenía la fotocopia del tique de compra del veneno, que fue adquirido la tarde anterior al día del asesinato, y las grabaciones de las cámaras de la calle, con la imagen de Zuima entrando y saliendo de la droguería.

Qué pasaría por su cabeza entre esa hora que graba la cámara, las 17:06, recién abierta la tienda aquella calurosa tarde de julio, y la hora de la ingesta del veneno, según la autopsia, las 21:30 aproximadamente, piensa Celia.

—¿Qué pasó por tu cabeza, Zuima? ¿Qué viste? ¿Qué escuchaste en tu interior? ¿Qué notaste? ¡¿Qué, qué?! —se pregunta en alto

mientras pasa las hojas.

Se detiene en la información del expediente sobre los intentos del comisario por localizar al padre, español, de cuarenta años, vecino de Madrid, con quien nadie había podido hablar todavía, como si se lo hubiera tragado la tierra en mitad de aquel verano del demonio. Su novia actual dijo que se había ido a buscar rutas de senderismo para su negocio en Asia, pero nadie sabía dónde estaba exactamente ni cuándo volvería.

Celia siente en ese momento que la labor del comisario está siendo extraordinaria y anota mentalmente que se lo tiene que agradecer.

No sabe que el comisario espera paciente cualquier llamada o correo de ella a pesar de estar trabajando en este caso como lo haría en cualquier otro, porque él es un hombre que lleva el peso de la responsabilidad en el fruncido de su entrecejo, en los hombros ligeramente vencidos hacia delante y en su mente, que se activa a las cinco de la mañana y repasa, desde la cama y en posición fetal, datos y pesquisas de sus investigaciones en curso.

El comisario era así desde niño. También porque eso era lo que se esperaba de él, el mayor de cinco hermanos, que ayudaba a su madre con los más pequeños, que bajaba a comprar al supermercado con solo ocho años, sacaba unas notas excelentes y los domingos iba con su padre a visitar a su abuela a la residencia y le daba conversación durante horas, a pesar de que ella ya estaba sumida en una nube blanca que se había llevado su memoria. Con el tiempo, los hermanos hicieron su vida y él se fue quedando atrás, adormecido por el poco agradecimiento que le mostraban a pesar de pasarse el tiempo ayudando a todo el mundo y perdiendo autobuses por dejar subir primero a toda la fila.

Entró en la academia para, al menos, vivir de esa ayuda que prestaba desinteresadamente. Allí conoció a la que sería su mujer, una estudiante vivaracha, divertida, que lo besaba diciéndole que era un raro y un antisocial, pero que se reía con él como con nadie.

El matrimonio duró poco, porque la policía era también de mucho salir y relacionarse con unos y con otros y acabó poniéndole los cuernos con varios compañeros. La primera vez la perdonó, será que tengo que salir más contigo, será que. La segunda vez se encerró más en sí mismo, pero también lo dejó pasar, será que soy un poco raro, será que. Y la tercera, cuando se disponía a hablarlo en un viaje a Valencia, en un hotel frente al mar y con la fideuá reservada para el domingo, ella no le dio opción y le dijo que se había enamorado de otro y que quería ser feliz.

Tras la separación amistosa, el comisario se dedicó a leer los fines de semana y en vacaciones, a disfrutar del cine clásico, a ir los domingos a ver a su madre a la residencia, a conversar con ella durante horas a pesar de que había heredado la nube de su abuela y su memoria estaba secuestrada, y a relacionarse con sus hermanos y sobrinos en los cumpleaños y aniversarios. Los pocos amigos que tenía suspiraban a veces por él, con lo majo que es y lo que vale, mira que quedarse tan solo, si podría tener a cualquiera.

Pero el comisario era feliz.

Feliz hasta que entró Celia Fuertes en la comisaría aquella madrugada y sintió que, involuntariamente, los hombros se le enderezaban para parecer más alto, más seguro y más fuerte, mientras su castillo de libros y películas antiguas se desmoronaba, dejando entrar la luz en sus mazmorras.

13

Celia había pasado el fin de semana en la playa y aquel lunes volvía a Madrid como nueva. Los tres niños la abrazaron al llegar, no se despegaron de ella y alejaron así las palabras y los reproches de su madre, que apenas si tuvo tiempo para hablar con ella a solas. Pero su madre la conocía perfectamente. Desde el instante en que escuchó la noticia supo que Celia iba a seguir en aquel caso. También sabía que lo del helado y la fresa no la iba a cambiar en absoluto; que sí, que la tristeza se iba a quedar con ella, pero su personalidad seguiría siendo la de siempre.

—¿Abogada antes que madre? No sé, mamá, qué tonterías me preguntas, no tiene nada que ver una cosa con la otra.

—En el periódico aparece hoy que la tal Zuima nació en una zona de Mozambique bastante conflictiva. Ahí te he dejado el recorte —le dijo su padre salvándola de que su madre siguiera erre que erre con la perorata de la profesión y la maternidad.

—Gracias, papá. No sabes qué bien me vienen todos tus recortes de periódicos y revistas. Los estoy archivando, ¿sabes? Cualquier día te contrato para el despacho como ayudante.

El padre le lanza un beso y luego le manda, casi al instante, otros tres por mensaje de teléfono para que su madre no vea lo orgulloso que está de ella y luego lo regañe diciéndole «es que tú alientas a la niña, con tanto beso y tanta información sobre el caso». La madre sigue refunfuñando, pero bajito, porque se han levantado los niños en pijama para bajar al coche a despedirse de su madre y no quiere

que sus nietos vean mal ambiente, con todo lo que han pasado los pobrecitos.

—Celia, no te olvides, por favor, de que tus hijos te necesitan. Yo sé que piensas que soy una pesada, pero lo hago por tu bien, que te quiero igual que te quiere tu padre y estamos muy preocupados por si te pones mala de tanto estrés. Que tus hijos te necesitan.

—Que sí, mamá. Anda, dame un beso, que me vas a taladrar la frase en la frente un día de estos.

Besó a su madre y abrazó a sus tres hijos. El abrazo duró más de lo normal. Sentía la respiración agitada de Silvi en su nuca, la manita de Fer en su chepa y los mocos y las babas del bebé por sus mejillas. Contenía las lágrimas por ellos, por su madre, por «tus hijos te necesitan» y los besos de su padre en el teléfono. Pero sentía que iba a estallar, así que se dio la vuelta y les dijo a todos adiós con la mano sin pronunciar palabra.

Cerró la puerta del coche ahogándose, antes de volver a Madrid, aquel lunes temprano, y sus niños volvieron a sus camitas para seguir durmiendo un rato más en el sueño donde aún vivía su papá, como le decían muchas veces cuando se despertaban contentos.

Había empezado muchos casos nuevos, algunos gracias a la fama que le estaba reportando el caso Zuima. No eran tan horribles, pero todos tenían un fondo familiar. Parece que el hecho de que ella fuera viuda y defendiera a una madre asesina le había dado publicidad para los temas de consanguinidad. Le habían llegado un caso de herencia con una tía presuntamente envenenada por un sobrino, un chico que había confesado haber matado al perro de su hermano y una joven que decía que sus supuestos padres no eran sus progenitores porque ella lo había soñado varias veces.

En el viaje de vuelta a la ciudad decidió que presentaría un escrito para solicitar la evaluación psiquiátrica de Zuima, dijera ella lo que dijese.

El abogado debe hacer todo lo que esté en su poder para defender a su cliente, según le explicaron en la facultad. Nunca levantó la mano para preguntar cómo se hace cuando el cliente no quiere. Al menos sabía que la evaluación del psiquiatra debía pedirla cuanto antes, porque cada vez tenía más claro que a Zuima le había pasado algo para llegar a esa situación. No solo por lo que había hecho, sino por el silencio, la pasividad ante su defensa y su mirada, esos ojos inexpresivos que reflejaban a una muerta en vida, con las cuencas hundidas como si soportaran un peso exagerado y se hubieran vencido de agotamiento.

Los días iban pasando y, al no haber novedades, el caso estaba dejando de tener el interés mediático de la primera semana. Ya habían destripado la vida de Zuima desde que llegó a España, habían entrevistado a amigos, a supuestos amantes, a varios trabajadores de la guardería de los niños y a otras madres que llevaban a los suyos a los mismos parques. El caso no daba para más. Todos los testimonios hablaban de una madre dulce, cariñosa, preocupada por sus hijos y pendiente de ellos en todo momento.

—No sabe usted cómo se puso un día cuando uno se cayó del tobogán, a esa mujer casi le da un infarto..., hasta que el pequeño rompió a llorar —decía una de las madres asiduas del parque.

A pesar de ello, en las tertulias televisivas de la tarde la habían descrito como un monstruo y en las de la mañana como una psicópata, llevando a todo tipo de psicólogos, psiquiatras y hasta médiums acreditados.

Celia iba guardando en su expediente absolutamente todo lo que se publicaba, pues no sabía cuándo podría considerar relevante

alguno de esos datos para intentar desmontar la creencia de que Zuima fuera un demonio hecho mujer.

—Es que no sabe —repetía la madre al reportero—, no sabe cómo se puso. Estaba histérica porque el niño cayó desde arriba y se quedó unos segundos sin respiración. Cuando empezó a llorar, ella lo abrazó y lloraba también. No sabíamos a quién consolar, si al niño o a la madre.

La madre de Celia también ve esa entrevista desde el salón de su apartamento de la playa, mientras sus nietos hacen puzles después de comer y su marido sestea en el sofá con la cabeza vencida sobre el pecho, roncando a cada rato. Se imagina la escena del parque, esa mujer negra llorando tras esos segundos de angustia en que vio a su hijo caer y dejar de respirar, y luego la visualiza mezclando el puré con el veneno y tampoco lo entiende.

Su consuegra no está viendo la televisión, porque encargó por Amazon un libro sobre flores y le acaba de llegar. Mira entusiasmada la distribución por estaciones del año y por zonas climáticas, pensando en que su hijo tendrá siempre las flores que le corresponden de verdad, sintiendo que, al estar atada a ese ramo de la farola de por vida, sigue atada a su hijo desde que dejó de respirar.

El suegro no duerme, sino que ve la entrevista. Se acuerda de un día que leyó que en un cementerio en la India había aparecido un señor dando vueltas, cuando se suponía que llevaba cuatro años

enterrado. También recuerda el caso de una joven a la que dieron por muerta y abrió los ojos justo cuando los de la funeraria iban a sacar su cuerpo del saco con cremallera que les ponen en los hospitales para trasladarlo al féretro. Y está rezando bajito mientras escucha a la madre del parque con su «no sabe usted, no se puede imaginar cómo se puso, por unos segundos de nada; no me quiero ni imaginar si el niño se llega a quedar inconsciente un rato o se le muere allí mismo, porque le da un infarto, le da». El suegro reza bajito por que su hijo aparezca, como el de la India o como la joven resucitada, cualquier día por la puerta. No le preguntaría nada, no llamaría a la prensa, que son muy alarmistas; haría como si nada de esto hubiera ocurrido. Le da igual la mujer negra que lloraba en el parque, porque él llora todas las noches en el baño, mientras se lava los dientes, para que su mujer no lo vea. El niño del parque se levantó, el indio apareció, la joven resucitó. ¿Por qué su hijo no puede estar, sin más?

El comisario estudia en su despacho las últimas declaraciones y no extrae nada relevante como para levantar el teléfono y llamar a Celia, que es lo único que desea desde el día de la detención. Poder llamarla y volver a verla, decirle algo, lo que sea, con tal de que ella lo mire y vea que la está esperando, que quiere conocerla, que necesita que le dé una oportunidad.

Celia, ajena a su madre, a su suegra, a su suegro y al comisario, personas que giran, sin saberlo, en torno al mismo caso, decide llamar a la amiga de Zuima.

Esta la atendió por teléfono con bastante recelo. También era de Mozambique, del mismo pueblo; llevaba menos tiempo en España, pero Zuima la había ayudado mucho. Desconfió de Celia hasta que esta insistió en quedar, en que viera su carnet y su designación como abogada de su amiga, y le dijo las palabras mágicas:

—Zuima ha tirado la toalla, no quiere defenderse, no me cuenta nada y creo que le debo, al menos, intentar averiguar qué pasó.

Esa entrega tan desinteresada siempre funciona. En un mundo acostumbrado a pedir siempre algo a cambio, esas muestras de lo hago porque sí, porque me da la gana, porque menudo año llevo, entre fresas, helados y purés envenenados, que no puedo parar si no encuentro algo que dé sentido a todo este asunto, funciona.

Como se imaginó, allí estaban las dos amigas, pegaditas la una a la otra, en el portal de la casa de Zuima. La miraron con mucho interés, esa abogada joven, viuda, madre... Ya lo sabrían todo por la prensa, como Celia de ellas, por otra parte. También eran guapetonas y tenían el mismo acento que Zuima, como si silbaran nuestras palabras bailando en la pronunciación, con ese matiz portugués impregnado al español que tanto le gustaba a Celia.

Les dijo que primero prefería ver la casa sin que le contaran nada y que luego se podían tomar un café y hablar largo y tendido. Asintieron.

Al abrir la puerta del piso de Zuima sonó a bisagra vieja y le asaltó un fuerte olor a desinfectante.

—Hemos limpiado muy bien todo —dijo una de ellas.

Celia asintió sonriendo. Hay mujeres que se calibran unas a otras por el tema de la limpieza. Da igual de dónde vengan, que guste reconocerlo o sea políticamente incorrecto.

El piso era pequeño y acogedor. Tenía las persianas bajadas por el calor del verano, lo que le daba un aspecto bastante tenebroso,

porque uno accedía sabiendo ya que en ese lugar estaba acostumbrada a ser la muerte. Nada más entrar había un salón con cocina americana. «Cocinó el puré envenenado mientras veían Bob Esponja delante de ella», pensó Celia rápidamente. A continuación había un pequeño pasillo, dos habitaciones y un baño con bañera.

—Pocos armarios —dijo la otra amiga, algo que también comentan habitualmente las mujeres, sean de donde sean.

Estaba todo ordenado, la cocina recogida, y no había ni rastro del puré y del matarratas. En el salón vio bastantes fotos de Zuima con sus hijos, de Zuima con sus dos amigas y una de Zuima de jovencita, guapísima. Había también el típico baúl lleno hasta arriba de juguetes. Se le encogió el corazón imaginando esas manitas que nunca volverían a coger esa pelota, justo esa de allí, la que asomaba detrás de la muñeca de trapo.

Abrió el armario del que supuso que era el cuarto de ella y vio ropa vistosa, de colores vivos, como la que vestían aquella tarde sus amigas. Zapatos, bolsos, fulares. Nada especial.

En el mueble de la entrada, dentro de una cesta de mimbre, estaba la correspondencia que durante esos días las amigas habían recogido cuando iban a limpiar la casa. En un momento en que ellas no miraban, Celia abrió su bolso y echó un puñado de cartas, no todas, para no levantar sospechas. Sabía que no podía hacer eso, pero necesitaba desesperadamente encontrar alguna señal, por mínima que fuera.

Se detuvo en la pequeña librería del salón. Siempre le interesó saber qué leen los demás y si de verdad leen o son libros de pega. En las casas donde están el *Quijote*, la Biblia y una colección de clásicos, no se lee. En las casas donde hay un poco de todo, mezclado, sí se lee, y mucho. En casa de Zuima no se leía mucho. Allí había libros de cocina, de pediatría y puericultura, y varios en

portugués que imaginó que serían de historias de su tierra. Estaban todos ordenados por temas. «Es apañada, Zuima», pensó, no como ella y su desorden.

Casi le pasa desapercibido uno chiquito, detrás del teléfono, del mismo teléfono desde el que llamó para decir «mis hijos están muertos, vengan enseguida».

Ese libro estaba escrito en portugués; en la cubierta había un dibujo horrible de una señora negra, con la cara pintada de vivos colores, sosteniendo en sus manos restos de animales o humanos y con los zapatos salpicados de sangre. La señora sonreía con una sonrisa fría, aguda, y mirarla le causó un escalofrío tremendo. Cogió el libro y se lo enseñó a las amigas.

—¿Qué pone? En el título, digo. Es por curiosidad, por la foto...

—Sangoma —respondió la más alta.

—¿Sangoma?

—Brujas. —La otra le dio un codazo.

—¿Brujas? ¿Qué brujas?

—No sé —dijo la que le había contestado primero.

Ambas bajaron la mirada hacia sus pies. En ese momento, observando la librería, Celia se dio cuenta de que el espacio contiguo a ese pequeño libro había estado ocupado antes. Habían metido el teléfono fijo para dentro y por eso no se notaba, pero si se sacaba para fuera, su lugar natural, ese trozo de la librería tendría que estar lleno de libros y, como Zuima los colocaba por temas, serían también de brujas. Estaba claro que se les había olvidado retirar ese ejemplar pequeño. En ese momento supo que el tema era importante.

—¿Me lo puedo llevar? Es por curiosidad, porque yo creo en las brujas de aquí; de hecho, hace poco fui a una y me dijo que el dueño anterior de mi piso vive aún en él, porque le quedan cosas pendientes que resolver.

—No sé —respondió una de ellas—. Llévatelo si quieres, nosotras lo íbamos a tirar. No nos gustan ni ese libro ni las sangomas.

—Estupendo, ¡gracias! —dijo en el tono más cordial y natural que le salió. «Como si la respuesta a lo de Ricardo estuviera en esa africana pintarrajeada y llenita de sangre de cabra», pensó para sus adentros.

La más alta la miró desconfiada.

—¡Vamos a por ese café, chicas! —exclamó jovialmente para zanjar ese asunto.

Salieron las tres y al cerrar la puerta se apagó, por casualidad, la luz del pasillo comunitario. Se quedaron unos segundos paradas, como en suspenso, las dos amigas dándose la mano con fuerza y Celia notando sus respiraciones agitadas.

—¿Tenéis miedo de algo? —les preguntó en cuanto se hizo la luz y pudo ver sus caras sudorosas y el labio de una de ellas temblando.

La amiga alta miró a la otra, la otra miró al ascensor, Celia miró de frente, por detrás, a los lados, por si las estaban siguiendo o espiando, pero no pudo descubrir nada.

—Me da la sensación..., no sé, de que tenéis miedo de algo o de alguien, alguien que podría estar por aquí. ¿Tiene eso algo que ver con Zuima? Por favor, sería muy importante que yo pudiera entender. Si hay algo que deba saber y que pueda ayudar a vuestra amiga...

—Vámonos ya —dijo la alta—. No nos pasa nada, no tenemos miedo, nadie nos vigila ni nos sigue. Esto no es como en las películas de los blancos. Es solo que en la casa de nuestra amiga vivía ella con sus hijos y nos da pena cerrar la puerta y saber que no volverán. —En ese momento la voz se le quebró y la otra, que ya había agarrado la puerta del ascensor, se giró y le dio un fuerte abrazo.

Mientras rompían a llorar la una frente a la otra, entrelazadas, Celia pudo ver perfectamente cómo la alta le decía algo a la baja al oído y supo sin lugar a dudas que le estaban ocultando algo.

La luz se volvió a apagar y entraron las tres de un salto en el ascensor, tras lo cual se cerró definitivamente la puerta que la familia de Zuima no volvería a traspasar jamás.

14

Awa y Khady —así se llamaban las amigas de Zuima— le contaron a Celia tomando café que habían nacido en la misma zona que ella, pero que no se conocieron hasta que llegaron a España. Una vez aquí, una prima les dio el teléfono de Zuima, que por lo visto y desde que aterrizaron las trató con toda la hospitalidad del mundo y las ayudó como nadie. Realmente era un perfil de Zuima que contrastaba bastante con el de una asesina psicópata. Toda esa historia no favorecía la situación. Hubiera sido preferible oír que estaba desequilibrada desde que nació, que se medicaba y que se le fue la puta cabeza, a que era una persona tan hospitalaria y comprensiva con sus compatriotas.

«Qué hartura de calor, de mes de julio y de asesinos no confesos y no dispuestos a abrir la boca», pensó Celia.

Volvió a la carga con lo del librito.

—No habrá algo de magia negra o de trata de personas en esta historia, ¿verdad?

—No, no —dijo Awa, la más alta—. Para nada. Aquí en España apenas teníamos contacto con gente de nuestro país. Nos movíamos casi siempre solas, las tres y los niños. Algunos amigos más, del trabajo o vecinos. Nada más. Nosotras nunca fuimos a sangomas ni tuvimos nada que ver con la magia negra. Ni allí ni aquí.

—Y con la trata de personas, menos —añadió Khady—. Sabemos que hay mucho de eso en nuestro país, pero es trata para África,

para trabajar o para sexo, pero aquí no hay, o al menos a nosotras nunca nos ha pasado nada de eso.

Parecían muy convincentes las dos. Cada una con un tema. Con un posible tema de fondo, del fondo del despacho de una abogaducha como Celia, que lleva de todo y siente que no sabe de nada, que oye campanas pero que al final de la jornada tiene los deberes, los baños, y piensa en las fresas con el helado derretido.

—Pues yo creo que Zuima tenía más libros como este en su estantería —les soltó a bocajarro.

—No, no, yo no recuerdo libros de sangomas —negó Awa de nuevo intentando sonar convincente.

—Ya, ya, pero había un hueco en la estantería y el resto de los libros estaban ordenados por temas. No sé, si fuera magia negra, a lo mejor le han comido la cabeza con algún rollo de espíritus y esto era una especie de sacrificio y...

—Por favor, no sigas —le pidió muy seria Khady—. Bastante tenemos con ser mujeres, negras y ahora brujas, como salga algo de esto por ahí. No hay nada de nada de eso, te lo digo de verdad.

—Vale, vale. No te enfades, mujer. Entonces, decidme: en vuestra opinión, ¿ha matado Zuima a sus hijos? Y si es que sí, ¿por qué ha matado Zuima a sus hijos? ¿Por qué una mujer que de una librería de cinco estanterías tiene tres repletas de libros de pediatría, cuidados infantiles, cuentos y canciones, y una casa llena de juguetes y fotos de familia feliz, mata a sus hijos un 5 de julio con un matarratas? —Así se lo preguntó, como si estuviera en la fase final del juicio, la de las conclusiones.

Awa y Khady se miraron sorprendidas.

—No lo sabemos —contestó Awa—. Nosotras también nos hacemos la misma pregunta. Hemos ido a verla y nos ha dicho que

no va a hablar y que no volvamos a visitarla. Nosotras no entendemos nada. Estamos muy preocupadas y muy asustadas.

—¿Asustadas por qué? —les preguntó Celia intuyendo de nuevo algo que no sabía qué era.

—No sé —dijo Khady bajando la mirada a sus pies. Sus labios sobresalían de su perfil como si fuera una escultura perfectamente esculpida—. Como no sabemos qué ha pasado, si ha sido ella y por qué, no sabemos si nos pasará algo a nosotras, por ser sus amigas. Solo eso. Es una tontería pensar así, pero a veces, como no entendemos nada, nos da por preocuparnos por todo.

—¿Por qué vinisteis vosotras a España? ¿Y Zuima? ¿Lo sabéis? —Cuántas preguntas, pensó Celia mientras veía que también Awa había bajado la cabeza y que sus bellos labios gruesos y negros resaltaban sobre su perfil, tras esas pestañas oscuras y pobladas.

—De Zuima no lo sabemos, la verdad es que nunca se lo hemos preguntado. —La voz de Awa se quebró levemente—. Nosotras vinimos buscando una oportunidad. Allí la tierra es muy fértil, pero está muy seca y no hay instrumentos para trabajarla como es debido. Por eso hay tanta pobreza. Yo quería ser peluquera y no había peluquerías —dice esto último y se ríen las dos.

—Yo quería ser mecánica de coches y no había coches en mi pueblo —añade Khady al ver que Celia sonríe y provoca que se rían las tres.

Se acabaron el café y se despidieron alegremente, con el mismo tono final que había en ese deje de sus conversaciones sencillas, en las que Celia sí sentía algo de verdad, pero también mucha ocultación, con tanta mirada baja y esas pequeñas gotitas de sudor que se posaban en sus bellos labios cada vez que Celia preguntaba algo. Estaban tensas y se destensaban en la respuesta, pero cogían aire cuando ella iniciaba la siguiente pregunta.

No había mucho más donde rascar. Era evidente que esas dos mujeres estaban consternadas por el suceso. Tendrían mucho cariño a los niños, habían tenido que limpiar esa casa y ahora les quedaba recogerlo todo y despedirse de los recuerdos. Estarían durante un tiempo en boca de sus vecinos, de sus compañeros de trabajo, y luego todo pasaría, sí, pero ellas siempre guardarían en la memoria a su amiga, la asesina, la que las ayudó como nadie cuando llegaron y terminó en la cárcel por matar a dos críos.

Cuando Celia llegó a su casa, se quitó los zapatos de tacón y se recostó cómodamente en el sofá con el puñado de cartas «robadas». Había cogido seis en total y le resultó curioso que tres fueran del banco y las otras tres de distintas organizaciones humanitarias. Empezó con estas. Todas hablaban de lo mismo: los conflictos armados en distintos lugares del mundo, sobre todo en África, y los niños soldados. Al parecer, Zuima estaba suscrita a las *newsletters* de esas organizaciones, que debían de enviarle regularmente informes con estadísticas, acciones por emprender, etc.

Tampoco eso ayudaba nada en su defensa. Además de ser una madraza y una persona hospitalaria, era solidaria como nadie con las causas de su país y de su continente. Es decir, era la bondad hecha persona cuando una tarde, sin venir a cuento, decide matar a sus hijos con un veneno para roedores urbanos.

Cuando abrió las tres cartas del banco se le cortó la respiración. El último apunte de la víspera del asesinato era un haber a favor de una de esas organizaciones por el importe de su saldo íntegro.

Transferencia a Unicef por 2673,21 euros.

Se quedó helada.

Revisó los tres extractos de la única cuenta bancaria que al parecer tenía Zuima. Eran de hace casi un mes y medio y se veía

claramente cómo, a principio de mes, había dado una orden de transferencia permanente de cien euros a otra organización humanitaria.

Saltaba a la vista que era una gran cantidad para un sueldo de apenas mil euros. ¡Era mucho más que una persona solidaria y comprometida!

También le llamó la atención el apunte en el banco del recibo mensual de la luz. Era casi el triple de lo que ella gastaba cuando vivía el de las fresas, y eso que él se quedaba trabajando muchas noches y fines de semana... Parecía que Zuima hubiera vivido siempre con las luces encendidas, porque no recordó haber visto aparatos de aire acondicionado ni ordenadores en el piso.

El alquiler de la vivienda se llevaba la mitad del sueldo y había ingresos en efectivo que Celia pensó que serían de cuando planchaba en las casas de las vecinas, tal y como le habían dicho las amigas que hacía de vez en cuando.

Pero, aun así, el donativo mensual le parecía elevadísimo para ese nivel de vida. Se veía que todo lo ahorrado, esos 2673,21 euros, le había costado mucho esfuerzo.

Y justo el día antes de matar a sus hijos fue al banco y firmó el traspaso de todo su saldo a favor de Unicef.

Luego, con la cartilla vacía, la vida hueca y prácticamente nada que llevarse a la boca, con la calderilla que le quedaba compró unos puerros y un matarratas.

A Celia le bailaban los números de los extractos mientras la cabeza le daba vueltas y vueltas.

¿Había intentado expiar su culpa de asesina con la ayuda humanitaria?

La asesina de niños que ayuda a niños en conflictos armados.

La asesina de sí misma.

La asesina de.

15

—Ding, dong, ding, dong.

Suena el timbre del despacho. Celia está sola estudiando cómo defender a un hombre que había robado la recaudación de un bar a punta de navaja en estado de drogadicción. Es tarde, mes de julio, ¿quién podría ser a estas horas? «Se habrán equivocado. No abro, a ver si se van», piensa. «Con todo lo que tengo que hacer, además de los recursos y escritos procesales que tengo pendientes».

—Ding, dong, ding, dong.

«Vaya por Dios, no se van. Quién será a estas horas. Voy a abrir».

(No abras. Venga, Celia, no abras. Quédate quieta en el despacho y espera a que se vayan. No quiero que abras. Yo estoy escribiendo este libro y no quiero que abras. No, no vayas, no, por favor, suelta el picaporte. No, por favor, ¡no!).

Abre la puerta suspirando, para que vean que no son horas de ir a un despacho de abogados, por favor, que son las nueve y media de la noche, de un mes de julio, además...

Y allí, apostados en el marco de la puerta de entrada, como si de un cuadro del Renacimiento se tratara, ve a una hermosa mujer, joven, más joven que ella, elegante, con las mejillas encendidas, y en sus brazos un bebé rubio y regordete. La vista se le va a los ojos de ese niño.

Ojos verdes, verdes como la albahaca.

Se le congeló el corazón al instante. Creerá después que en ese momento llegó a sentir que dejaba de latir, que no tenía piernas,

que no había un brazo sujetando la puerta, que la vista se le estaba nublando y, en un acto instintivo, de protección, como los que deben de tener los alpinistas a temperaturas extremas, cerró la puerta de golpe y se quedó allí, en silencio, intentando no desfallecer.

—Ding, dong, ding, dong.

—Váyase, por favor. No hay nadie ahora para atenderla. Pida cita —dijo con un hilo de voz.

—Tengo que hablar con usted —se oyó la voz de la mujer al otro lado de la puerta.

—No voy a abrir.

(No abras, vete ya para tu despacho, pon la música muy alta para no oír nada más y espera toda la noche para salir. No vuelvas a abrir. Te estoy tecleando estas órdenes con furia, Celia Fuertes. Me tienes que obedecer, para eso eres mi personaje, mi puto personaje, con el que puedo hacer lo que me dé la gana. ¿No era esto escribir? ¿Tener la libertad de contar la historia como me plazca? ¡Pues no abras, te lo prohíbo!).

—Abra, por favor, tengo que hablar con usted, es a usted a quien busco. He estado todo el día fuera esperando el momento. Ábrame, por favor. No quisiera no poder hablar con usted y tener que hacer algo a nivel legal...

Abrió. De golpe. El bebé se asustó con el ruido y rompió a llorar. Sus ojitos se empañaron de lágrimas y el color verde se volvió aún más intenso.

—Pase.

Encendió la luz de la sala de juntas e hizo un ademán para que pasaran. La mujer se sentó en la primera silla y, con voz suave, consoló al niño, que se calmó enseguida con un chupete.

—Perdone que me haya presentado así, sin avisar. Sé por lo que está pasando con ese caso que lleva, pero gracias a él he atado

cabos y la he localizado. Necesito hablar con usted. Estoy desesperada.

—Bien, entonces se trata del caso de Zuima —respondió, de nuevo con un hilo de voz. Empezaba a notar el palpitar de las sienes y, ahora sí, el corazón bombeando con fuerza.

—No, no se trata de ese caso.

—Ah, entonces dígame en qué puedo ayudarla a estas horas y por qué ha venido.

—Mire, estoy desesperada. Yo trabajé con su marido los dos últimos años antes de..., antes de...

—Antes de que se lo llevara por delante una moto —cortó Celia en seco.

—Sí, eso.... Perdóneme, es que estoy muy muy nerviosa. Trabajaba en su empresa, era su asistente técnica y, bueno, al año de conocerlo me enamoré locamente de él y...

—Por favor, no siga. Mi marido ha muerto. Ha dejado tres hijos. Estoy sola, desbordada, en pleno duelo, y no quiero saber si mi marido tuvo una aventura o mil. No quiero saber nada más de él. Se fue por las prisas que tenía para todo y no le he perdonado, así que nada me va a hacer más daño ya. Márchese ahora mismo. —Y se levantó imperiosa.

—Por favor, por favor, siéntese. No quiero hacerle más daño, yo no soy así, jamás hubiera hecho esto si no fuera porque estoy desesperada, completamente desesperada. Este niño es, este niño es...

Ojos verdes, verdes como la albahaca.

El comisario está terminando de pelar la manzana de su cena y piensa en los ojos tristes de Celia, en esos ojos que él quisiera

iluminar, tener la oportunidad, tener que.

El suegro de Celia se está lavando los dientes en su casa y llora, pues gracias al sonido del cepillo eléctrico puede sollozar sin riesgo de ser oído a pesar de que los ojos inflamados lo delatan, que su mujer se da cuenta en cuanto los ve, pero se calla para respetar su duelo.

—Este niño es suyo —sentenció de golpe, sin miedo, sin rubor, mirándola fijamente.

«Ya está», pensó Celia. «Este bebé rollizo, de unos meses menos que mi niño, es suyo, del que se fue preguntando si fresas o helado con tres hijos en el mundo y que ahora está muerto, y que resulta que tiene otro hijo, con sus mismos ojos, que se sorbe los moquitos y me mira mientras chupa el chupete como si fuera un biberón».

La madre de Celia le da el biberón al bebé en el apartamento de la playa mientras le canta una nana que a ella le cantaba su madre. Esta se encuentra en el piso de Celia con Ricardo, deseando que entre ella ya por la puerta, pues ellos saben bien lo que está pasando en su despacho, que para eso están muertos y tienen todos los superpoderes de los espectros.

El mundo le da vueltas, la habitación da vueltas, ella no está ahí, está subida ahora a la lámpara, el bebé baila alrededor de la mesa, la madre está sentada encima del jarrón que hay en el centro, las botellitas de agua para las visitas tienen pies y manos y están bailando también al ritmo de los latidos de su corazón, que bombea

fuerte y sano, para decirle «estás viva y estás viviendo esto». La ventana se abre y le deja ver el cielo estrellado, al que se puede lanzar en ese momento, que sería un buen final si no tuviera tres hijos, de los cuales ninguno de ellos tiene los ojos como la albahaca. Así se queda, posada encima de la lámpara, mientras la escena se desarrolla con total naturalidad, como si fuera la parte de un sainete bien interpretado en el mejor de los teatros. Pero está deseando que se cierre el telón, que aplaudan todos y despertarse de esta pesadilla en su cama, con su abuela muerta acariciándole las lágrimas.

—Celia, Celia, por favor, por favor, míreme —le dice dándole golpecitos en la cara.

—Me he debido de desmayar, eso es todo —contesta cuando recupera la cordura y entiende la situación.

La mujer se levanta y trae del baño una toalla empapada, dejando antes al bebé por allí gateando, mirándola fijamente.

—Celia, por favor, se ha caído usted. Por favor, lo siento, lo siento muchísimo. Es que estoy desesperada, he pensado en hacer muchas tonterías. Usted tiene ahora un caso de una madre con hijos que ha hecho una locura y yo en mi locura la entiendo, entiendo lo que es la desesperación.

La abogada se levanta como puede, alcanza la silla, baja la cabeza, se le parten literalmente el alma, el corazón, las sienes, y las lágrimas empiezan a brotar gruesas, con fuerza, y lamenta no tener un chupete para consolarse. Piensa en quitárselo al ojitos, pero la está mirando con pena. «A todos les daba pena y ahora les daré mucha más», rumia de nuevo para sí misma. Se siente una impostora.

—¿Me quiere decir que está pensando en matar a su bebé con matarratas y que por eso ha venido? —le suelta a bocajarro mientras

sus lágrimas dan paso a un enfado atroz—. ¿Me quiere decir por qué está aquí, por qué me tengo que creer que este es su hijo? ¿Qué quiere: dinero, herencia, notoriedad? ¿Joderme la vida? ¿Qué le he hecho yo? ¿No tengo yo una vida suficientemente jodida yaaaaa?

—Por favor, Celia, yo no digo que vaya a matar a nadie y, por favor, no quiero fastidiarla a usted para nada, pero estoy desesperada, ya sé que esto es muy fuerte, pero yo tengo, yo tengo... —Saca lentamente del bolso un papel con el puñetero sello del Registro Civil bien azulado y bien original. Celia reconoce en el acto ese tipo de certificados.

Y se lo da. Y lee. Y ve que el ojitos se llama Hugo. Ve el nombre de la madre, el nombre del padre, reconoce perfectamente el nombre del padre, ve la fecha de nacimiento y entonces piensa que en esa fecha estaba ella dándole el pecho a su pequeñín.

Qué cabrón, por favor, cómo se puede ser tan cabrón y, encima, no podérselo gritar, no poder meterle una demanda de divorcio porque ya es viuda, no poder abandonarlo por este agravio porque se estrelló contra la farola de enfrente de la pescadería del barrio, que esta semana tiene un ramo de lirios blancos y amarillos.

16

No sabe cómo llegó a su casa ni qué hora era exactamente. Abrió la puerta y la luz de su cuarto estaba encendida, invitándola a tumbarse directamente en la cama sin más, gracias, Ricardo, y así lo hizo. Se quedó dormida enseguida y soñó con él, soñó mucho; tenían cuatro hijos, eran felices, estaban bañándose en la playa hasta que llegaba una ola gigante y la absorbía y ella los veía desde la cresta de la ola a todos, pequeñitos, diciéndole adiós con las manos.

Por la mañana se levantó con la sensación de que ya nunca nada sería igual en su vida, que había tocado fondo y que aquello era un punto de inflexión. Se hizo un café bien cargado para intentar alejar los recuerdos de las pesadillas y abrió todas las ventanas de la casa, dejando que la invadiera el aire fresco de las primeras horas del día.

Cogió su cuaderno de notas, porque ella siempre hacía listas de todo, y apuntó: tres hijos, despacho saturado, caso Zuima, nuevo hijo de mi marido.

Ese era el resumen de su nueva vida en esos momentos. Todo eso tendría que atender, pero ¿cómo se afronta esto? ¿Cómo se pueden entender el engaño, la mentira mientras una está embarazada de un bebé tan deseado como el resto, de un marido entregado, apasionado, divertido, romántico y gracioso, sobre todo muy gracioso? ¿Por qué nunca sospechó siquiera que pudiera estar teniendo una aventura mientras su cuerpo cambiaba, engordaba de nuevo, le salían varices en las piernas, se le inflaban los labios y le

afloraban manchas en la cara? ¿Por qué nunca pudo imaginar que no era la única en esas noches desatadas de amor en las que le susurraba al oído «cómo te amo, cuánto te deseo»?

Pero no lo tenía delante para hacerle todas esas preguntas.

Le pesaba la cabeza, le dolían los ojos de tanto llorar y tenía agujetas en el corazón, eso era lo que sentía más profundo, punzadas de esos latidos de desgarro.

«Voy a ser práctica», reflexionó. «Tú siempre eres práctica, Celia», se dijo en alto a sí misma. «Mis hijos no deben enterarse por ahora, mis padres tampoco, sus padres mucho menos. Esto se soluciona con dinero. ¿Que está desesperada porque la han echado de la empresa, porque no tiene familia, porque está sola con un bebé y no sabe a quién recurrir? Pues nada, se le da dinero, que no vuelva a venir, y en cuanto encuentre un trabajo, que se olvide de nosotros».

No había hecho nada con relación al testamento. Total, sus hijos eran tan pequeños y sus bienes gananciales, que había pensado que para qué. Pero ahora sí lo haría: reconocería a los cuatro hijos por igual en la herencia, calcularía su parte y se la daría para que no volviera jamás. Eso sí, con él ya hablaría, concluyó, pero ¿cuándo y cómo le hablaría? Sentía que se estaba volviendo loca, que caía a un abismo sin retorno.

Sacó la carpeta donde guardaban las cuentas del banco y los datos de la casa, esa en la que su marido tenía todo identificado con cartelitos pulcramente pegados en cada parte del archivador, porque él era así de ordenado. Ella no había sido capaz de abrirla hasta ahora, no por nada en especial, sino porque no podía soportar tanto orden.

Allí estaba todo inventariado, clasificado con separadores numerados, todo metódicamente colocado.

Había un apartado por cada bien, un subapartado por cada deuda y una carpetilla al final con el título de «Varios».

«Qué intriga esa última carpeta», pensó de pronto. Sacó su contenido.

Allí, entre otras muchas anotaciones, había una fecha, la del nacimiento de aquel bebé rubio con sus mismos ojos; un nombre debajo, el de su madre, Marta Arribas Gallardo, y un número de teléfono. Joder, tenía hasta su teléfono apuntado en su carpeta de bienes gananciales. «Qué cabrón, qué asco de tío, eso no es ganancial, es tuyo, tú te la tirabas, te la tirabas mientras en mi tripa crecía una vida fruto de un "te amo", de susurros en la noche, de un deseo con amor. Qué asco, de verdad».

Marcó el número de teléfono y le sorprendió la respuesta de un contestador automático: «Notaría de don Alfonso Criado. Nuestro horario es de diez a catorce horas en verano. Si quiere dejar un mensaje, le llamaremos lo antes posible».

Colgó. Joder, ¿habría hecho testamento? ¿Era ese el teléfono de la notaría donde había dejado sus últimas voluntades? Pero ¿por qué? ¿Por qué había hecho todo esto? ¿Era porque en el fondo sabía que se iba a estrellar contra la puta farola arrollado por una moto?

Cuando su marido falleció, Celia ni se molestó en mirar los papeles del seguro de decesos. Así son los abogados: en casa del herrero no miran ni un papel. Corrió a por la carpeta y sí, allí estaba el certificado de últimas voluntades, que decía claramente que había un testamento hecho ante el notario don Alfonso Criado. La fecha era de unos días después del alumbramiento del niño de la albahaca.

«Qué fuerte», pensó, «qué fuerte es todo, no puedo más, no voy a poder más».

Lo vislumbró entrando en el notario y dando instrucciones para redactar un testamento que incluyera a sus cuatro hijos. El

sentimiento de culpa y el del deber, eso siempre, porque él era un hombre de los que asumen sus responsabilidades y llevan el sentido del deber a su máxima expresión. Muy gracioso, sí, pero también muy pesadito con el «todo bien hecho, bien terminado y en armonía».

«Qué cabrón», volvió a pensar. «Le hace un bombo a otra, pero, eso sí, el deber le llama a dejarlo por escrito ante un desconocido, no vaya a ser que se estampe un día y el cuarto hijo no esté dentro de la esfera de su puñetera responsabilidad».

Entonces mira atrás, a su vida de esos días donde viene la fecha en la que hizo el testamento, y se acuerda de pronto, como si fuera hoy, de lo callado y triste que estuvo esa semana, que incluso ella le llegó a preguntar si temía por su puesto de trabajo o le iban a bajar de categoría.

Ahora se siente del todo ridícula. Ella pensando en un problema laboral y él pensando en cómo reconocer a su cuarto hijo. Ella pasándole la mano por la pierna mientras veían una serie porque él tenía la mirada ida, diciéndole «hombre, cuéntame, sea lo que sea te desahogas de tu jefe y de la presión del trabajo, hablando uno se destensa», y él «que no, Celia, que no te preocupes, que ya se me va a pasar».

—¡¿Se me va a pasar?! —grita sola en la cocina—. ¡¿Cómo se pasa un hijo?! —grita más fuerte aún.

La ventana se cierra suavemente, es Ricardo, no vaya a ser que el vecino de enfrente la vea sentada, sola, con la taza de café, gritándole al amable día, y le diga al portero, al pescadero y, si se tercia, a la que ha vuelto a vivir abajo, que Celia está loca, que la ha visto hablar sola y de vez en cuando gritar.

El comisario ha terminado de redactar un correo dirigido a Celia por enésima vez, para que no parezca ni demasiado formal ni demasiado informal y no se le note, en un simple texto de trabajo, que anoche soñó que estaban en una tabla de surf los dos juntos surcando las olas.

Estimada abogada:

Pongo en su conocimiento los últimos datos del caso por si pudieran ser de su interés. Ayer se personó por la tarde Awa, una de las amigas de Zuima Winston, para cambiar su declaración. Parece ser que las tres se conocían de Mozambique y no desde su llegada a España, como declararon la primera vez. Manifestó que no sabe por qué mintió y que lo quería aclarar. Ya hemos mandado la copia al juzgado e imagino que le darán traslado de inmediato.

Si se le ocurre alguna razón por la que las amigas pudieran mentir en algo tan simple o quiere que investigue en alguna otra dirección, no dude en decírmelo, porque, aunque no siempre lo parezca, pretendo hacer equipo con todas las personas que trabajan en este tipo de asuntos. Por tanto, mi teléfono, mi correo y mi comisaría están a su disposición.

Atentamente,

Ismael Sánchez

Dudó si debería añadir también el teléfono fijo de su casa, su dirección postal o el correo personal. Quizá si le daba tantos datos para localizarlo, ella se daría cuenta de que él quería conocerla más a fondo y tener la oportunidad de subirse a mil olas juntos. Pero la abogada también podría pensar que era un hombre con exceso de celo en su trabajo, que ama su profesión por encima del ocio y de la propia vida y que con un tipo así ni un café se tomaría por no tener que seguir hablando de detenidos y de procesos de *habeas corpus*. El comisario sonrió al recordar a un detenido que el mismo día que él conoció a Celia había pedido en su despacho el *Corpus Christi* en vez del *habeas corpus*. Cuando el comisario se rio, el detenido se enfadó mucho y tiró el papel que le habían dado con los teléfonos y

centros sociales de desintoxicación, papel que se quedó todo el día en el suelo del despacho del comisario porque se le olvidó recogerlo, puesto que, tras tirarlo, el detenido empezó a gritar y hubo que intervenir como siempre, con mucha paciencia y experiencia, para hacerlo volver a la normalidad.

Ricardo mira tranquilo a Celia como solo pueden mirar los muertos, porque al final ella ha explotado y se ha puesto a llorar angustiada. Al menos ha dejado de gritar y de dar puñetazos contra la mesa. La abuela está detrás, Ricardo la ve perfectamente, y entre los dos asienten para cuidarla estos días más que nunca, con mucha paciencia y experiencia, para intentar que pueda volver algún día a la normalidad.

El suegro acaba de desayunar y le dice a la suegra, que está inmersa en el capítulo de los colores de las rosas y su significado, que se va a lavar los dientes. Evacua su dosis diaria de lágrimas y decide ir a hacerle una visita a su nuera, porque anoche sintió en sueños que algo no iba bien: veía a toda la familia en la playa, cuando una ola gigante invadía de pronto la arena y arrasaba con todo, no dejando ni el cubito ni la pala del bebé.

17

Mientras todo este terremoto estaba sacudiendo la vida de Celia, Zuima hacía ya vida de presidiaria: de la celda al patio, del patio al comedor, del comedor a un taller, del taller a la celda, de la celda al comedor y tal vez una película al final del día, en el salón de la televisión, o una partida de cartas en la que se quedaba abstraída y nunca sabía muy bien cómo seguir: cinco de bastos, y ella vislumbraba el puerro que utilizó el último día para el puré y se estancaba como en el limbo.

—Ya se ha colgado —decía otra presa—, está como el ordenador de la biblioteca.

Y las demás se reían a carcajada limpia. A alguna incluso le veía Zuima un diente podrido negro al lado de otro de oro y pensaba que ella estaba igual, sentada entre esas otras chicas, como piezas dentales sin criterio, en bocas donde siempre entraban muchas moscas.

Sus compañeras aún no sabían por qué estaba allí ni de qué la acusaban. Como estaba en preventivo y con una interna sombra para evitar el suicidio, se corrió la voz de que había matado a su presunto marido maltratador y ella nunca decía ni que no ni que sí, porque así era todo más sencillo en ese código no escrito. Ninguna la reconoció al inicio, cuando todavía salía en las noticias, en las fotos de las fiestas escolares o las del aniversario de la empresa, que eran las únicas que debía de tener la prensa y que ponían en bucle cada vez que hablaban del caso. Nada más entrar en prisión se cortó

el pelo al cero. Además había adelgazado tanto en la primera semana, que para las otras presas era imposible reconocerla en esas fotos del festival de Navidad junto a sus niños y sus flautas.

Zuima tenía sellada la boca, como su alma y sus esperanzas. En el taller actuaba como una autómata cosiendo dobladillos, poniendo botones y cogiendo bajos. En el comedor no hablaba con nadie, salvo el «pásame la sal» o «¿quieres esto?, que no puedo más», y nunca jugaba a nada en el patio ni participaba en los corrillos de la ducha ni conversaba esperando las visitas.

Se quedaba siempre sentada donde la pusieran, con la mirada perdida. Su guía acompañante intentaba darle conversación hasta que se daba por vencida, viéndole las manos sobre el regazo, con el cuerpo en actitud de haberse dejado llevar.

Dos veces a la semana iba a terapia por prescripción del psiquiatra. Repetía que no quería hablar ni tomar ninguna de las pastillas recetadas y dejaba escapar los minutos allí sentada frente a un hombre mayor cuya mirada intrigada le recorría el cuerpo en busca de respuestas, porque no podía entrar en su mente.

Por qué una madre mata a sus hijos.

Para el psiquiatra había varias razones posibles y las había apuntado en su informe en forma de apartados: por hacer daño al padre, por celos del padre, por extrema vulnerabilidad social o por desequilibrio hormonal grave.

Cada vez que intentaba abordar una de esas tres razones se topaba con el silencio absoluto de esa mujer, su mirada baja y su cuerpo destensado sobre la silla. Quizá notaba que apoyaba la espalda en el respaldo más de lo normal, como cuidándose para pasar el rato allí y no delatar con sus movimientos cómo recibía las preguntas.

—Dígame, Zuima, por saber un poco: usted y el padre de sus niños, aunque ya no tenían relación sentimental, ¿hablaban de vez en cuando?

—¿Veía el padre a sus hijos?

—¿Tenían algún tipo de relación?

—¿Ha tenido usted signos de menopausia prematura?

Silencio, silencio, silencio y silencio.

Para el psiquiatra, una madre que mata a sus hijos ha de tener una explicación. Todo el que mata tiene un porqué. Nadie entra un día de pronto en un supermercado con una recortada y mata indiscriminadamente a varias personas, unas que estaban pagando, otras eligiendo la salsa de tomate y otras intentando huir tras los primeros disparos. Lo hace por algo. Por eso él es forense, trabaja donde trabaja y lleva toda su vida intentando entrar en la mente de los homicidas, psicópatas y criminales para encontrar las causas que vierten en sus libros y tratar de lograr, algún día, que el de la recortada no la llegue a utilizar y acabe comprando una lata de guisantes para hacerle a su madre un pastel de carne.

«Pero con esta mujer negra no hay manera», piensa siempre que termina la sesión mientras recoge sus folios en blanco y vuelve a guardar su pluma en el estuche.

Él ha leído todo lo que se ha publicado sobre ella, el sumario completo, y no ve ningún indicio de mente criminal en su pasado. Una chica normal que llega a España desde Mozambique en una oleada de solidaridad que consistió en conceder permisos de residencia y trabajo a jóvenes de ese país que se habían apuntado y hablaban español. Llega aquí, le dan trabajo como limpiadora en una residencia de ancianos y varios cursos de geriatría para aprender a mover a los abuelos cuando ya no pueden andar, a hablarles cuando ya no recuerdan y a darles de comer cuando tiemblan tanto que no

pueden sostener ni la cuchara. Incluso se presta para ser ella quien hable con las familias de los ancianos que han perdido todos sus recuerdos y se inventa conversaciones para que vivan tranquilos, porque ella sabe lo que es olvidar.

Es muy apreciada en su trabajo y sale de vez en cuando a bailar salsa con sus amigas, que también vinieron de allí pero que trabajan en un comedor escolar, porque a ellas se les da mejor la cocina que los viejos. En una de esas salidas conoce a un hombre blanco.

Una de sus amigas, Awa, que por lo visto se había arrepentido de negar en su declaración que la conocía desde Mozambique, aceptó hablar con el psiquiatra de la prisión por si podía aportar algo con que ayudarla. Le contó cosas de la relación de Zuima con el padre de los niños, que, siendo extrañas, no permitían establecer una causa y un efecto entre ese enlace y el asesinato.

Parece ser que el chico blanco le recorrió el cuerpo con la mirada desde el primer momento y ella, por una vez en su vida, se dejó seducir, porque aquel hombre no la trató con condescendencia cuando le dijo de dónde venía y a qué se dedicaba, sino que le respondió que era digna de admiración.

Al final, ese blanco se metió en su cama y ella, que era virgen y que siempre juró que nunca jamás en su vida estaría con nadie, sucumbió al cuerpo, a las caricias y a la saliva de aquel joven apuesto que sabía perfectamente cómo tocarla y qué decirle al oído para que ella se pasara los días deseando que la volviera a llamar, con la entrepierna siempre húmeda mientras le daba, sorbito a sorbito, el caldo al anciano de la 322.

Esto último no se lo dice así ni mucho menos la amiga de Zuima al psiquiatra, pero él sí lo visualiza, pues ya está un poco aburrido de extensos tratados y ensayos sobre psiquiatría y piensa que un poco

de literatura en la vida de sus pacientes le hará tener amplitud de miras.

Un día, al hombre blanco no le da tiempo a ponerse el preservativo, porque él también vibra con esa chica negra que sabe bailar cuando hacen el amor y le dice unas cosas al oído en su idioma natal que él no entiende, pero que le resultan demasiado excitantes.

Un mes después él se entera —porque se presenta en su casa, ya que ella no le coge el teléfono— de que se ha quedado embarazada y lo echa de su vida.

Tres meses más tarde él averigua por su otra amiga, la que trabaja en el colegio cerca de su casa y a la que espera pacientemente varios días hasta que la ve salir con una bolsita llena de empanadillas que han sobrado del comedor escolar, cuándo es la siguiente revisión ginecológica y allí se planta, justo cuando a Zuima le están embadurnando la tripa para el ecógrafo. Irrumpe en la habitación diciendo: «Yo soy el padre y tengo derecho». Y ve en la pantalla a dos bebés que se mueven a la vez y, aunque ella en ese momento está llorando y no emite palabra, él sabe que algo le dejará participar en la vida de esos niños, porque ella está sola, vino desde muy lejos, no tiene familia aquí y se lo pedirá.

El psiquiatra ha ido elaborando esa historia, además de con su imaginación y el relato de la amiga, con extractos de un programa de radio, las declaraciones judiciales de los testigos, el expediente médico y el reportaje de la entrevista a la vecina de Zuima que publicó el dominical de un periódico.

Parece ser que nunca más volvieron a estar juntos, que ella no le perdonó lo del preservativo, pero que sí, que él de vez en cuando aparecía, que los niños sabían quién era su padre, que algo de

relación tenían, dependiendo de la situación laboral y sentimental de él, y que les llevaba algún que otro regalo de tarde en tarde.

No había sentencias ni convenios reguladores. De eso no había nada.

Para Zuima el psiquiatra era solo un trámite más. Él no sabía por qué esa madre había matado a sus hijos y ella no se lo iba a decir nunca, ni a él ni a nadie, pasara lo que pasase.

A veces le daban ganas de reírse al verse allí, otra vez delante de un señor con bata blanca que quería saber lo que ocurría en su interior.

«Ellos nunca entenderán nuestras cabezas», pensó entonces y pensaba ahora. «Sus mentes europeas no pueden entender nuestras mentes africanas. Es una cuestión lógica», razonaba, y le daban ganas de reírse de él, de ellos, de los de aquí y de los de allí, tan intrigados siempre por conocer sus pensamientos.

«Además, da igual saber», pensaba también.

«No hay cura».

«No hay sanación posible».

«Solo podía evitarlo y por eso estoy aquí».

«Y lo he conseguido. Sí, ahora están cerca, pero están ya muy lejos de mis niños».

En ese instante sonrió para sí y percibió el aleteo interesado en la nariz del psiquiatra. Un gesto, una mínima mueca, le daba esperanza a aquel señor tan serio, con sus folios impolutos y una pluma cerrada sobre ellos. Parecía el capitán de un barco sin pesca, en mitad de un océano, que de pronto vislumbra unas pequeñas burbujitas en la quietud del mar. Volvió a poner enseguida su rictus serio, su mirada perdida y sus manos sobre el regazo.

—Dígame, Zuima: ¿quiere contarme algo?

—¿Le molestó mucho quedarse embarazada?

—¿Era su primera relación sentimental con relación sexual?

—¿Se quedó embarazada por una relación sexual consentida o no consentida?

Silencio, silencio, silencio y silencio.

«Qué lejos están de todo», pensó Zuima, «qué lejos están». Más que Mozambique de España, más que del cielo al infierno. Ni un paso se acercan, como tampoco se pudieron acercar los de allí, porque esas personas que quieren saber, que quieren entrar en las mentes ajenas, nunca antes han salido de la suya para siquiera intentarlo.

—¿Le gustan los hombres o las mujeres? —le pregunta el psiquiatra a Zuima a un minuto de finalizar el tiempo reglamentario, en un intento desesperado de preguntar algo molesto o fuera de lugar para hacerla saltar o enfadarse y que le soltara un «y a usted qué le importa, pero qué clase de terapia es esta».

Silencio.

18

El viernes por la mañana, antes de partir hacia la playa para pasar unos días con sus hijos, refrescarse en el mar y en sus abracitos, dejarse llevar por sus conversaciones infantiles y mirarlos sin poderles decir «tenéis otro hermanito, ya sois cuatro en la vida para cuidaros; por muy solos que os encontréis algún día, siempre tendréis otros tres por ahí esperando para ayudaros», se pasó por la cárcel y pidió ver a Zuima. No sabía muy bien por qué. No tenía novedades sobre el caso, ella no le iba a dar ningún dato más y, realmente, no tenía nada que hablar con su clienta.

Se sentó enfrente de ella en esa sala en la que las dejan a solas, sin micros, sin guardias, ella esposada y Celia con su botella de agua y sus notas. La miró directamente a los ojos.

—El otro día vino la amante de mi marido a verme y me presentó a su hijo —le soltó. «Qué poco profesional soy viniendo hasta aquí para contarte esto, pero realmente no se lo he contado a nadie y llevo desde el lunes con un nudo en el estómago que en cualquier momento me estallará y me quedaré por ahí medio muerta en una cuneta», pensó a continuación—. Así que, como tú no me hablas, vengo, te lo cuento y me voy. Que no tengo novedades sobre tu caso.

Zuima la miraba intensamente. El color de su piel, cuando hace mucho calor, da sensación de frescura, pues parece que el sol no va a cebarse con ella. Así que allí estaba, tan fresca, escuchando cómo una loca desquiciada le soltaba semejante confesión, que nada tenía

que ver con su doble asesinato, convirtiéndola en un verdadero despropósito.

—Celia, yo no quiero que hables más con mis amigas. Me dijo Paloma que habías ido a mi casa con ellas.

—Sí, fui a ver la escena del crimen y solo ellas podían abrirme. No me dijeron nada que no supiera por la tele, pero, vamos, que no volverá a ocurrir, no te preocupes. Ya me ha quedado claro que no quieres ninguna defensa. Cuando fui a tu casa tenía esperanzas. Ahora no las tengo. Y menos en mi estado mental, que, como verás, estoy para que me encierren, a ver si te enteras y pides ya otro abogado, hija, que yo con lo de la amante y mi marido estrellado no puedo más.

—Eres perfecta para mí, Celia, de verdad. No quiero otro abogado. Pero no quiero que hagas nada más con el caso. Vamos a juicio cuando nos llamen y tú dices eso de «una sentencia ajustada a derecho». Me encierran aquí para siempre y ya está. Caso resuelto.

—Será más bien caso terminado, porque resuelto, lo que se dice resuelto, Zuima, estarás de acuerdo conmigo en que no lo está, porque todo tiene siempre una explicación y la tuya no la sé ni la puedo saber. Porque no se entiende, de verdad te lo digo, por qué compraste el dichoso veneno, subiste a casa, hiciste a sangre fría un buen puré de puerros y espinacas, que digo yo que por qué tanta molestia en agregar vitaminas para lo que ibas a hacer realmente, le echaste el matarratas y viste cómo tus niños sorbían su muerte cucharada a cucharada, los acostaste, les leíste un cuento y, cuando cayeron fríos como losas, llamaste a la policía y te pusiste a fregar. Yo, de verdad, Zuima, que entre esto y lo de Hugo ya no puedo más.

—¿Hugo?

—El niño de mi marido. Tiene sus mismos ojos, por cierto. Verdes como la albahaca. El muy cabrón me hace a mí tres hijos sin sus ojos y a la otra le hace uno con los suyos. Yo me enamoré de mi marido por culpa de esos ojos. En el mismo instante en que los vi.

—Ah.

—Bueno, Zuima, maja, que me voy, que si me estrello, le cuentas tú a mi madre lo del niño del cabrón de mi marido. Adiós.

—Pero, Celia, qué dices, no te estrelles. No vayas a coger el coche. Creo que estás fatal, siempre te vi fatal, pero hoy, con esto que me dices... Por favor, no te vayas.

—¡Anda, si tienes corazón! Tumbas a tus hijos con matarratas y ahora te da pena la loca de tu abogada.

—Pues mira, no, no me das pena, pero no quiero que te mueras y venga otra como tú a preguntarme.

—Ah, ya decía yo. Adiós, Zuima.

Al dirigirse a la puerta, de pronto se para y, como si recordara algo, se da la vuelta y le dice:

—Por cierto, Zuima, por si te interesa, ya que tiene que ver con tu país, el último informe de Unicef cuantifica la cifra de niños y niñas soldados en conflictos armados en todo el mundo entre doscientos cincuenta mil y trescientos mil. Por lo visto, muchos países se lanzan reproches porque todos esos niños no estaban en los acuerdos de paz. El otro día me interesé por el tema, ya ves tú qué cosas, como si no tuviera ya suficientes preocupaciones, y leí en otro sitio que esa cifra no es real, que nadie sabe realmente cuántos son ni dónde están.

Zuima respira pausadamente; tiene la mirada baja, como las amigas cuando ella les hizo preguntas el otro día en la cafetería, pero ni media gotita de sudor encima de los labios.

—Siempre me dieron mucha pena las historias de esos niños que me contaban en mi país. Por eso colaboro con alguna organización dando algún donativo. Imagino, Celia, que me lo dices por eso, porque te has enterado. Han mirado mis cuentas, ¿no? Lo pensé el otro día, ahora sabrán en qué me gastaba cada euro que ganaba. Pero tienes razón, me importan esos niños como cualquier niño en el mundo. De ellos siempre pensé que no los podíamos catalogar ni de verdugos ni de víctimas, que esa era la única forma de que salieran del laberinto y pudieran olvidar. Pero todo esto no tiene nada que ver con mi caso, Celia, y te lo cuento porque hoy te veo muy mal y porque sé que tienes la mejor intención viniendo aquí e intentando defenderme de alguna manera. Te lo agradezco, pero no lo necesito.

«Tus hijos te necesitan, te necesitan y te están esperando», pensó Celia, y esta mujer negra cabezona no te necesita para nada, te lo dice a la cara y echa por tierra lo poco que has averiguado por tu cuenta vulnerando todos los protocolos y la deontología profesional al llevarte las cartas de su casa. Sal de ahí, Celia, vete ya. Tecleo.

—Pues yo me voy, Zuima. Y no, nadie ha investigado tus cuentas ni me han dicho nada de que tú colaboraras con ninguna organización. Ha sido un presentimiento, no sé. Por la edad que tienes, viviste los conflictos de los que tanto se habla cuando se nombra a los niños soldados y por eso pensé que te interesaría el dato. Pero me quedo con tu frase, ni verdugos ni víctimas para salir del atolladero. Así que aparco el tema y me voy por donde he venido. Cuídate. Cualquier cosa, te pones en contacto conmigo.

Celia coge el bolso y se va, dejándole la botellita de agua bien cerca, por si acaso Zuima está seca por dentro, como la tierra de su país, y necesita humedad para sacar todo lo que tiene.

Zuima se queda sentada en la salita, encerrada, mientras el guardia acompaña a Celia hasta la salida, con esa mirada fija, negra, pensativa, entre cabizbaja y altiva, entre un grito y un llanto, así, con esa mirada de nada ni de nadie, que yo veo desde mi ordenador mientras escribo estas palabras. Me gustaría gritarle «te estoy viendo, te observo, te podría leer por dentro, pero no quiero abrir esos capítulos», porque me asustas tú, mi propio personaje. Qué escondes, Zuima.

Por un momento, por una milésima de segundo, mientras acerca sus manos esposadas a la botellita de agua, parece que asoma una lágrima por esas cuencas tristes, apagadas y contraídas. Como si me escuchara, de pronto sube la barbilla y suspira. Aparta las manos de la botella, que ni abre siquiera, y en sus cuencas no hay ni rastro de la supuesta lágrima, como si se hubiera secado de golpe, como si hubiera sido un espejismo. «Todos quieren saber, hasta yo misma, no hay derecho», pensará, «para qué me has creado».

Esa mujer negra, con sus manos negras, esconde sin disimulo la oscuridad en sus ojos.

19

El comisario mira la bandeja de entrada cada minuto. Nada. La abogada no ha contestado. Ni siquiera un «gracias, le llamaré». O «gracias». O «recibido». O el escueto «OK» americano. El comisario se teme que podría tener un trastorno obsesivo compulsivo al mirar por enésima vez la bandeja de entrada en menos de un minuto, pero es viernes y sabe que, si no contesta a lo largo de la mañana, no volverá a saber de ella hasta la siguiente semana. Esto se le está haciendo eterno, un trago difícil de digerir. No sabe qué le está pasando, pero repasa una y otra vez el caso por si, quizá, durante el fin de semana proceda llamarla si descubre algo novedoso.

Celia sale disparada de la cárcel con la nefasta sensación de haber metido la pata otra vez. ¿Qué pensaba, que por decirle a esa loca una locura iba a conseguir una confesión?

Se monta en el coche, que había dejado a pleno sol, se quema con el volante, aprieta fuerte las manos contra él, en señal de fustigación, como castigo a su atrevimiento, y arranca muy enfadada consigo misma, dando manotazos al aire acondicionado para que salga de una puñetera vez.

Pero el aire no sale y a mitad de viaje, con todas las ventanillas bajadas, parece que también el coche empieza a sudar. La invade un olor recalcitrante y piensa en el motor, el agua o su puta madre, porque no entiende nada de coches y, por supuesto, no lo había

llevado a la revisión anual. Como eso lo hacía siempre el de las fresas, lo olvidó por completo.

Sigue avanzando, rezando en silencio. «Aguanta, por favor, que quiero llegar a la playa cuanto antes, que no quiero ahora líos con un coche que no entiendo, que por qué nunca me interesaron los motores, que juro por Dios que voy a aprenderlo todo, que me compraré un libro de autoayuda y voy a volverme experta en colgar cuadros, cambiar bombillas y arreglar enchufes».

Y dicho esto, el coche hizo puf, paf, puf, pof, y ella tuvo el tiempo justo para echarse al arcén, donde se paró en seco y dejó de emitir sonidos.

Accionó varias veces la llave de contacto. No se encendió ninguna luz y tampoco oía nada, salvo el rugido de los coches que pasaban veloces a su paso, el zumbido de las moscas que volaban dentro del coche buscando la sombra y un aire inexistente, y su corazón latiendo tan tan deprisa que esta vez sí se le iba a salir y se iba a ir andando solo hasta la playa.

Finalmente cogió el móvil y llamó al servicio de asistencia en carretera.

Los operarios tardaron en llegar, algo habitual un viernes de un mes de julio a cuarenta grados a la sombra. El diagnóstico fue el que ella esperaba.

—Señora, parece que el motor se ha quemado, esto es una avería de las gordas. Lo mejor será llevarlo a Madrid y que le den un coche de sustitución.

—¿A Madrid otra vez? ¿No hay ninguna población cercana para que me den uno? Mire que el seguro cubre toda la península... —La voz de Celia sonaba a desesperación total y absoluta. Esta vez no le hizo falta usar su tono de viuda ni su voz de madre de tres hijos, que no de cuatro, porque uno no era suyo.

—Déjeme ver, voy a hacer unas llamadas. —El mecánico sabía reconocer las voces asustadas, la angustia que produce la rotura de una bujía dependiendo de a quién le suceda y en qué momento vital se encuentre.

—Albacete.

—¿Albacete?

—Sí, lo más cerca es Albacete, pero hasta mañana temprano no le darán el coche de sustitución. Si quiere, la acercamos, solo está a diez kilómetros, y ya nos vamos nosotros para Madrid.

Celia no se lo pensó. Albacete. Un hotel con aire acondicionado. Una noche de paz y, mañana tempranito, un coche para ir a la playa.

Llamó a su madre, aunque terminó pasándole el móvil al operario para que le jurara él también que no, que no había sido un accidente, sino el motor y sus cables, el agua destilada y la mala suerte por la falta de revisión.

En el taller de Albacete firmó los papeles y no escogió ningún vehículo para el día siguiente.

—El que haya, señora, el que haya. En pleno verano, usted dirá. Mañana devuelven dos temprano y, bueno, podrá elegir entonces.

Preguntó por un hotel cercano y, en cuanto entró en la habitación, lo primero que hizo fue llenar la bañera hasta arriba de agua, crear espuma con todos los botecitos del baño, incluido el champú, y recostarse hasta quedarse medio dormida, sintiendo cómo se limpiaba la suciedad del coche averiado en el pelo y en todos los poros de su piel.

El baño fue reponedor. Salió de la bañera, se secó el cabello, se pintó un poco los ojos, que veía hundidos y apagados, vacíos de ilusión, se vistió con un trajecito de verano que podría servir tanto para la playa como para ir a tomar una paella, como le diría su amiga María Teresa, y bajó a cenar.

El restaurante tenía un aire acondicionado exquisito, a su gusto, ni muy fuerte ni muy flojo. Pidió ensalada y pescado y una copa de vino blanco. No podía más.

Mientras apuraba el último sorbo, después de haber devorado la cena, se sentó de pronto un hombre a su mesa con una copa de vino a medio terminar.

—Perdone, estaba usted hace un rato en el taller Martínez, ¿a que sí?

Dio un respingo y se fijó en él. Era muy apuesto, con unos expresivos ojos marrones, las manos grandes y una sonrisa amplia y profunda.

—Sí, es que se me ha roto el coche en pleno viaje.

—Ja, ja, a mí también. Llegué un poco antes que usted y, ya sabe, mañana tenemos dos coches, a ver cuál nos toca, ja, ja, qué casualidad.

Hablaba deprisa, como su difunto, pensó Celia, adelantando la risa a la frase como si la vida se lo fuera a llevar por delante con una moto cualquier día de estos, enfrente de un centro comercial.

—La he visto cenando y me he dicho: «Hombre, ahora te acercas y le dices que compartes su suerte». Uno siempre siente un poco de consuelo cuando al otro le ha pasado lo mismo.

«Pero no tiene los ojos verdes», seguía pensando Celia. Menos mal, porque había tantos rasgos del fresero en aquel desconocido, que no sabía si realmente estaba allí cenando, esperando su coche de sustitución, o se había matado en un accidente en la carretera y estaba en la antesala del cielo, pasando la prueba de la verdad. Muchas veces dudaba si vivía la realidad o era todo ficción. ¿Estaría gorda y se veía delgada? ¿Tenía hijos o se los había inventado y el vecindario le seguía el juego porque la habían declarado loca?

—¿Lo suyo qué ha sido: embrague, agua, frenos?

—Motor. Motor quemado, eso me han dicho.

Celia empezó a sonreír. Le parecía tan absurda la conversación como absurdo que estuviera allí y que aquel hombre le estuviera dando palique como si nada, como si no supiera que era viuda, que hacía meses que no hablaba con ningún hombre fuera de las tutorías escolares o de sus demandas y recursos. Empezó a sentirse muy bien.

—¿Nos tomamos aquí otra copa? Lo digo por dormir bien, ja, ja, que no sé qué se puede hacer un viernes por la noche en Albacete, metidos en un hotel.

—Es verdad, ja, ja —dijo Celia, risueña. Se acordó de su discreto maquillaje, de su vestido de playa o paella, y se alegró.

Otra copa.

Y otra.

Y al final pidieron una botella de vino blanco fresquito para tomarlo en la sala del bar, porque en el comedor estaban recogiendo, poniendo el servicio del desayuno, las mesas del bufé libre, y pasando el aspirador.

Desde el principio hablaron de libros, de viajes, de teatro, sin ninguna pregunta personal, si estás casado, en qué trabajas, cuántos hijos..., nada de nada. Se reían la una de las anécdotas del otro, «imagínate, me caí allí delante de todo el grupo enfrente de la Gioconda y los guardias se abalanzaron sobre mí pensando que era, por lo menos, un talibán armado...».

Cuando la segunda botella estaba medio llena, el hombre de pronto adelantó la mano para rellenar su copa y tocó la de Celia. Vibró, o sintió ella que tembló. La piel se le electrificó y notó unos latigazos en las piernas. Estaba dormida. Pensó: «Madre mía, que no me he parado a pensar cuánto tiempo llevo así». Entonces llegó la

pregunta de él: «Mira, oye, yo esto nunca lo he hecho, vamos, que nunca me ha pasado, pero ¿nos vamos a mi habitación?».

433. Habitación 433.

Abrió con la tarjeta magnética y nada más entrar la empujó contra la pared. Con suavidad, pero a la vez con fuerza. Le separó con una mano las piernas y le empezó a frotar con los dedos, mientras con la otra mano le acariciaba la cabeza. Se besaban como si quisieran tragarse mutuamente, metiendo la lengua en la boca del otro, besándose el cuello, las orejas, el torso. Ella comenzó a rozar su mano contra la entrepierna del hombre, abultada y caliente, por lo que le recordó el volante de su coche y, para no caer en la duda de si lo que estaba viviendo era real, le bajó la bragueta con decisión.

Él le dio la vuelta contra la repisa del mueble bar y le empezó a quitar el vestido despacito. Un tirante, el otro, y le iba besando toda la espalda. Ella sentía todo su deseo humedecido por la atracción del momento, por la falta de abrazos durante tantos meses, por la sensación de estar traspasando una barrera que jamás imaginó. Y susurró, como si hablara otra persona: «Venga, fóllame, fóllame ya».

Él le bajó las bragas despacito: «Tranquila, despacio, me gusta despacio, tenemos toda la noche».

Le abrió las piernas con parsimonia y ella suspiró sintiendo que no podía más. Entonces los dedos de él, expertos, como si conocieran su cuerpo, la penetraron y los movió primero despacio y luego, mientras le metía la lengua por su oreja y le decía: «Córrete, que quiero oírlo», cada vez más deprisa. Con la otra mano abarcó su pecho y ella sintió que se iba a correr y se lo dijo: «Me voy a correr, me corro», y ya no pensó en nada más. Después, él sacó la mano y la embistió directamente, sintiendo Celia la juventud de su amante y

pensando «creo que tiene por lo menos diez años menos», y él, jadeando, le dijo: «Córrete, cariño, córrete mil veces más».

Y ella se corrió, se fue, gimió, gritó, cree que gritó demasiado, porque él le tapó la boca mientras le mordisqueaba la nuca. Luego le dio la vuelta, la subió a la mesa, le abrió con fuerza las piernas y le dijo: «Déjalas abiertas», y se agachó para besarla.

Celia sentía su lengua y gemía pensando que no podía más, que a aquel tipo tan entregado lo había conocido una hora antes, cuando aún era una joven viuda cornuda con tres hijos, un caso de asesinato sin resolver y un coche averiado en el taller, y que ahora lo tenía allí postrado, dándole un placer inmenso.

Así que le dio una patada suave y lo tumbó en la cama, lo besó en la boca, después en el cuello y luego en el torso, y él, que gemía como un loco porque sabía a dónde iba a ir la lengua de ella, se excitó aún más. Ella al principio lo besó suavemente, pasando la lengua de reconocimiento, recorriendo los pliegues, saboreando la piel. Después siguió cada vez más deprisa hasta que lo oyó gemir: «Para, que me voy a correr y no quiero». La levantó, la puso a cuatro patas, Celia sintió cómo se ponía rápidamente un preservativo y le ordenó: «Ahora goza, disfruta, cariño, córrete otra vez para mí», y la penetró con fuerza, porque él ya sabía que eso a ella le gustaba. Al cuarto movimiento, Celia gritó: «¡Me corro!», y él: «¡Yo también!», y emitió un sonido gutural, como de cavernícola rugiendo desde el interior de su gruta, sin ser grito ni gemido, sino un sonido que Celia no había escuchado nunca antes. Después, sintió su sudor sobre la piel, caliente y abundante —y volvió a acordarse del volante del coche—, mientras agarraba la cama con fuerza para retener la sensación de realidad. Cayeron rendidos sobre la cama, se abrazaron como pudieron, sin moverse mucho, y en ese momento Celia pensó que no sabía su nombre, pero se dejó querer y abrazó el sueño

profundo gozando de que su cuerpo en ese momento no sentía ni frío ni calor, de que no quisiera ni fresas ni helado, y sintiéndose en paz con el universo.

Durante la noche, Celia intentó despertar de ese letargo tan profundo, pero no podía. Sentía cómo él entrelazaba sus piernas de vez en cuando o cómo la abrazaba por detrás si ella se daba la vuelta. Sintió también algún beso furtivo en los labios cuando él se levantó al baño y a ratos notaba cómo él le cogía la mano o le echaba por encima la colcha. De madrugada, ella posó la mano intencionadamente en su torso y comenzó a dibujar figuras, porque era consciente de que no sabía su nombre, pero que quedaban pocas horas para que les dieran el coche de sustitución y ella quería repetirlo otra vez. Quería grabar a fuego lo que le estaba ocurriendo.

Él comenzó a gemir, suspirar y respirar con fuerza solo por las figuritas que ella le contorneaba en el pecho. Celia no sabía si estaba dormido o se lo hacía, por eso empezó a recorrer el cuerpo de su amante con los labios y la lengua, dejando que la saliva se posara en su piel, hasta que lo sintió vivo, le puso con delicadeza un preservativo como parte del ritual y se subió a horcajadas. Él abrió los ojos y sonrió. Ella, en décimas de segundo, pensó en el de las fresas, en su sonrisa amplia, y rápidamente cambió el registro: «Me estoy mojando», dijo, «me estoy mojando mucho», y él contestó: «Cómo me gusta», y se empezaron a mover como si llevaran toda la vida amaneciendo así. Celia sintió que se iba a correr enseguida. Lo besó en los labios, en las orejas, en el cuello, y dejó caer su pelo sobre su rostro segundos antes de elevarse sobre él, mover la cadera con fuerza y dejarse llevar completamente con las manos entrelazadas, con furia y sin resistencia.

De pronto él volvió a emitir ese sonido cavernícola y brutal que durante mucho tiempo se quedaría grabado en la memoria de Celia,

como el número de la habitación y el olor a motor quemado.

Se volvieron a dormir, unidos, pero ella esta vez estaba más despierta, saboreando el brazo que la rodeaba, los pies que de vez en cuando le acariciaban el empeine y el tobillo, y volvió a recordar lo que era dormir con alguien, sentir el cariño, la ternura. Unos lagrimones rodaron por su cara donde antes estaban el sudor y la saliva de él, en silencio, mientras él respiraba pausadamente en su sueño.

Cree que se durmió otra vez en sus brazos.

De pronto oyó el sonido de la ducha y vio su cara asomarse.

—Vamos, que son las nueve, que nos van a quitar los coches, ja, ja. —Atropelladamente. Se lo dijo atropelladamente.

Ella cogió su ropa, «ahora te veo», y se fue corriendo a su habitación. Por el camino sintió cómo le dolían las piernas, que tenía agujetas y que le costaba andar bien. «Madre mía, lo que me he llevado con la avería del coche. Esto no está en el contrato del seguro». Se ríe, se ríe sola. Y, por unos instantes, se siente dichosa, libre, fuerte.

Diez minutos después se ven en el comedor de abajo, cada uno sirviéndose su café, mirándose furtivamente. Ella está empapada de nuevo, qué rabia tener que irse ya. Él se sienta con ella, se come un churro, un plátano, sorbe el café y a Celia le parece que está haciendo todo eso sobre su cuerpo y casi no puede ni hablar. Él también parece algo cortado y dice: «Vaya día otra vez de calor. He pensado que, en el taller, te dejo el mejor coche», y le guiña el ojo antes de acabar la frase.

Cuando llegan al taller con sus maletas con ruedas, el dueño exclama: «Anda, qué casualidad, llegan juntos, los dos de la avería. Elijan ustedes el coche», y él, solícito, le contesta: «No, a la señora le da el mejor de los dos». Ya cada uno con un comercial, rellenan

papeles, firman y, cuando Celia se va a montar en el coche, él se acerca con disimulo y desliza una tarjeta en la mano de ella, que verá poco después, en una gasolinera en la que tiene que parar a beberse un refresco bien frío y a echarse bien de agua sobre la cara, porque tiene sueño, sigue excitada y no se le va de la cabeza.

«Abel Sánchez, ingeniero agrónomo».

Ve que es de Valencia, «qué lejos», se lamenta Celia, qué lejos para un encuentro ocasional. Y guarda la tarjeta de todas formas, porque nunca se sabe.

Cuando la madre de Celia bajó a ayudarla con las maletas, le notó un tono más lozano en la piel y una pizca de brillo en los ojos, y entonces suspiró con fuerza, porque no sabía bien si es que había avances en el caso de la dichosa asesina o que su hija se estaba olvidando de que era una viuda con tres hijos.

El padre estaba leyendo la sección de política nacional cuando la vio entrar y percibió que su hija traía como un aire fresco, distinto, y le sonrió.

Sus niños la abrazaron tan fuerte que casi la tiran al suelo y el bebé se lanzó a sus brazos con la mejor de sus carcajadas.

Celia pensó: «¿Quizá hay otra vida y me la estoy perdiendo?». En ese momento recordó que tenía un correo del comisario sin contestar desde hacía varios días y lamentó haber sido tan desconsiderada, ella, que se tenía por una mujer responsable y agradecida.

El comisario seguía mirando su bandeja de entrada a pesar de que era sábado.

La suegra de Celia estaba decidiendo el ramo de la siguiente semana, dudaba entre margaritas o rosas. El suegro se había jurado no lavarse los dientes más de tres veces al día, porque quería dejar ya de llorar y de buscar historias de muertos que aparecen vivos por el mundo.

Zuima, en la cárcel, cantaba bajito una canción de su tierra natal, porque tenía tiempo libre por ser fin de semana. Es un *nyau* que habla de las máscaras que ocultan los rostros de los espíritus de los muertos para comunicarse con ellos:

Hermanito, hermanito, deja de llorar.
Aunque estés llorando y llorando, quién más te llevará.
Quién más te acicalará.
Los dos ya somos huérfanos.
En la isla de los muertos.
Aquí quién te acicalará.
Deja de llorar.
Al menos ya no vendrán.

20

Por fin apareció el padre de los niños y expareja de Zuima. Fue a finales de julio, cuando Celia ya tenía todo dispuesto para marcharse el mes de agosto completo a la playa y estaba cerrando los últimos asuntos del despacho.

Compareció primero en rueda de prensa, con un abogado televisivo, y luego en el juzgado. En los dos sitios dijo lo mismo. Que apenas si veía a los niños porque Zuima no le dejaba participar mucho, que había roto con ella cuando se quedó embarazada porque se volvió como loca, ya que no quería tener hijos, aunque no quiso abortar, y que no, que no le pasaba dinero para la manutención porque ella no se la había pedido nunca. «Vamos, que tuvo dos hijos como quien tiene dos cabras y se las cuida otro pastor», pensó Celia al oírlo.

La cuestión era que llevaba casi dos meses sin ver a la madre y a los niños y que en el momento del suceso se encontraba haciendo montañismo por Asia, él solo, practicando y buscando senderos para sus cursos, porque a eso se dedicaba ese señor.

En conclusión, no aportó nada, tan solo unas lágrimas finales a la salida del juzgado, pidiendo justicia y moqueando sin parar. Pero tenía una buena coartada y nada hacía indicar que su relación con Zuima hubiera influido para que esta acabara sirviendo el puré envenenado a sus hijos por su culpa.

No obstante, Celia anotó y subrayó lo de que se volvió loca cuando se quedó embarazada, porque a lo mejor la dejó por eso,

ella no lo soportó y su forma de hacerle daño fue matar a sus hijos. Quizá ella había planeado suicidarse a continuación, pero no tuvo valor y terminó llamando a la comisaría.

Había leído en un informe que hay veces en que las madres matan a los hijos por depresión y desesperación, en lo que se denomina suicidio por compasión, por el que primero matan a los niños y luego se suicidan. A lo mejor este señor la dejó tan tocada, tan triste, tan verde, verde como la albahaca, que, cuando no lo pudo soportar más, envenenó a sus hijos para tomarse luego el mismo puré una vez que la cocina estuviera recogida. Pero, entonces, ¿por qué llamó a la comisaría? ¿Por qué avisar?

El padre de los niños también dijo que él no los vio nunca en riesgo de exclusión o vulnerabilidad social. Esas preguntas de los periodistas con esa terminología tan de moda y tan políticamente correcta enervaban a Celia. Si ya se había dicho que ella trabajaba y los mantenía estupendamente, ¿de qué exclusión social hablaban? ¿Lo preguntaban porque eran negros y, por el hecho de serlo, se presuponía que podía haber riesgo de exclusión? Si la que mata es una madre del barrio de Salamanca, nada más salir de la peluquería, con un bolso de Armani donde lleva el cianuro, ¿también preguntarían eso?

Al hombre lo miró mal desde el principio, por supuesto. No podía dejar de pensar que era un mujeriego y que realmente nunca se había hecho cargo de sus hijos. Cuando se puso a lloriquear, le dieron ganas de vomitar y entonces se dio cuenta de lo afectada que estaba por lo del helado, las fresas y el verde albahaca. Sin duda, necesitaba unas vacaciones más que nunca, pero mentales, sobre todo mentales. «Deberían inventar una pastillita que hiciera olvidar de golpe todo lo que hace daño de verdad, lo que duele recordar, lo

que ahoga al respirar porque entra el aire envenenado», se dijo cansada.

Igual ese hombre sí lamentaba lo ocurrido y a lo mejor no era nada mujeriego, quién sabe. Celia pensó entonces que cada uno llega a sus propias conclusiones teniendo en cuenta las mochilas que todos llevamos cargadas con un poco de todo: una pizca de desaires, un pellizco de baja autoestima, otro de egoísmo, un desencuentro familiar que te marcó en la adolescencia, unos ojos verdes, un porqué, un por y un qué, que nunca se llegaron a juntar cuando deberían...

En este caso, el señor dio que hablar unos cuantos días a la prensa y cuando su vida amorosa, profesional y personal no se pudo estirar más, se olvidaron de él y se marchó de nuevo por sus montañas a buscar senderos.

Nadie sabe lo que ese hombre lloró subiendo cerros y bajando valles, tan culpable como se sentía por no haber jugado más con sus hijos, por no haberlos llevado más al campo y haberles enseñado a identificar las señales de los senderistas. De vez en cuando, en algún recoveco del camino, a las puertas de una gruta, gritaba el nombre de Zuima, esa negra loca que en cuanto se quedó embarazada lo culpó de todo y lo echó de su vida sin miramientos, diciéndole que ella no quería vivir con nadie y mucho menos con dos bebés hermanos.

Él pensó entonces que, además de loca, era una egoísta. Aunque luego, las pocas veces que le dejaba ir a su casa y estar con los niños o llevarlos al parque, veía una madraza increíble. Los niños la adoraban y entre los tres había una complicidad de la que él se sentía excluido.

Llegó a creer incluso que lo utilizó. Que ella solo quería sus espermatozoides y que, en cuanto obtuvo lo que deseaba, lo echó

de su vida. Pero después se arrepentía, pues él recordaba perfectamente el día que no se puso a tiempo el preservativo porque no podía más, porque quería sentir la piel y la humedad de esa negra que lo volvía loco y que estaba jadeando entre sus piernas. Sabía muy bien que ella no se había dado cuenta de que la había vuelto a penetrar sin protección, piel con piel. Y luego se corrió y sintió la gloria en la punta de los pies. Se olvidó deprisa de lo egoísta que había sido y lo compensó colmándola de flores y regalos en esa semana.

Hasta el mes siguiente, cuando ella, con la mirada perdida en el vacío, el pelo sucio, la bata entreabierta y manchas de café en el pijama, le dijo, después de haber estado una semana llamándola sin éxito y plantarse él allí, en su casa, tocando sin parar el timbre hasta que le abrió: «Estoy embarazada, cabrón, cómo ha podido pasar. Yo no quería tener hijos, no quiero tener un hijo, no quiero ser madre, te lo dije mil veces. Explícame ahora tú a mí qué hago yo, si ese niño ha venido para morir en vida aquí conmigo y delante de mí».

Él le cogió las manos e intentó mirar esos ojos sin brillo y cargados de acusaciones, y le dijo: «Zuima, yo te quiero, me encantas. Formaremos una familia los tres, verás como sale bien». Ella liberó sus manos, le dio un manotazo, puso los brazos en jarras y le gritó y gritó, hasta que él se fue asustado antes de que algún vecino llamara a la policía.

Aún en los últimos peldaños del portal, oyó con claridad «cabrón, cabrón, yo no quería tener hijos».

Tiempo después, cuando gracias a su amiga averiguó el día de la revisión en el ginecólogo, se plantó allí y vio que venían dos hijos, no uno. A la salida de la clínica, ella le volvió a decir que no los quería, que nunca había deseado ser madre y que aquello era un tremendo error.

Pero en su voz había un deje de haber tirado ya la toalla, porque se lo dijo seguido, sin insultarlo siquiera, mientras mojaba una magdalena en el café, al que sí se había dejado invitar por él, para su alegría.

Después se despidió de él como se despide uno cuando se baja de un taxi o cuando se cruza con el portero del edificio. Con un simple «adiós», sin un «nos vemos», «nos llamamos» o «ya me cuentas».

La vio irse calle abajo, vestida de negro, como si fuera de luto en vez de anunciar que llevaba dos vidas dentro de ella. La calle se volvió estrecha y pequeña hasta que no vio más que un punto al final. Entonces se dio cuenta de que la había perdido para siempre, porque no reconocía en aquella mujer a la que había bailado y reído con él tantas veces.

Él, que no tiró nunca la toalla a pesar de tener siempre presente el punto al final de la calle, la llamó muchas veces e insistió en interrumpir aquel embarazo, incluso le planteó la posibilidad de darlos en adopción, pero ella le colgaba cada vez que lo mencionaba.

Cuando por fin los vio en su cunita del hospital —la misma amiga lo llamó y le dijo: «Anda, ve, que ya han nacido, están en la 322»—, se le grabó en la memoria la mano grandota y negra de Zuima acunando a sus niños y entonces tuvo la certeza de que ella se los iba a quedar y los cuidaría para siempre.

Tuvo la sensación de que el punto pequeño se había hecho grande, gigante, sin darse cuenta de que en realidad se había abierto un agujero negro que amenazaba con tragarse a sus hijos y él no podría hacer nada por ellos.

Ahora, a punto de marcar un nuevo hito que acaba de descubrir, se la imagina en su piso, aquella tarde calurosa, mezclando el puré

con el matarratas para quitar de en medio a esos bebés, ya niños, en los que las pocas veces que él los vio apreció su amor infinito como madre y algo no le cuadra, no le salen las señales de los senderos y se alarma, se alarma mucho.

21

La habitación está a oscuras; la casa, en silencio. Ella está sentada sobre la cama sin hacer, respirando pausadamente, cuando decide que tiene que terminar con todo ya, que no puede más, que le pesan tanto el dolor, la rabia, la indignación y el cansancio acumulado, que debe dar un giro a la historia.

«Están llegando», piensa. Y ella sabe que nadie los podrá detener.

Son las tres de la mañana.

Ni la magia blanca ni ese Dios que le presentaron de pequeña y que traían los blancos podrán con ellos.

Todo blanco, pero nada sirve para sus niños negros. Tenían rituales distintos, pero la purificación era la misma; sin embargo, con ella, nada de eso había funcionado para limpiar la mente y olvidar. Nunca. La sangre de la cabra aquella con la que el brujo le lavó la cabeza para borrar los recuerdos, ante el espanto de los hombres de blanco con batas blancas, no sirvió. Después, llegó a la conclusión de que la psicología europea tampoco valía para su continente africano. Hacía poco había leído, en un informe de una organización benéfica de la que recibía una revista mensual, que a muchos países les habían recriminado que acogían niños y adolescentes sin tener un protocolo. Lo que les pasó a ella, a sus amigas y a muchos otros no lo supieron tratar —porque esas atrocidades se cometían en pueblos de otros mundos— en los gabinetes de ciudades del primer mundo, donde había un diván en la consulta e hilo musical en la sala de espera. Ese último informe hablaba de estrés postraumático,

flashbacks, ansiedad y otras secuelas desconocidas. Y en un puñadito de esas secuelas se producían patologías graves. Y varias de esas debían de anidar en ella, pensaba.

Las cuatro de la mañana.

Están llegando; solo ella lo sabe, solo ella los puede oír. Los demás no se dan cuenta.

El otro día, estando con los niños agarraditos de la mano, vio en una tienda a uno de frente que le hizo una señal con la cabeza a otro. Desde fuera, a la dependienta le pudo parecer que uno decía con la cabeza «¿compro jamón?» y el otro «que no compres, que tenemos mucho embutido en casa».

Pero ella, desde dentro, sabía que no estaban hablando ni de jamón ni de embutidos.

Estaban hablando de ellos, de sus niños, de ella, de que ya estaban cerca, acechando, esperando el momento propicio en que le hicieran pagar por su pasado, lo que no ocurrió, lo que nunca pudo ocurrir porque aparecieron los blancos y primero se la llevaron en un autobús a un campamento y luego en un avión a este país extraño, donde sacerdotes y psicólogos han intentado ahondar en sus temores y ninguno puede imaginar siquiera por dónde están andando.

Pero ellos, sí. Ellos lo saben, están cerca, están llegando.

Sus amigas le mienten cuando le dicen que no se acuerdan de nada, que lo han olvidado todo, que la sangre de su cabra sí les lavó la cabeza por dentro, como el brujo quería y gritaba, ante los ojos pasmados y ridículamente miedosos de los hombres de blanco. Ella sabe que le mienten, porque no puede ser que no sepan que ya están por aquí, que están llegando. Lo que pasa es que ellas no tienen hijos a los que les obliguen a olvidarse de su familia y de su

sangre y les hagan hacer cosas horribles para que la vergüenza permanezca grabada a fuego en la piel y no puedan regresar jamás.

O a ellas consiguieron hacerlas insensibles al sufrimiento y ahora viven como muertas en vida, como espectros con ojos, boca y latidos, pero sin ningún temor de nada, ya que el ser humano que haya conocido la puerta del infierno deja de tener un corazón normal para tenerlo siempre alterado, angustiado, porque ellos pueden llegar en cualquier momento y, entonces, volver a empezar.

Planea todo minuciosamente, con el nivel de detalle que proporciona a la mente la oscuridad total, que solo te deja tener ojos para el análisis interior. El exterior, como el bien, no existe. Ya no.

Es entonces, a las cinco de la mañana, como luego recogería un dictamen pericial forense, cuando enciende su teléfono móvil y busca en internet distintas clases de matarratas. Los más potentes, los mortales, los que aconsejan manipularlos con precaución y mantenerlos fuera del alcance de los niños. Encuentra uno muy habitual que contiene cianuro y es letal en determinadas dosis.

Navega por varias páginas para encontrar marcas de productos que lo contengan para, cuando vaya a la droguería del barrio, pedirlo sin titubear, no preguntando ni consultando, sino decidida: «Creo que hay ratas en mi edificio, con este calor seguramente anden buscando el fresquito de los pisos. Quiero este producto, me han hablado maravillas de él». Y mostrará al dependiente un papelito con el nombre bien apuntado, con esa letra redonda que siempre invita a pensar en una persona limpia y ordenada.

Decide en ese momento hasta la frase que dirá y la cara de aspaviento y asco que le pondrá al tendero cuando le hable de las ratas. Porque no puede permitirse que el vendedor se dé cuenta de que quiere un matarratas para matar a sus hijos, que lo sabría si

supiera mirar en la cuenca de sus ojos. Porque entonces la detendrían y la llevarían presa, dejando a sus niños al cuidado de sus amigas y, así, ellos los encontrarían y, encima, con ellas, que también son culpables aunque no lo sepan, aunque mientan diciendo que lo han olvidado y ya nunca quieran hablar de ello.

No, no se lo puede permitir. No puede haber fallos en su plan. Practica varias veces la conversación en el espejo del baño, hasta que ve que está dejando marcas de vaho con el miedo que espira su aliento.

Al final, dibuja en el vaho una muñeca, la que se llevó al campamento y que luego tuvo que dejar allí, por si la encontraban por ella.

Ahora se arrepiente, pues, total, están llegando y la han encontrado, sin su muñeca.

También busca en internet el tiempo que tarda uno en morirse envenenado. Pone en Google «forma más rápida de morir envenenado» y le salen unas estadísticas y varias páginas en las que entran en bastantes detalles. Resuelve que, si bien el matarratas oculto en un puré sabroso es suficiente para que mueran la misma noche que se lo tomen, por si acaso fuera doloroso por los espasmos que produce en el estómago y los vómitos, añadirá varios orfidales a cada uno para asegurarse de que sus niños no padecerán cómo se les va la vida. El calmante calmará a la propia muerte y la dejará llegar sin dolor.

Anota mentalmente ir a su médico de cabecera a por orfidales. Varias veces se los ha recetado ya. Ella, en algunas ocasiones, murmura lo que para el médico son incoherencias. Le dice que vienen, que están llegando, y entonces él, que es muy amable y comprensivo, blanco con los ojos azules de los ángeles de sus dioses blancos, mira a esa mujer negra, puede ver el miedo en sus ojos, le

coge de la mano y le dice: «Zuima, tranquila, aquí no está llegando nadie, nadie viene a buscarte, está todo bien, tranquila», y le receta orfidal. «Tómatelo por lo menos dos veces al día, por la mañana y por la noche, durante una semana, y verás cómo te irás sintiendo mejor, Zuima, que no hay por qué sufrir cuando tenemos remedio para todo». Zuima siempre le agradece la amabilidad y reprime el grito que quiere emitir, que la ahoga, la asfixia durante toda esa semana en que debiera sentirse mejor, porque si vienen, si llegan, no hay remedio, nadie lo tiene, ni ese médico santo, ni las organizaciones benéficas, ni las sangomas.

—Y cuando quieras, te mando al psicólogo —añade en alguna ocasión el médico—, que ya te lo he dicho muchas veces y siempre me dices que no, pero creo que sería bueno que te viera, porque tienes manía persecutoria o algún estrés infantil, quizá te pasó algo que no puedes recordar, pero que está en tu inconsciente y aflora al subconsciente y en el consciente te hace ver que alguien o algo viene a por ti. Y seguro que no es nada.

Zuima, entonces, asiente, como siempre, y esta vez asentirá aún más, para que le dé la receta de las pastillitas que el médico cree que pueden hacer que ella deje de pensar que están llegando.

Con todos estos datos se serena, pues le va a dar tiempo, lo va a conseguir, lo va a poder hacer antes de que lleguen, porque, y esta vez lo vuelve a pensar sin temblar, ya ha visto una salida cercana y están llegando.

De pronto se sorprende con el pitido del despertador. Son las seis y media. Hora de empezar su día, un día en el que hará de madre y de mujer trabajadora; un día en el que sabe que, además, es una asesina; un día en el que de nuevo mirará para todos los lados nada más salir primero de su casa, luego del trabajo y después del colegio, para ver si están por allí, si ya han llegado, mientras les da a

sus niños los bocadillos de Nocilla que tanto les gustan y que ella siempre les dice que no son sanos.

Solo les pide a sus muertos que le den un poco de tiempo antes de que lleguen. Solo les pide unos días más, mirando al cielo y con las manos fuertemente entrelazadas, como le enseñó una monja en el primer campamento al que la llevaron en un autobús. Luego se levanta, se ducha, se pone su traje de madre y borra con la mano el contorno triste que dejó el vaho en el espejo, donde se aprecia una muñeca desfigurada.

Unos días después, los niños cenaron el sabroso puré de puerros y espinacas, aderezado con cianuro y un blíster de orfidales, viendo los dibujos animados. Al terminar, recogieron sus platos, se lavaron los dientes y las manos y se acostaron esperando a que su madre fuera a leerles su cuento. Estaban con la luz encendida, esperándola. La oyeron llegar enseguida con sus historias, sus canciones, sus caricias y sus besos. A continuación les sobrevino un sopor placentero, lento, que se fue haciendo cada vez más profundo, sin que pudieran llegar a pronunciar la palabra «mamá» para llamarla. Casi al mismo tiempo, sucumbieron a los encantos de ese sopor y a sus propias muertes.

Con la luz encendida.

22

Celia se despierta en mitad de la noche empapada en sudor. Podía ver con total nitidez en su sueño la escena: Zuima fregando los cacharros en la cocina, la televisión de fondo, «señor Cangrejo, he hecho la mejor cangreburguer de la historia», y en el cuarto, con la luz encendida, esos niños adormilándose en una muerte segura, derechitos a su entierro, de la mano de algún antepasado que los conduce con suavidad hacia la otra vida.

No alcanza el interruptor ni sabe dónde está, porque se ha desorientado. Parece que está en el sofá del salón de la casa de Zuima en vez de en su propio dormitorio, pero no, está en el sofá de la sala de espera de su despacho de abogados. Por fin, poco a poco, recupera la respiración, el sudor va dejando paso a un frío que la deja aterida, pero que la despierta completamente. Se acerca dando tumbos a la lámpara de pie para accionar la luz, mientras se oyen los requiebros que exhala la madera antigua al pisarla por la noche, como un quejido siniestro de pasos de espectros por una soledad interrumpida.

El despacho es realmente tenebroso de noche. Tiene un pasillo largo y angosto, techos altos, ventanales antiguos y, en suma, ese aire de misterio que otorga la oscuridad a cualquier inmueble del siglo pasado en una capital. Apenas se oyen un leve ruido exterior de algún coche suelto y el zumbido de los ordenadores en suspenso.

No sabe cuándo ni cómo se quedó dormida en ese sofá. Lo que sí sabe es que, en el expediente del caso de la entrada de la patrulla,

los policías relataron que encendieron la luz de la habitación infantil y se encontraron los cuerpos en las camitas. Pero ella, en su sueño, ha visto con total nitidez que la luz no estaba apagada.

Es como el detalle del grifo abierto.

Grifos abiertos y luces encendidas.

Se acerca temblorosa a la mesa de su despacho, enciende el flexo y vuelve a abrir el expediente Z, como lo ha denominado, no sabe si por Zuima o por ser el expediente final, pues el caso le ha hecho replantearse varias veces si continuar o no en la profesión.

Repasa de nuevo el atestado policial y verifica cómo consta que el agente 546 acciona el interruptor de la luz y descubre a los niños en sus camitas. Quizá en la redacción del atestado el agente 546 añadió ese particular. Quizá encendió la luz del pasillo o simplemente, debido al *shock* al descubrir aquellos dos cuerpecitos sin vida, olvidó si había encendido o no la luz y lo añadió por si acaso.

Pero en este asunto todos los detalles son importantes, muy importantes.

Así que Celia, a pesar de la madrugada y de los escalofríos, marca el número de la comisaría rogándole a su abuela que el agente 546 esté esa noche de guardia.

—Buenas noches, disculpe las horas. Soy Celia, Celia Fuertes, la abogada del caso Zuima. Necesito hablar con urgencia con el agente 546 o con el comisario.

—Buenas noches, letrada. El comisario no está, pero el agente, sí. Lo que no sé es si le puedo pasar, porque este no es el procedimiento reglamentario.

—Por favor, será solo un instante. Necesito comprobar un dato muy simple, pero que a lo mejor nos ayuda a todos en este asunto.

—Déjeme que lo busque, voy a ver.

Pasan unos segundos que a Celia se le hacen interminables. Siente cómo acecha la pared de ladrillos de la burocracia absurda y montones de solicitudes por rellenar, firmar y esperar respuesta en un taco de papeles.

«No hay hilo musical», piensa, sería del todo incorrecto que en la comisaría te pusieran en espera con *Las cuatro estaciones* de Vivaldi de fondo, por ejemplo, como cuando llamas a un gran despacho de abogados. Constata que pasa más de un minuto y está casi segura de que le van a decir: «Lo siento, letrada, pero no se puede. Presente un escrito solicitando diligencias ante el juez de instrucción. Que tenga una buena noche, adiós, adiós», dejándola con la súplica en la boca y el teléfono entre las manos.

Pero no, esta vez se equivoca. Ella no sabe que el comisario ha dado orden de que la atiendan siempre que lo necesite, ante el asombro general, con la excusa de que el caso está abierto y que aún no hay una línea de investigación definida.

—Si llama la abogada —dijo el otro día delante de todos—, la atienden con preferencia sobre cualquier otro asunto y le facilitan la información que precise. Este caso tiene algo extraño, muy extraño, y creo que la presunta culpable solo se abrirá con ella, pues noté cierta conexión el día que se conocieron.

Los policías se miraban unos a otros, de reojo; alguno se preguntó por los mofletes sonrosados y el brillo en los ojos del comisario. Por la tarde, en la pausa para el café y el cigarrillo, unos comentaron: «Qué rara la orden del jefe» y otros: «Algo pasa con este caso, seguro que es magia africana».

El agente 546, además, estaba seguro de que al comisario le habían causado algún tipo de efecto la mujer negra o la abogada, pues veía reacciones cuando menos extrañas en su jefe cada vez que se mencionaba el caso.

—Venga, agente, anote rápido ese dato y me lo pasa, que le mando un correo a la abogada... Venga, hombre, llame ahora mismo, a ver si localizamos a la letrada para que venga por si quiere revisar estas imágenes.

Y siempre esa mirada viva, más viva que nunca desde que conoció a la abogada.

El agente 546 quería al comisario casi como a un padre, por eso en el café de la tarde le dijo a un compañero que dejara de inventar, que era de lo más normal aunar fuerzas con abogados y jueces para averiguar qué les había pasado a esos niños.

—Buenas noches. El agente 546 al aparato.

—Ay, qué bien, agente, buenas noches. Disculpe las horas y las formas. Pero es que, como sabe, este tema nos tiene a todos un poco trastornados —dice Celia todo seguido, con su voz de medio viuda, medio abogada, una mezcla de tonos entre profesional y lastimero que utiliza para obtener esa información tan importante.

—Pues usted dirá, señora.

—En el atestado se indica que usted entró en la habitación y descubrió a los niños.

—Sí, así fue. Martínez se quedó con ella en la cocina y yo avancé por el pasillo hasta la habitación mientras ella repetía una y otra vez que sus hijos estaban muertos.

—¿Recuerda si la luz de la habitación estaba encendida o apagada?

Al otro lado de la línea telefónica se constata un silencio total. En ese momento, Celia se imagina al agente 546 haciendo memoria de lo que nadie quiere memorizar, el instante en que vio esas cabecitas sobresalir de la sábana; quizá un piececito se había quedado colgando, quizá alguno de los niños tenía un reguero de baba sobre la almohada.

—Pues, ahora que lo dice, no lo recuerdo. Pero en mi imagen mental veo luz por todas partes. La cocina y el salón, seguro, porque eran la misma habitación, y el pasillo y el cuarto de los niños, creo que también.

—Eso me imaginaba, agente. Pero es que en su atestado dice usted que acciona la luz y, la verdad, no me cuadraba mucho con la situación.

—Si aparece que accioné la luz, pudo ser por un recuerdo falso, no lo sé. Porque cuando me acerqué a esos niños y comprobé que no tenían pulso, la verdad, la verdad... —En ese momento el agente sí convulsiona, sí es humano, sí tiene los nervios a flor de piel—. La verdad es que nunca antes había visto dos niños muertos, y menos así, en sus camitas. Entré en pánico, sentí rabia y un dolor agudo, porque yo también soy padre de niños pequeños y, bueno, todo nos afecta.

—Muchísimas gracias, agente. No sabe cuánto me ha ayudado hablar con usted. Le entiendo perfectamente. Lo único que le pido es que, si ahora tiene dudas, lo añada en un anexo. Puede poner algo así como que, revisando el atestado, no recuerda con claridad si accionó o no la luz. Creo que es importante.

—De acuerdo, letrada. A mí no me parece que sea importante para la resolución del caso, pero lo cierto es que tengo esa duda y debo añadirlo. Gracias y buenas noches.

El agente 546 le contará muchos años después a un terapeuta, en una sala blanca, tumbado en un diván, con una luz templada, una sensación térmica agradable e hilo musical en la sala de espera, que cuando vio a aquellos niños muertos su alma se bloqueó hasta el punto de no recordar prácticamente nada del antes inmediato, que luego rellenó un atestado al tuntún y que aún no había podido borrar esa imagen de su cabeza.

Celia respira hondo. Ya tiene algo. Zuima mata a sus hijos, pero deja las luces encendidas. Seguramente esos niños se dormirían siempre con la luz prendida, de ahí el gasto de luz excesivo en los extractos del banco.

Los está cuidando, los está protegiendo. Pero ¿de qué protegía a sus hijos, a los que acababa de matar, esa mujer negra, loca y asesina?

23

Qué le pasó a Ricardo en su vida anterior. Preguntando un día al portero, otro día a una vecina, en la pescadería de abajo, en la papelería, Celia pudo ir desvelando que en el pasado fue un importante directivo del mundo del automóvil, pero que, de un día para otro, algo cambió, dejó el trabajo y empezó a almacenar basura en su casa. Iba completamente desaliñado, sin lavarse, con tres o cuatro perros vagabundos siempre a su alrededor. Se le veía en verano cuando, para el espanto de todos los vecinos, bajaba a la piscina y hacía ocho inmersiones seguidas en el agua, en el mismo sitio, con sus perros esperándolo fuera. Otras veces aparecía desnudo en su terraza gritándole a Dios que se lo llevara con él. Entonces, los porteros llamaban a sus hermanas, que eran sus únicos familiares cercanos, ya que su madre llevaba varios años postrada en una residencia con la memoria encapsulada en una nube. Al principio, las hermanas acudían siempre, pero luego dejaron de ir y derivaban el asunto directamente a la policía y esta a asuntos sociales. Nadie parecía entender qué le pasaba y, por lo visto, nadie se pudo ocupar nunca de él.

Un día, tras hacer sus inmersiones en la piscina, subió a su casa llena de cachivaches, basura y suciedad. Se duchó, se afeitó por primera vez en meses, se echó crema corporal y desodorante y se vistió con el único traje de su época de directivo que le quedaba limpio en el armario. Lo había guardado para la ocasión.

Se sentó en la cocina y se tomó un frasco entero de lorazepam con un litro de zumo de naranja exprimido esa mañana en el supermercado de la esquina.

Se desplomó al instante y la muerte no tardó en llegar. Parece ser que no sufrió.

Encontraron el cuerpo muchos días después, alertados los porteros al no verlo pasar y, sobre todo, por los ladridos de sus perros, que estaban dentro velando el cuerpo cuando los bomberos lograron derribar la puerta. Sus hermanas estaban fuera de España, de vacaciones, y no quedó más remedio que entrar por la fuerza.

Por lo visto, los servicios municipales de limpieza tardaron casi cinco días en sacar toda la basura que había acumulada. Las hermanas contrataron después a una empresa de reformas y tiraron abajo el piso entero para volver a hacer habitaciones limpias, cañerías nuevas y que no quedara ningún vestigio de lo que había sido en el pasado.

Pero la gente no olvida.

Un día, en la escalera, una vecina se acercó a Celia para decirle:

—Hola, qué ganas tenía de conocerte. Acabo de mudarme al piso debajo del tuyo; ya vivía aquí antes, pero me tuve que ir porque el propietario anterior daba miedo, era un infierno ser su vecina, todo el día con la música alta, los ladridos de los perros y gritos, muchos gritos.

Celia se estremeció. Sintió el deseo de defender a Ricardo de aquella entrometida, esa cotilla que no tenía nada más que hacer para presentarse que criticar a su amigo. En las películas americanas van a tu puerta con un pastel de bienvenida. Aquí se intima con el chisme.

Celia fue antipática y ni siquiera le dijo la típica frase, «pues ya sabes dónde estoy para lo que quieras». No le dijo nada, ni «hola,

qué tal», ni «me alegro de conocerte», ni nada de nada. Le hizo un gesto con la cabeza y siguió derechita hacia el ascensor, ante la cara espantada de su vecina de abajo, que les rogó en ese momento a todos sus muertos que la nueva no fuera otra pirada como el anterior.

A las hermanas se les olvidó limpiar el trastero, donde Celia encontró bastantes cajas llenas de libros, apuntes de másteres, cursos... y manchas sospechosas que parecían de aceite. Llegó a pensar que quizá a Ricardo se le había pasado por la cabeza quemar todo ese cúmulo de literatura y conocimiento, como un acto de expiación intelectual, ya que había dejado atrás el mundo del yupi para pasar al mundo del vagabundo, pero que se debió de arrepentir por si la cosa se iba de madre y las llamas alcanzaban al resto de los trasteros y se liaba una muy gorda.

Celia no estaba desencaminada en su teoría, puesto que, en efecto, Ricardo tuvo la intención de quemar lo que había sido su gran pasión en la vida: la lectura y el aprendizaje a través de los libros, los cursos, los ensayos y las enciclopedias.

Pero cada vez que rociaba todo aquel material con un buen chorro de gasolina y encendía una cerilla, la apagaba al instante porque oía una voz interior que le decía que aquello estaba mal, muy mal, y que podrían morir los perros o los niños que habitaban el edificio.

Lo que oía —ahora que estaba muerto lo sabía bien— era la voz de otro propietario que entonces era un espectro y se había quedado viviendo en los trasteros porque en una de las cajas estaba el seguro de vida de un banco extranjero que su mujer había ocultado a todos y que había sido la causa del fatídico accidente por el que se cayó del barco familiar y murió ahogado en el Mediterráneo.

Ese muerto le soplaba a Ricardo la conciencia y el fósforo cada vez que intentaba hacer una fogata literaria.

Fallecido Ricardo, le juró que lo ayudaría con el dichoso seguro, intentando que otros familiares abrieran cartas y las carpetas del testamento, que, por cierto, olían a gardenias, como si las hubieran frotado por todos los folios desde que el notario les devolvió el expediente de la sucesión.

Celia siente que Ricardo nunca tuvo una explicación pública de lo que le había ocurrido. Ella tampoco lo sabe bien; de hecho, no sabe nada sobre su vida ni qué fue lo que le llevó a comportarse así, pero ahora estaba con ella, velaba por sus hijos, vigilaba sus luces, sus grifos y su vida en general.

Ricardo sabe que Celia se preocupa por él y le hubiera dicho de buena gana a esa vecina que él aún seguía allí, por los pasillos, apagando y encendiendo luces. Pero no lo hizo para no buscarse más problemas, que bastante tenía con el de las fresas y la asesina negra, y los tres hijos y, en fin, que ya no daba abasto para tanta historia. Menos mal que también vagaba por allí la abuela, que al final los cuidaba a todos, incluido Ricardo.

Ricardo sabe que nadie pudo comprender nunca su cambio de actitud. De ser un ejecutivo de éxito a un pordiosero. De vestir las mejores marcas a ir desaliñado y hecho un asco. De llevar una vida casi perfecta de «me levanto, voy al gimnasio, me ducho, me pongo como un pincel, acudo a tres reuniones, una comida de empresa, una *conference call* y un té con intelectuales, para llegar a casa al atardecer, cenar un puerro hervido y leer un rato un ensayo de historia», al indigente en que se convirtió después.

Esa casa llena de basura, de perros, de pelos de perros mezclados con sus pelos largos, los pelos de su barba mezclados con la sopa de

sobre hecha con agua fría y los tropezones bailándole entre los dientes.

A Dios le pidió muchas veces que lo llevara con él. Se ponía de cuerpo entero desnudo frente al sol, el sol Dios en la cara y él en pelota picada. «Llévame contigo, aquí me tienes, llévame de una vez».

Lo hacía sobre todo los días luminosos, ya fuera invierno o verano, sin nubes que impidieran a Dios verlo allí, tan decidido, tan perfecto, para que se lo llevara a él en vez de a tantos otros que se iban con todo el dolor en el corazón de sus familias, niños con cáncer o padres buenísimos con infartos fulminantes o la profesora aquella que se atragantó con un hueso de aceituna y se murió en el acto, en un comedor escolar.

—Llévame, llévame contigo, te ayudaré cuanto quieras, pero ¡llévame! —le gritaba.

Un día lo hizo vestido, por si la razón de que no se lo llevara con él fuera su desnudo de Adán y Eva, pero tampoco dio resultado.

Él creía que se debía ir así, sin ropa, porque así venimos al mundo, a un mundo que nos viste porque tiene que crear esa necesidad en nosotros, que, si no, viviríamos todos desnudos y tan a gusto, sin anorexias, dietas de la alcachofa o bustos operados.

No podía soportar más la existencia, hasta que un día lo vio clarísimo y decidió que, si Dios no se lo quería llevar, se iría él mismo a buscarlo, derechito, sin dolor y sin hacer daño a nadie.

Escogió bien el zumo recién exprimido del día, el frasco de pastillas, todas en fila cayendo al vaso naranja, miró a sus perros, sintió su mirada comprensiva sobre su piel, sus ojos suplicantes pero tolerantes, y de un trago arremetió contra el destino y entendió que aquel era su final, necesario para empezar de nuevo.

Pero el final no llegó. De hecho, vio varios días su cuerpo muerto sobre la mesa de la cocina, sus perros ladrando, y oyó nítidamente cómo un escuadrón de bomberos tiraba la puerta abajo. Allí estaba él, al ladito del primero, que entró tapándose la nariz mientras decía: «Hostias, tíos, qué ascazo, cómo huele esto».

Dios tampoco se lo había llevado así, ni vestido, ni desnudo ni suicidado.

No tenía ni idea de por qué se tenía que quedar ni qué era eso pendiente que la abuela de Celia le había dicho que buscara y arreglara para poder irse. Solo quería averiguarlo. Pero con tanto lío de Celia, poquito tiempo tenía él para pensar en sus arreglos, sobre todo cuando no sabía por dónde empezar a buscar.

¿Que por qué había cambiado tanto? Él tampoco tenía una respuesta que justificara el haberse quedado desnudo frente a Dios y haberse convertido en un ser inmortal al que nadie espera.

24

Zuima oye ruidos, gritos, el horror, porque el horror tiene un sonido que atraviesa las paredes, las puertas y las almas, todo a la vez.

Asoma sus grandes ojos negros por la mirilla de su casa, subida a una silla de la cocina.

Los ve con total claridad. La luz de las antorchas que portan exacerba la escena. Ve los rostros del terror, los cuerpos de la muerte y de la destrucción, todo junto. Ve el orgullo de los que se creen que están cumpliendo una misión, salvando su mundo del otro mundo a machetazos. Ve a sus padres arrodillados, suplicando y gritando que solo están ellos dos en la casa.

Y ve a la muerte entrar, a través de unos cuchillos, en los cuerpos de sus padres.

Y al sacarlos, ve la vida salir, adherida a la sangre que gotea en los mismos escalones donde ayer jugaba con su madre a saltarlos de dos en dos.

Se baja de la silla. Se va a la parte de atrás y se esconde en la despensa. Todo tal como le dijo su padre que hiciera y todo como tantas veces lo habían ensayado. Esa despensa está pintada como si fuera una pared. Nadie, salvo Zuima y sus padres, saben que se puede abrir y que dentro hay un habitáculo lleno de víveres, con agua y un zaguán para echarse a esperar.

Mientras se tumba en él, piensa que su padre se sentirá orgulloso de ella. En ese momento, aunque ha visto toda la escena, Zuima piensa que ellos viven, que está soñando y que pronto, muy pronto,

se despertará. Solo debe cerrar los ojos otra vez y dejar que el sueño la invada, que pasen las horas y pueda levantarse de esa pesadilla, como le ha pasado tantas otras veces. Sin ir más lejos, la otra noche soñó que una oveja vomitaba en su habitación y manchaba su muñeca y sus vestidos. Cuando se despertó, su habitación olía a flores, como siempre, estaba todo limpio y no había ni rastro de la oveja. «Eso es lo que va a pasar hoy», se dice, y se duerme así, sabedora de que las cosas a veces no son reales, aunque lo parezcan.

Cuando vuelve a despertar, ya no oye ningún ruido. «Se han debido de marchar», deduce. Pero ella se tiene que quedar allí, tal y como le dijo su padre tantas veces.

—Tú no salgas, no salgas, aunque pienses que puedes salir, porque nunca se sabe si guardan silencio para hacerte creer que ya no están.

—¿No están quiénes, papá? —preguntaba ella.

Su padre nunca le contestaba exactamente quiénes. Le volvía a insistir:

—Tú no salgas, deja pasar una noche y un día si hace falta, espera a terminar todos los víveres y toda el agua y, entonces, sales, porque ya habrán pasado muchas horas para que se hayan ido.

—¿Para que se vayan quiénes, papá? —insistía Zuima una vez más.

Y su padre siempre terminaba dándole un dulce, o un dátil, o lo que tuviera a mano para llevarse a la boca, hasta un trozo de pan seco, lo que fuera con tal de cambiar de tema después de dejar el recado bien asentado, las directrices dadas en orden y las coordenadas exactas marcadas en su cerebro infantil.

Había conseguido incluso un material ignífugo para pintar esa habitación y protegerla si incendiaban la casa. Su niña se quedaría

allí, con su mantita, su comida y el agua, a salvo del fuego y de los huracanes de aquellos degenerados que no sabían vivir sin matar, sin atemorizar, sin cometer las peores atrocidades que jamás hubiera imaginado ni el mismísimo Satanás.

Cuando Dios creó el mundo, con sus días y sus noches, y acudió el mal para hacer tambalear su propia existencia, nunca ese mal pensó que engendraría semillas como aquellas, pensaba el padre de Zuima mientras pelaba los pollos.

Gas en las duchas de campos de concentración, fosas comunes de vecinos contra vecinos, torturadores cuchillo en mano rebanando cuellos para el júbilo de sus seguidores, manadas que devoran el consentimiento y lo anulan para poder utilizar un cuerpo ajeno como si fuera propio, aunque ni al propio le harían jamás aquello.

Al padre de Zuima le han contado historias algunos de los que han vuelto, no a sus aldeas, porque allí ya no los quiere nadie y los miran como si fueran monstruos, cuando ha sido otro demonio el que se los ha comido. Son los que van de paso, buscando algún lugar donde quedarse, que los acoja, ocultando las marcas y los tatuajes con los que muchas veces los han grabado los otros, los que nacieron en el infierno, entraron por la puerta grande a este mundo y fueron a parar justo allí, a una tierra tan fértil, pero tan seca que era más fácil que creciera la mala hierba que la hierba buena.

Esos «desertores» le han contado historias que al padre de Zuima no le dejan dormir por las noches. Otras veces las escucha en la radio del puesto administrativo cuando va a los cursos del perito agropecuario que paga una asociación para que ellos, agricultores sin herramientas, cosechadores de tierras desabridas y ásperas, de parajes lacónicos, aprendan y se capaciten para la producción agrícola y la adquisición de insumos.

Cuando escucha esa radio, justo antes de los cursos, le quedan lejos los fertilizantes orgánicos o la conservación de los alimentos en silos que con tanto detalle explica el perito, con la emoción del que nunca ha cavado en esa tierra adusta con ninguna herramienta, pero que ha estudiado en libros y tratados todo sobre biopesticidas y semillas de cereales, tubérculos y hortalizas.

El último día que fue hablaron entre ellos de lo que unos oían aquí y otros allá, y todos coincidieron, incluido el entusiasta perito agrónomo, en que, desde que se fueron los colonos blancos, luchaban vecinos contra vecinos, compatriotas dentro del mismo Estado, y en que los brotes violentos estaban cada vez más cerca y eran cada vez mayores, por lo que todos debían andar con cuidado y vigilar sus aldeas y sus familias. La clase que ese día iba a tratar de los arados pasó a ser una charla sobre técnicas militares de alerta y defensa.

En los ojos del perito aquel día no brillaba ninguna luz de ningún campo de trigo imaginario, como ocurría otras veces.

El que manejaba el puesto administrativo les dijo que estaba pensando seriamente en hacer un hatillo e irse con toda la familia, como si fueran nómadas, hasta llegar a la frontera de otro lugar donde no se estuvieran matando entre ellos. Que iba a hacer lo que habían hecho los colonos, huir de aquel caos de país sin rumbo y sin lluvias, como si la falta de agua anulara la posibilidad de tener carreteras que los llevaran a todos a un interés común.

El padre de Zuima intuye que están cerca, que están llegando, y tiene que proteger a su pequeña, si le da tiempo, si oye bien alto sus gritos. Porque él gritará para que la niña sepa, y gritará aún más cuando esté respirando su último aliento para que su niña bonita se esconda, se quede quieta, le obedezca por última vez antes de tener que empezar ella sola en este mundo de gases, jaulas, manadas y

cuervos, pero en el que también hay amaneceres, sonrisas, besos furtivos y abrazos. Eso es lo que él recuerda cuando el cuchillo le está atravesando el estómago; abrazos con el olor de su pequeña, de su piel, de su pelo recién lavado y sus bracitos apretando su cuerpo, justo por donde ahora sale la punta del cuchillo afilado que se lo está llevando mientras él grita con fuerza, con el rugido del guerrero que avisa a su cachorro y se alegra de que en la despensa, la última vez que entró, le dejara tres onzas de chocolate del bueno.

25

Celia siente que se volvió odiosa en esa época. Lo quería todo perfecto, lo necesitaba todo encajado y organizado al milímetro. Se había metido en aquel lío de familia numerosa, los dos con trabajos complicados y una edad que no era la de su madre cuando la tuvo a ella, pero su reflejo, constancia y dedicación se proyectaron como su propia meta.

Desde que nació la niña, se sintió culpable por todo. Siempre era la responsable, la infractora, la convicta. Como madre, como profesional, como esposa, como hija, como hermana, como amiga. Si se ocupaba de una faceta, las demás la condenaban. Su cabeza era un hervidero del deber, de la responsabilidad, de la perfección, con una vida que nadie te enseña en las series, ni te relata ninguna amiga, ni te muestra ningún libro de autoayuda. *Educar sin perder los nervios*, *Educar con pasión*, *El arte de ser madre a tiempo completo*..., tantos libros comprados que ahora hacían de soporte para las macetas de su salón.

Se volvió odiosa y cree que lo llegó a odiar un poco a él también. Por ser hombre, por no tener en las venas ese sentimiento de culpa constante que te penetra por dentro y socava un hueco de temores e inseguridades.

Él podía llegar de trabajar y, aun así, irse un rato a correr, ducharse tranquilo e interrumpir la cena de los niños diciendo tonterías y haciendo un baile en medio de la cocina. Al mediano se le caían los trocitos de tortilla de la boca de las carcajadas y el

padre, feliz. Podía llegar a las tantas de una reunión, entrar a darles besos a los tres aspirando su olor y preguntarle a ella: «¿Qué, cariño? ¿Cenamos algo? ¿Una copita de vino?». Podía saber que uno de sus hijos tenía una fiebre altísima, que al día siguiente llegaría tarde a trabajar porque había que llevarlo al pediatra y luego a casa de la abuela, e ir silbando en el coche la canción de los Lunnis mientras el pequeñajo, ardiendo de fiebre, sonreía dejando ver algún diente de leche.

Pero ella, no. Ella no corría, ni se duchaba tranquila ni bailaba en la cocina. Si veía un trocito de tortilla a punto de caer de la boca del mediano, se lanzaba presta a recogerlo con una servilleta. Jamás llegaba tan tarde como para no poder leerles un cuento, no se conformaba con un beso nocturno y su olor, sino que quería tenerlos un rato, al menos un rato, la ducha, el baño, el *Jesusito de mi vida, eres niño como yo*. Y si una mañana tenía que llevar a uno de sus hijos febril al pediatra y luego donde la abuela, iba apretando el claxon y mirando de reojo la silla de atrás, para comprobar que el niño iba bien embutido en su manta, no fuera a ponerse peor.

Se volvió odiosa; se veía como en una película de hacía mucho tiempo y era repelente. Lo que hubiera dado por poder rebobinar y bailar con él en la cocina y que a los tres niños se les hubiera caído toda la tortillita de la risa. Lo que hubiera dado por salir con él al cine o al teatro y besar a sus hijos al volver para ir corriendo a besarlo a él, a olerse juntos. Lo que hubiera dado. Lo que. Lo.

Cree que él lo notó, se dio cuenta de que a Celia la había comido la extrema responsabilidad y se echó en los brazos de su ayudante. O su ayudante se echó en sus brazos y él utilizó, para lavar su conciencia, lo odiosa que ella se había vuelto. O él se enamoró de su ayudante y la tarde en que murió pretendía decirle: «Celia, tenemos que hablar, esto no puede seguir así. Yo quiero ser feliz y voy a

iniciar una nueva vida al lado de mi ayudante». Y entonces ella habría sacado las uñas y le habría arañado el alma hasta dejarlo hecho un despojo, porque Celia, dialécticamente, que para algo se dedica a ejercer la palabra con la voz, modulando espacios, tiempo y gestos, era muy superior a él.

A lo mejor por eso también era un poquito odiosa, porque siempre lo llevaba a su terreno o daba la vuelta a la tortilla a su antojo, con tres frases dichas como y cuando se deben decir. Pero la palabra no lo es todo, ni la voz ni los gestos. La intención que se esconde detrás y que él no veía fue haciendo mella en su relación, piensa ahora. Se olvidó de la intencionalidad, que parece nueva en la alevosía y la premeditación, como olvidarse del dolor y quedarse con la culpa, como todo lo que ella analiza en cada uno de sus casos.

Su intención era que él tuviera el mismo sentimiento de culpa que ella, la misma necesidad de perfección milimétrica en la organización de sus vidas y, con respecto a sus hijos, la misma dedicación en horas y desvelos y las mismas ganas de que todo aquello saliera a las mil maravillas.

Pero en toda esa planificación se había olvidado de él. De cómo era él en realidad. Que no era ni mejor ni peor que ella, pero no era ella. Él era divertido, alegre, con la música sonando siempre y feliz por terminar un día en la pizzería porque en la nevera no quedaba más que un jarabe para la tos y un plátano pocho.

Ahora Celia echa muchísimo de menos todo eso, ese plan B con la sonrisa puesta que siempre tenía, para cuando fallaba su maldito y perfecto plan A.

Celia siente que no llega a nada y que su vida perfecta se ha desmoronado en mil pedazos. Se da cuenta de lo poco que importa que la nevera esté llena de verduras y frutas frescas y de

temporada, que no pasa nada por sacar del congelador la bolsa de verduras troceadas y mezclarlas con unos espaguetis con tomate, pues los niños emiten chillidos de satisfacción igualmente, mientras al mediano la salsa de tomate le invade la mitad del uniforme escolar que, por cierto, no se ha quitado cuando ella se lo dijo. Y qué más da, ya se lavará el uniforme. Porque esas caritas alegres valen más que todo el quitamanchas ecológico que ella compraba antes de lo de las fresas.

Se da cuenta de que no pasa nada si llega de una reunión tan tarde que solo puede entrar a darles el beso de buenas noches y aspirar fuerte su olor, porque su suegra le dice que han estado felices, se han bañado juntos y han leído el libro de Bob Esponja todos metidos en la misma cama con ella.

Se percata de que, si uno de sus hijos se pone malito, lo importante es que sienta que ella está ahí, pero que, además, están el médico, las abuelas y los mimos, no solo ella, que tiene un juicio por la mañana y cita en el podólogo a media tarde, justo cuando le suba la fiebre al pequeñín, porque le ha salido un sabañón que no le deja llevar los tacones con los que se siente tan segura y tan valiente.

Todo es importante: las verduras frescas y las risas, las reuniones y los cuentos, los abuelos y los podólogos; lo triste es que de todo esto se ha dado cuenta ahora, cuando su mundo se ha hecho trizas y ha llegado a la conclusión de que sería todo un desastre y, sin embargo, empezaba a disfrutar del caos dentro del amor y del desorden dentro del concierto.

Pero ahora él ya no está para que ella se lo diga, y se siente fatal y esa noche sueña que le regalan, en un cupón del café, cinco minutos para estar a solas con él y poder hablarle.

Se prepara un discurso y ensaya, en el tiempo exacto que tiene, cómo le va a explicar «me equivoqué, quería que fueras como yo, olvidando que tú no eres yo y que tú y yo hacíamos un equipo perfecto». Deja en el ensayo unos segundos para poder abrazarlo, otros segundos los destina al beso y los finales para decirle que los niños están bien, están muy bien y no te necesitan, por si acaso se quedó en el mundo terrenal pensando que tenía algo por hacer y está vagando por alguna montaña, ya que ella sabe que en casa no está.

Pero cuando se abre el telón y aparece él y el cronómetro comienza la cuenta atrás de los cinco minutos, ella solo lo abraza, lo abraza fuerte mientras miles, millones de lágrimas se derraman desde los ojos hasta los hombros y desde estos hasta las manos; y cuando expira el tiempo, en el lugar que había ocupado él hay un gran charco de agua donde se podría ahogar la culpa, pero no la soledad.

26

Los niños no sufrieron. Eso dice claramente el informe de la autopsia. La mezcla del ansiolítico con el veneno actúa como un sedante que te hace caer en un sueño profundo y, cuando el corazón se para, la mente y el alma desde hace un buen rato están ya completamente alejadas del dolor y de la realidad.

El informe también dictamina que la dosis fue exacta para causar la muerte y que la ingesta de orfidales hizo posible que no tuvieran convulsiones ni dolores previos. Todo eso descartó que la madre no hubiera querido matarlos, sino solo provocarles dolor o enfermedad porque tuviera el síndrome de Münchhausen, ese que busca llamar la atención de los médicos sobre los retoños porque hay un desequilibrio psicológico importante detrás.

Celia dedujo que no se trataba del síndrome de la llamada de atención porque Zuima estaba fregando los cacharros cuando llegó la policía y sabía perfectamente que sus hijos ya habían dejado de respirar. Se la imagina poniendo un espejito de bolso sobre sus labios para comprobarlo o posando la cabeza sobre su pecho para notar si elevaban o no el torso, los pulmones, la vida queriendo salir a vivir.

Lo cierto fue que cuando llamó dijo «mis hijos están muertos», así que ella ya habría comprobado que el veneno había alcanzado su fin, su meta, su objetivo.

Celia se imagina que esos niños atravesaron sin problemas la barrera de la luz y llegaron al más allá. Estarán en un mundo nuevo

y mejor. Imagina que no comprenderán nada y espera que en ese otro lugar no haya una memoria retroactiva y que no tengan que hacerse preguntas inútiles.

Esas preguntas se las hace ella cada mañana: «Cómo puedes tener el veneno comprado en casa, Zuima, estar las horas previas jugando a las casitas, a los coches, bañarlos, abrazarlos con la toalla cuando salen del baño, secarlos bien, ayudarlos con el pijama, poner la mesa con ellos, hacer la cena canturreando, los dibujitos en la tele de fondo, cenar contando cuentos de hadas, acostarlos, darles el último beso, la última cena, sin ningún Judas para traicionarte, solo el temblor de tus manos, el latido agudo de tu corazón en tu pecho, imperceptible para esos oídos y esos ojos tan sin hacer aún, tan por ver todavía. Cómo. Cómo, Zuima. Por qué. Por qué, Zuima».

Tenemos que saber. Tenemos que. Tenemos.

Las amigas dicen que era normal. Ellas no saben que su origen y el rastreo que se ha hecho gracias a la cooperación judicial internacional no han dado ningún resultado, pues parece que la aldea en la que nació ya no existe. Y como Zuima no habla, nadie sabe si tiene a sus padres vivos, algún hermano... Porque el registro de su pasaporte sale de un campamento neerlandés, afincado allí, en cooperación, después de la guerra.

Pero las amigas dicen que ellas recuerdan su infancia feliz, entre campos áridos, bailes regionales, comidas en ollas que olían desde lejos y padres y madres protectores. Así que la vida de Zuima tuvo que ser parecida, pues para algo eran primas y de la misma zona. Todas nacieron cuando los portugueses se habían ido ya, aunque su infancia tuvo que coincidir con la guerra civil de su país. Pero Zuima no habla y las amigas dicen que ellas no recuerdan nada de su pasado que fuera violento o malo, sino todo lo contrario.

En su trabajo dicen que todo iba bien. De hecho, varios residentes la echan tanto de menos que han escrito una carta al señor ministro para contarle cómo los cuidaba, cómo les cantaba canciones de su tierra mientras los ayudaba a comer y cómo todos los días rezaba con ellos el credo, el rosario y lo que se terciara. Como si la mujer negra, al rezar como una católica, fuera menos negra y menos mala para todos ellos y eso lo tuviera que saber fehacientemente el señor ministro de su parte.

En el colegio de los niños dicen que era una madre más. No era de las que participaban en la AMPA poniendo adornos navideños ni llevando bollos en los festivales, pero tampoco era una de esas madres desaparecidas que siempre mandan a los abuelos o a la canguro. Zuima iba a todas las tutorías, contestaba las agendas escolares de los dos niños y estaba en el grupo de WhatsApp de la clase de cada uno, porque, por ser gemelos, estaban uno en la B y otro en la C, por la manía de los educadores respecto a las ventajas infinitas del desarrollo educativo independiente. A Zuima eso le parecía otra patochada de los blancos, pero, como tantas cosas de ellos, la asumía diligente y sonriendo para fuera, mientras echaba rayos y truenos por dentro.

Los vecinos dicen que era como todos, reservada, como cualquier vecino al que te encuentras en la escalera y al que saludas. No iba a las juntas porque estaba de alquiler, pero sí participó activamente para poner en el portal una puerta más segura y consistente y para cambiar los telefonillos por unos con cámaras, como si la seguridad del edificio le diera a ella un motivo para juntarse con todos los vecinos y protestar hasta conseguirlo.

El psiquiatra forense ha emitido un dictamen diciendo que no la podía valorar por su falta absoluta de colaboración y que no descartaba de antemano ninguna psicopatía a la espera de futuros

acontecimientos o disponibilidad de la paciente. Celia se la imagina allí sentada, frente al psiquiatra, con los brazos cruzados sobre su regazo, la mirada oscura, negra y perdida en la profundidad de cualquier cuadro o adorno de la sala y en completo silencio, el silencio hermético a cualquier intento de conversación del profesional que, sesión tras sesión, se desespera.

De hecho, el psiquiatra hizo colgar para las últimas sesiones un cuadro titulado precisamente *Conversación*, del pintor Carlos Álvarez, en el que se puede intuir cómo conversan los vivos y los muertos y los muertos con los vivos.

Zuima lo miró, incluso le pareció al psiquiatra que analizaba cada rasgo del cuadro, pero no siguió ninguno de sus intentos de diálogo.

«Se cierra como una lapa», diría su difunto. Eso decía de su madre, la suegra de Celia, cuando se ponía burra con cualquier cosa. Se cierra como una lapa.

Si el de las fresas viera ahora a su madre depositar, semana tras semana, un atadillo de flores sobre la farola del atropello, diría lo mismo de ella, que se ha puesto burra con las florecitas y que nadie la va a sacar de allí. Celia ha pensado varias veces en ir a hablar con la de la floristería por si la puede convencer, en vez de animar, de que eso de las flores semanales en la farola es escabroso y contrario al espíritu de los pétalos y los pistilos, pero su suegro ya le ha adelantado que la dependienta, por lo visto, es una ferviente admiradora de la unión del aroma floral con los muertos, así que, como no mande a Ricardo para que se embadurne de pétalos de rosas, poco podrá hacer con la tozudez de la suegra.

«Se cierra como una lapa». Vuelve a latir en su cabeza la voz del de las fresas y lo visualiza rodeado de girasoles.

Ahora la lapa es Zuima, la roca su asunto, el psiquiatra el cuchillo que nada puede arrancar y ¿ella? Ella siente que no es nadie para

poder defender a esa mujer atormentada.

El resto de los casos se le están dando bastante bien, como si tuviera una energía renovada para afrontarlos. Aunque a veces, en mitad de un escrito o del estudio de un asunto, le inundan la mente las escenas del hotel de Albacete y tiene que parar, beber agua y serenarse, porque no entiende qué tiene que ver lo jurídico con lo erótico ni por qué esos pensamientos no le vienen cuando se va a acostar, sino en su tiempo de trabajo. Luego se da cuenta de que llega a la cama tan exhausta que es normal que Abel Sánchez no aparezca en sus últimos pensamientos. Ha tenido su tarjeta dos o tres veces en una mano y en la otra el teléfono, pero al final ha seguido trabajando para desterrar esa nueva necesidad de un cuerpo a su lado, por el sentimiento de culpa con todo lo que tiene que hacer, con todo lo que.

Al ladrón drogadicto le ha conseguido un acuerdo con el fiscal y entrará en prisión, pero con un programa de desintoxicación que, si lo supera, le podría facilitar el acceso a la libertad condicional. La madre del ladrón la ha llamado dándole las gracias y le ha mandado al despacho un ramo de gardenias que le ha recordado la dichosa farola, así que se lo ha llevado a la vecina de arriba que la acusaba de defender a una asesina de niños, pues en muchas ocasiones recoge paquetes para el despacho cuando está cerrado y no quiere perder esa ayuda.

En el caso de la tía presuntamente envenenada por el sobrino, ha conseguido que se practique una segunda autopsia y está a la espera de los resultados. Siempre es bueno volver a examinar un cuerpo muerto y buscar otros vestigios que antes no se sospechaban. Piensa que si examinaran el de su marido, quizá encontrarían en su cerebro el arrepentimiento por lo de Hugo. No

tanto por la existencia del niño, pobrecillo el ojitos, que no tiene culpa alguna, sino por el momento y la situación.

En cuanto al caso del chico que mató al perro de su hermano, los dos han aceptado ir a mediación penal y, aunque a su cliente no lo eximirá de la responsabilidad, al menos intentará redimirse con las palabras. Y respecto al asunto de la joven que dice que sus supuestos padres no son sus progenitores, ha mandado pelo de ella y de sus padres a un laboratorio de ADN para hacer la prueba de paternidad. Los padres de la chica no saben que ella les ha cogido cabellos de sendos cepillos, porque, si de verdad no lo son, ella tendrá un margen de maniobra muy valioso para solicitar diligencias al juez antes de que los padres puedan ocultar pruebas, ya que el certificado de nacimiento es clarísimo y, al menos ante la ley, es su hija, sin que haya rastro de ninguna adopción.

Sin embargo, con Zuima, por mucho que Celia vuelva a leerse todos los recortes, el atestado, las declaraciones judiciales, la autopsia y todo lo que aparece en el procedimiento, no sabe por dónde continuar.

Encuentra mezquino querer ayudarla. Con la manía que le cogió nada más verla. Con todo lo que tiene por hacer, además, en esta vuelta a la rutina doméstica. Colegios, uniformes, asistenta, libros, cuadernos. Por qué nunca se molestó en aprender a forrar los libros, por qué ahora lo echa tanto de menos en algo tan simple como forrar un libro, cortar el celo con la tijera, ajustar el forro a los bordes, no doblar, que no queden bolsas de aire. Y a ella le quedan muchas: ciencias, ocho bolsas; matemáticas infantil, tres bolsas; inglés parvulario, dos.

Sus niños miran sus libros recién forrados y ella sabe que, en ese preciso momento, están extrañando muchísimo a su padre. Celia se va a la cocina a hacerse un café para evitar el reproche y la cafetera

ya está encendida, porque Ricardo lo notó y fue a accionarla corriendo, o volando, o como vayan los muertos invisibles por las casas de los vivos.

27

El trajín del despacho en septiembre, los uniformes, los colegios, la vuelta a esa normalidad que para nada es normal para ninguno de ellos, pero que aparentan sobrellevar, la aleja un poco de esa negra loca que tiene como clienta en la cárcel.

Tampoco hay novedades en la instrucción y la prensa ya se ha olvidado completamente de ella. Volverán a la carga cuando se celebre el juicio, pero sabe que para eso falta mucho, muchísimo, gracias a la lentitud del sistema y al colapso total del proceso penal.

El jaleo del despacho en septiembre también le devuelve la obligatoriedad de hacer esa llamada a la notaría. Para aclarar de una vez los temas, por pasar páginas, por intentar cerrar libros, para olvidarse del verde albahaca para siempre jamás.

Una tarde cualquiera de uno de esos días cualesquiera de esas primeras semanas llamó. Tuvo el valor. Se aclaró la garganta y, con una voz informal, neutra, preguntó por el notario diciendo su nombre, sus apellidos y los de su difunto, que en paz descanse, y le dijo la oficial que la atendió: «La acompaño en el sentimiento».

El notario se puso al teléfono de inmediato. Le dio también el pésame y se citaron para el día siguiente por la mañana. Le dijo que no hacía falta que llevara más que su DNI, el certificado de defunción y el de últimas voluntades. Que tenía instrucciones precisas y que era importante el DNI. «No vaya a ser yo una farsante», pensó, «o la otra». La otra. Siempre que había otra, sabía ella por el despacho, el caso era más sencillo, pues si el hombre se

siente culpable, es más fácil el acuerdo. En este caso había otra y un chiquito y una viuda negra, más negra si cabe por su clienta negra, negra y loca, loca como su abogada. Verde como la albahaca. Verde.

«Me levanto y me hago unos filetes empanados», pensó por la noche cuando no se podía dormir por la dichosa cita en el notario. «Paso por huevo, rebozo, empano, frío, paso por huevo, rebozo, empano, frío. Y Ricardo que abre la ventana porque el humo estaba rebasando el extractor. Gracias, Ricardo, majo. Qué pena que no te puedas comer uno de estos, porque recién hechos están deliciosos». Se imagina a Ricardo allí sentado con ella en la mesa de la cocina, un mano a mano zampándose los filetes recién empanados con una buena botella de vino.

Se da cuenta de que podría rehacer su vida en cualquier momento. Con Abel Sánchez, por ejemplo, del que ya sabe que sus cuerpos se entienden y eso es muy importante a esas edades, todos con tantas mochilas cargadas y tanta pedrada. Además, como vive en otra ciudad, sería siempre algo sutil, fugaz, y nunca caerían en la dichosa rutina en la que seguramente cayó con el de las fresas. Lo que ocurre es que no tendrían un inicio romántico, porque aquello del hotel fue un desahogo de dos personas necesitadas en medio de una situación desoladora. Y ella sí quiere principios de cuento, como lo fue con el de la albahaca. Así que, quizá, un día se le caigan todas las carpetas en un frenazo del autobús y un señor amable, con ojos de un color indefinido, la ayude a recogerlas. Y luego que si «gracias», que «de nada», que si «cómo van hoy en día los autobuses», que «sí, es verdad, van como locos, ¿se baja en la siguiente?», «pues sí, me bajo», «pues yo también, qué casualidad, ¿se tomaría un café conmigo?, voy con mucho tiempo a una cita y me sobran por lo menos quince minutos», «pues me vendría muy bien, porque estoy helada». Se tomarán esa primera taza de café

humeante mirándose de soslayo a los ojos, a la cara y al cuerpo entero. Y acabarán un día en casa de la abogada comiéndose esos filetes empanados con una buena botella de vino.

La pena, piensa Celia soñadora, es que ella nunca monta en autobús.

La notaría es como todas las notarías. Pasillos largos con techos muy altos. Despachos bien amueblados. La sala de juntas rodeada por una biblioteca llena de manuales jurídicos, cuadros de hombres notables, seguramente notables notarios, antepasados. El olor a rancio mezclado con el olor a antiguo y a limpio, limpio de esa misma mañana. Las alfombras sin motas, la mesa sin polvo.

El expediente allí encima.

El expediente.

En la carátula están anotados el nombre de Celia, el nombre del de las fresas y el de la otra. Expediente 1322/22. «Al menos tiene un número alto, el 1322», piensa al verlo.

El notario percibe cómo mira ella la carátula y, al abrir la carpeta, los papeles desprenden un inesperado olor a gardenias. Puede que anote mentalmente decirle a su ayudante que no vuelva a poner tres nombres en la portada, cuando solo debería haber dos, y que le pregunte por qué huelen a flores algunos expedientes que ella trata, pues no es la primera vez que la sala se inunda de olor a flores al abrir un testamento, como si estuvieran en un cementerio gallego.

Pero en cuanto salga por la puerta habrá olvidado lo que le tenía que decir a su ayudante y le recordará cualquier otra cosa: «Anóteme, por favor, una comida mañana con el director del banco».

El notario le explica que el difunto acudió a verlo para hacer testamento con el ruego de darle una serie de explicaciones si fallecía. Lo que no quería eran hijos con derechos distintos y dijo que eso ella, como abogada, lo entendería perfectamente.

Celia no contesta ni que sí ni que no, como en la canción. Solo quiere que termine cuanto antes. Que el notario lea sus últimas voluntades y ella pueda marcharse de allí para siempre. Pero no, claro que no. La ayudante que escribe mal los expedientes toca la puerta con los nudillos y aparece en el umbral con ella. El tercer nombre del asunto 1322/22.

Entra altiva y Celia observa que va muy bien vestida, muy bien peinada y muy bien maquillada. Ella se siente culpable por haber ido a escuchar la última voluntad de su difunto con un conjunto de hace dos temporadas, el pelo sin lavar de hace tres días, que ya se nota un poco grasiento, y la cara sin nada de maquillaje, por si le daba la llorera y también por parecer la viuda de todas las viudas.

Los tacones de la otra repiquetean en la alfombra gruesa de la sala, que los atenúa pero no los esconde. Se para junto a la cabecera de la mesa y, con una mirada intrigante, hace ademán de sentarse al lado de Celia, pero gira rápidamente para ponerse enfrente. Como si Ricardo, por detrás, la hubiera empujado con su mano invisible.

Celia respira intranquila, no quiere mirarla ni de frente ni de lado. No quiere estar en esa sala con ella, con el notario, con la ayudante del notario y con ese expediente con un número tan alto.

Cuando se dispone a levantarse para salir corriendo, siente una mano que la presiona para que se quede sentada y piensa que Ricardo está en todo, que hay que ver cómo es para salir de casa, de su área de confort, y venir hasta aquí, un lugar desconocido para él y seguramente lleno de otros muertos que ahora lo insultan para

que se vaya. Pero cuando mira hacia su hombro, ve que la mano que la está presionando con dulzura para que se quede es la de la ayudante del notario, con su anillo de compromiso y las uñas perfectamente limadas y pintadas de blanco. Una mano que desprende un intenso olor a gardenias.

28

—A ver, espera —le dice en el ascensor—. Tenemos que hablar.

—No, no tenemos que.

—Sí.

—No, el testamento es claro, ¿no? Todos iguales. Pues eso, yo hago el inventario, lo mando a la notaría con una propuesta del pago de tu parte y, si estás de acuerdo, lo firmas.

—No. Tenemos que hablar. Mi hijo tiene tres hermanos.

—No, no tenemos nada de qué hablar. Mis tres hijos no tienen más hermanos.

—Adiós, Celia. Te llamaré cuando pase un tiempo. Esto no puede quedar así. Son inocentes. Ellos son inocentes.

La otra desaparece por la puerta del portal, que se cierra de un portazo. Deja en el aire una fragancia suave que de pronto Celia cree reconocer en el aroma que trajo algún día su marido. Pero no quiere que. Ahora no quiere que. Le ha dicho con todo el descaro que los niños son inocentes.

Ella está de la inocencia hasta el moño. Eso piensa mientras sale del portal conteniendo las lágrimas para que el portero no la vea llorar y ve alejarse a la otra calle abajo. Con la inocencia arreglamos un montón de desaguisados. Que cada palo aguante su vela. Ella ya no puede más.

En la calle el aire es denso debido a la contaminación, pero sigue flotando ese aroma, esa fragancia que se le ha metido por la nariz y que ahora recuerda perfectamente cómo una vez la percibió en su

marido y le gustó: «Alguna compañera del trabajo la lleva y se le ha pegado por estar en el mismo ambiente. Le pediré que averigüe, porque me gusta ese olor». En aquel momento no se lo pidió; estaban discutiendo porque él había llegado muy tarde y era un viernes, y los viernes los niños lo esperaban impacientes para ir al parque con él, y ella no comprendía que ni siquiera la hubiera avisado con una llamada de que iba a llegar tarde.

Y su madre:

—Que tus hijos te necesitan.

Y ella:

—Que ya no puedo más, mamá.

Y su madre:

—Que ya está bien, Celia, que esto no puede quedar así. Si tienen un hermano, tendrán que conocerlo, verlo, quererlo, que la vida es muy larga y no sabemos cuándo nos vamos a necesitar unos a otros y mientras más sangre haya junta, mejor que mejor.

Y ella:

—Pues cuando sean mayores de edad y puedan votar, que vayan a buscar a su hermano y hagan pandilla. Yo, por ahora, no podría soportar en todos los cumpleaños que me quedan por celebrar el verde albahaca de los ojos de Hugo brillando bajo las velas de colores. O las comuniones. ¿Te imaginas, mamá, a Hugo en las comuniones con esos ojos verdes al lado del cirio pascual? De ninguna manera.

Y su madre:

—Cualquiera diría que tus hijos no se parecen a su padre; Fer es clavadito y el pequeño, cada vez más. La niña es igualita a nosotras, pero los otros dos... ¿Y qué vas a hacer? ¿No mirarlos más por si lo ves a él? Hija, me parece que estás sacando las cosas de quicio y que es más importante que los niños se conozcan y crezcan juntos.

Para cuando vayan a votar, no creo que nos quieran ver mucho ni a nosotros ni a ti, como para tener que ver también los domingos a un nuevo hermano con la paella y los helados.

No recuerda en qué momento se lo contó a su madre. Ni siquiera sabe si se lo dijo ella. Ahora duda hasta de Ricardo. Se arrepiente en ese mismo momento, porque su madre, además, dice la palabra *helados* como si nada, como si no recordara que su marido se estrelló contra una farola porque pensaba ir a comprar unas puñeteras fresas o unos helados y le tuvo que preguntar a ella antes, como siempre hacía, porque parece que nada podía decidir él solito sin contar con ella. Ah, no, piensa ahora, lo de la amante sí lo decidió él y el nombre del niño de los ojos verdes, también. Le podía haber preguntado el nombre a Celia. Nunca hubiera elegido Hugo. Le recordaba a un gigante de dos cabezas y un solo ojo, también verde, como la albahaca.

Pero ¿cómo les va a explicar a sus hijos, tan pequeños, que ya no tienen papá pero sí un hermanito? Uno casi de la misma edad que el más pequeño. Y qué bien que van a ser muchos para jugar y para ayudarse en la vida. No entiende cómo su madre no ve claramente que todo eso es inexplicable.

Cómo se explica todo eso sin atragantarse.

Cómo se explica todo eso a los diez años, a los quince y luego a los veinte. Porque en cada etapa querrán saber más y se harán más preguntas y se darán más cuenta de lo que pasó y le preguntarán a ella que por qué y ella nunca sabrá bien qué decirles, porque cree que no logrará entenderlo nunca. Que si la culpa, que si la vida perfecta, que si.

La ayudante del notario anota en el expediente: «Pendiente de envío inventario Celia Fuertes» y restriega, como si estuviera borrando con una goma algún dato mal apuntado, unos pétalos de lirios azules. Aspira el aroma y piensa que le va como anillo al dedo el olor del lirio azul al inventario de los bienes de un muerto.

Celia no comprende la insistencia de la otra en seguir en sus vidas. «Seguramente siga enamorada del de las fresas y por eso quiere tener contacto con ella y con sus hijos, como si esa conexión la mantuviera cerca de él», piensa la abogada.

«Pues qué macabra», sigue pensando. «Con lo mona que es y lo elegante y lo bien peinada y maquillada que va, que se monte en un autobús y conozca a uno en un frenazo».

Pero lo que Celia no sabe es que la otra tampoco monta nunca en autobús.

29

Zuima se ha instalado en su rutina carcelaria. Su boca se ha sellado para todos, incluidos amigas y médicos. No habla con nadie más que lo imprescindible. Nadie se mete con ella; se corrió la voz de que hacía brujería africana, por lo que la dejan tranquila y vive, dentro de lo que cabe, con el sosiego y la paz del muerto en vida, como piensa ella que serán su existencia, su penitencia, su paso por este mundo.

No se va a quitar de en medio porque entonces habrían ganado y al menos esa pequeña batalla la quiere sentir como una gran derrota para ellos, pues allí, en la cárcel de mujeres, por mucho que se empeñen, no van a poder entrar y menos por la noche, en la oscuridad, como les gusta acercarse a sus víctimas y hacer las cosas.

Comprueba a menudo si los barrotes son bien firmes, no vaya a ser que tengan algún resquicio por donde puedan acceder. Pero no. Sonríe con satisfacción cada vez que escucha el cierre automático de las puertas, la sirena que indica que está todo sellado, bien aislado del mundo, del bien y, sobre todo, del mal, pues jamás podrán entrar dentro de esa prisión, donde la tienen, además, en la zona de máxima seguridad por aquello de ser una asesina de niños.

Hace poco le preguntaron si quería cambiar de módulo, puesto que en otro había más africanas y consideraban el aislamiento que ella padecía como algo propio de su cultura. Pero se negó en redondo con la cabeza y la mirada clavada en el funcionario de

prisiones, que sintió escalofríos y miedo a la brujería y la magia negra que circulaba sobre ella y puso en su informe que no procedía el cambio por el aislamiento voluntario de la presa. La frase no la entendieron ni el superior ni la junta de valoraciones, pero como no tenían ningún escrito de ella, ninguna queja nimia, ni siquiera las típicas de manchas en la almohada, comida indigesta y cosas así, cerraron el expediente hasta nueva orden.

Zuima vive tranquila en su módulo y en su celda. Nadie desde fuera lo podría creer, pero por fin ha encontrado la paz exterior.

Por las noches, cuando apagan las luces y se oyen los ruidos de los cierres de seguridad de todas las celdas, de la verja del patio de fuera y de las verjas interiores y queda todo cerrado, ella se abre. Abre su mente y ve a sus hijos, les habla, les canta bajito, y la presa de al lado tiembla de miedo pensando que está haciendo algún conjuro de magia negra y le reza, también bajito, a la Virgen de Tecla para que esa negra pare ya con sus cánticos. Luego Zuima juega mentalmente, en silencio, con sus niños, les enseña cosas, leen un cuento, salen al parque, van a veces al cine y ella les compra palomitas con refrescos que se beben de un trago en los anuncios previos y en mitad de la película, claro, tienen ganas de hacer pis y ella los acompaña al baño, así que se pierden una parte de la trama; luego vuelven y piensan en lo que ha podido pasar, para coger otra vez el hilo de la historia. Y se dan la mano cuando lo averiguan.

Tras salir del cine, si no es muy tarde, se van al Retiro a montarse en una barca y echar a los peces del lago trocitos de pan de los bocadillos de queso y algún cromo que se les cae sin querer y que también se comen esos seres gigantes que habitan esas aguas sin tener miedo de los humanos, como a Zuima le habría gustado vivir.

Después ella les canta hasta que se duermen, como le cantaban su madre y su padre mientras hacían en la olla las mazorcas con pollo que a ella le encantaban, aunque se quedaba dormida antes de poder comérselas.

Cuando por fin se duermen, Zuima se queda en silencio a su lado, oliéndoles el pelo, sus cuerpos, sus respiraciones. Les toca la cabeza, les acaricia la carita, les da la mano o los abraza por la cintura y se quedan los tres en posición fetal.

Su compañera de celda, mientras tanto, ronca, pues la negra ya no canta y la Virgen de Tecla vela sus sueños porque le ha prometido que si sale de allí viva y esa mujer negra no le lanza un conjuro ni le pone alfileres en un muñequito, jamás volverá a trapichear con cristal ni con nada que sea demasiado elaborado.

30

Él la quería. La quería muchísimo. Se enamoró de ella desde el instante en que la vio parada en mitad de la acera, a casi cuarenta grados al sol, sin moverse hacia delante ni hacia atrás, sujetándose la cintura como si fuera a romperse en dos, con cara de apuro, la mirada al frente, el mentón alto, esos hombros elegantes y esa pinta de no sé qué hago pero aquí estoy, oteando el horizonte, a ver si vislumbro alguna solución.

Él supo que era ella. Habló tres palabras y lo supo. Sabía cuánto le gustaban las mujeres, antes, durante y después. Pero ella era especial. Y el día de su boda se juró fidelidad sobre todo a sí mismo, para no perder nunca a aquella mujer increíble.

Lo peor es que la perdió, una vez muerto, sí, pero la perdió.

Ahora vaga por la casa de la madrastra de Ricardo y lo sabe.

Maldito sea el día en que se fijó en el culo de su ayudante. Maldito el día en que se compadeció de sí mismo, de su mala suerte, de lo odiosa que se estaba volviendo su mujer con tanto hijo y tanto estrés. Maldito el día en que invitó a su ayudante a comer, un viernes, con la tarde vacía de trabajo y llena de tiempo para pecar, para sucumbir. Ella, que le dijo que estaba tomando la píldora, y él, tan contento, pues hacía mucho tiempo que no lo hacía sin condón, ya que Celia no quería tomar anticonceptivos porque le engordaban y le salían granos, porque Celia no.

Tan contento, pues desde que se casó, vamos, desde que conoció a Celia, no había tocado a ninguna mujer y que, total, por una vez

no pasaba nada, que la crisis de los cinco años de casados pasa factura siempre, que solo será una vez, que nadie se va a enterar, que así seguramente recuperaría la pasión por su mujer, que...

No calibró que la otra se enamoraría de él y que después le explicaría llorando, una mañana al cabo de un mes de aquel viernes por la tarde, que ella lo quería, que cómo no se había dado cuenta, y que estaba embarazada. Que, por supuesto, no abortaría ni nada parecido y que quería a su hijo reconocido, bien reconocido, porque se sentía una estúpida por haber confiado en él, haberse entregado y darse cuenta luego de que para él solo fue un simple polvo.

—Pues te vas a tragar el polvo y vas a reconocer a este hijo o tu mujer recibirá la demanda de paternidad —le soltó sollozando y gritando a la vez.

Y él:

—Yo nunca te prometí nada, ni siquiera te dije palabras bonitas, aquello fue lo que fue.

—¿Lo que fue? —gritó ella—. ¿Eso qué significa exactamente?

Y él:

—Pues eso. No te pongas así, mujer. Yo lo entendí mal, soy un estúpido. Pero no te preocupes, que no te voy a dejar tirada. Reconoceré al niño, me haré cargo, pero, por favor, deja de gritar.

A él, ella le estaba taladrando su vida. Se sintió estúpido. Absurdo.

Meses después, cuando cruzó apresuradamente la calle por el medio, como siempre hacía, como si tuviera prisa, para qué un paso de cebra, para qué un semáforo, y vio la moto venir directamente hacia él, con esa velocidad que te da la curva tras una buena recta, con ese rugido de tubo de escape nuevecito, no le dio tiempo a pensar «no dejo tres hijos, sino cuatro». No pensó en nada, se murió y ya está.

Celia tenía razón. Una vez más, tenía razón: uno se queda por aquí vagando cuando hay temas sin resolver. Pero, claro, en la casa familiar ya vivían dos, la abuela y Ricardo. El mismo Ricardo lo mandó con cajas destempladas a la casa de su madrastra, que él ya se estaba ocupando de Celia y que no pretendiese instalarse allí, después de lo que ella estaba llorando su muerte y lo que habría de averiguar de la otra más tarde. Porque Ricardo, como buena ánima que vaga por el mundo terrenal, ya había tenido acceso a esa información y sabía que, tarde o temprano, aquello sería descubierto. Por eso lo trató con desdén, aunque al menos le dio un sitio en el que estar hasta que pudiera resolver sus cosas.

La madrastra de Ricardo vive y lo nombra constantemente. El de las fresas se queda perplejo al ver cómo una no madre puede querer tanto a un no hijo. Cada amiga que va de visita o la llama por teléfono se lleva siempre un trocito de esa vida de esa madrastra de joven, cuando se enamoró del padre de Ricardo, cuando el padre se separó y se fue con ella, cuando empezó a tener los fines de semana a Ricardo y a sus dos hermanas en su casa, su casa de soltera, sin ningún juguete, sin ningún cuento, sin ningún champú que no picara los ojos. Cuenta que poco a poco se fue encariñando de esos niños, sobre todo de Ricardo, que alababa sus lentejas, leía con ella poemas de Machado, pintaban caracoles y soles por detrás de las facturas de la luz, de los recibos del supermercado y en alguna de las paredes de su piso, y cómo ella, sin darse cuenta, fue metiendo en su casa, su casa de soltera, cuentos infantiles, un miniparque de bolas y el jabón Nenuco, el de toda la vida, el que huele a bebé y el que de vez en cuando todavía compra para acordarse de su Ricardo.

Pero su Ricardo creció y finalmente, en la adolescencia, los dardos de su madre contra su madrastra hicieron mella, abrieron herida, que se infectó y no llegó a supurar nunca, hasta que Ricardo se

quitó de en medio y entonces fue cuando ella, su no madre, se enteró de que él llevaba mucho tiempo malviviendo como un indigente, buscando quién sabe qué, y si ella lo hubiera sabido, habría ido a verlo con un táper de lentejas y un buen ejemplar de *Campos de Castilla*.

Pero nadie se lo dijo, porque el padre ya había fallecido, las hermanas de Ricardo no le hablaban desde la adolescencia y su madre, la que los envenenó a todos contra ella, había terminado en una residencia sin que nadie fuera a visitarla, pues las hermanas se hartaron de su odio. Ricardo, por lo visto, solo salía para recoger basura o pasear a sus perros, sin alejarse nunca más de dos manzanas de su casa.

Ahora se contenta sintiéndolo jugar con la espuma de su bañera, se forman olas cuando ella está dentro completamente quieta, o cuando se deja puestas las llaves de la casa, de su casa de soltera y, desde hace muchos años, de viuda, de viuda del padre de Ricardo, con el que al final se casó, se casó sin que ningún hijo adolescente fuera a la boda, porque ya estaban todos envenenados por la otra. Entonces, de pronto, un golpe de viento mueve la hoja de una ventana y ella oye el tintineo de las llaves puestas y le da tiempo a quitarlas antes de cerrar ese mastodonte de puerta que habría que tirar abajo para poder entrar en el caso de que las llaves la bloquearan.

De vez en cuando siente a otro u otra también por allí y se imagina que será un amigo de su Ricardo, algún otro suicida buscando en ella una madre, así que trata de comportarse en su propia casa, su casa de soltera y ahora de viuda, como una persona tranquila y equilibrada para darle a ese espíritu un poquito de sosiego.

31

El comisario se quedó con su mirada desde el primer día. Esa mirada perdida. Se ha quedado prendado también con sus hombros: huesudos, finos, elegantes.

Piensa en llamarla para cualquier tontería; y así, a lo tonto, lleva dos meses suministrándole información del caso que no debería facilitar, y menos a la abogada de la imputada.

Mañana han quedado a comer.

Él le ha dicho:

—Tengo algo que creo que puedes utilizar. Nosotros no podemos. No es nuestro papel y prefiero decírtelo en persona.

Y ella le ha contestado:

—Pues quedemos a comer, que no tengo otro momento y no quiero dejar pasar ni un día más sin hacer algo con este caso. Me está volviendo loca, nunca tuve otro así. Esto me supera, ya no puedo más.

Luego ella cae en la cuenta de que está hablando con el comisario y no con su madre. Que al comisario no debe decirle que ya no puede más, que eso se lo dice a su madre, y a su abuela, y a Ricardo, pero no a ese señor que es tan amable y que se ha portado tan bien con ella desde el principio. Espera que no malinterprete lo de quedar a comer, pero es verdad que no tiene otro momento. Su rutina diaria empieza dejando a los niños en el colegio, desayunados, peinados y con las mochilas dispuestas; después se va al despacho, come lo que sea cuando sea y recoge a los niños a su

hora de salida. Por las tardes hace la compra, cocina, los ayuda con los deberes y termina con los baños, las cenas, los cuentos y el rezar el *Jesusito de mi vida* y por papá. En esas tardes muchas veces atiende llamadas de clientes encerrándose en el baño, para que no oigan las risas o las conversaciones infantiles y piensen «mira esta, que no está en su despacho; si así atiende por teléfono, cómo atenderá los casos».

Realmente no recuerda muy bien cómo es el comisario, pues, salvo el primer día, siempre han hablado por teléfono o por *email*, no en persona.

Le da apuro decírselo, así que quedan en su restaurante de siempre, el de su despacho. Reserva a su nombre y le dice al camarero que contesta al teléfono: «La mesa de siempre, por favor», para llegar diez minutos tarde y saber que el señor que esté sentado en su mesa de siempre será el comisario.

El día de la cita él se queda sin aliento cuando ella entra por la puerta. Piensa que es preciosa, sí, es preciosa y tiene en la mirada un matiz de asustadiza, o perdida, o de medio loca. Se imagina que su vida debe de ser complicada y se pregunta dónde va él con esa mujer, con tanto niño y tan reciente lo del difunto.

Ella otea el horizonte disimulando y ve en su mesa al comisario. Ahora sí, ahora lo reconoce. Alza la mano y sonríe forzadamente para saludarlo.

Comieron hablando de todo y de nada. El comisario no se atrevía a hacerle ninguna pregunta de carácter personal, «cómo están tus hijos» o «cómo lo llevas», de modo que le preguntó por el despacho y sus especialidades, mientras valoraba el rodaballo exageradamente, para disimular el alborozo que le producía que ella le contestara cualquier cosa que no tuviera que ver con el caso.

Celia le dio las gracias varias veces por tanta molestia y preocupación por el asunto. Por sus correos y sus llamadas informativas. Él se disculpó diciendo que para ellos también era un caso extraño, que, al fin y al cabo, son humanos y tratan todos los días con muchos delincuentes y no todos son iguales. Que él supo desde el principio que Zuima no era una asesina a sangre fría con el perfil de psicópata. Todo lo contrario. Le dio la sensación de que había cumplido con algo, no tenía ni idea de qué, pero que lo hizo por el bien de sus hijos y que ya se sentía en paz en la tierra, a pesar de saber que iba a pasar el resto de su vida entre rejas. Que era como si existiera un mundo paralelo en el que ellos jamás podrían entrar para tratar de entenderla.

Con el café ahondaron en el asunto, aunque a él le hubiera gustado cogerle la mano y decirle: «Tranquila, Celia. A partir de ahora, yo, si quieres, te voy a cuidar, a mimar, pues necesitas un hombro donde apoyarte, y yo te dejo mi cuerpo entero si hace falta».

Pero no dijo nada, ni siquiera estiró la mano hacia la de ella, que yacía ladeada a la derecha, mientras la izquierda empuñaba el bolígrafo para anotar en su cuaderno aquello para lo que el comisario la había citado.

El comisario le dice que hay algo que no le cuadra de Zuima y sus amigas, pues resulta que una de ellas tiene el mismo apellido, que, como bien sabe, solo tienen un apellido, así que es raro que coincida por dos motivos: no son hermanas y el apellido Winston no es común en Mozambique.

—Es como si vinieran de allí con apellidos falsos, pero he comprobado su documentación y está todo en orden, es decir, que no hay ninguna irregularidad en sus pasaportes. He solicitado al consulado que me aporten sus expedientes y también está todo

bien, no se hace constar nada raro. Cada una nace en un pueblo y en una fecha distintos y, aunque no vienen los nombres de sus padres, aparece ese apellido en las dos. A mí eso me mosquea, Celia.

Mientras se lo dice, la mira directamente a los ojos, no para ver si ella reacciona de alguna manera a esa información, sino para comprobar si se estremece con su mirada, si le llega esa luz cargada de deseo, si pudiera ser.

Pero Celia no percibe ninguna luz. Lleva meses de profesión culpable, como se dice a sí misma, y solo trabaja y hace de madre, hace de madre y trabaja, y, como mucho, se toma un café con una amiga y despotrica del de las fresas o habla los sábados por la noche con Ricardo, con una copa de vino en la mano, cuando los tres hijos duermen el sueño de los justos y alguno de ellos sueña con su papá. Hasta las escenas del hotel de Albacete se le están desdibujando.

En una milésima de segundo, Celia cree percibir que la mano derecha del comisario, que está sobre la mesa, avanza hacia la suya, que reposa tranquila a escasa distancia, y se estremece un poco, pero, cuando va a dar un brinco y a retirarla, la mano del comisario barre suavemente varias miguitas de pan del mantel y, en otra milésima de segundo, Celia se olvida de las manos y del estremecimiento y vuelve a meterse de lleno en la conversación.

Celia le dice que ella también lo va a investigar. Que en esos países pasaron muchas cosas cuando esas niñas eran pequeñas, que aún siguen pasando cosas, y a ver si ahí va a estar la explicación.

—En estos años me he dado cuenta de que, a veces, lo que parece claro no lo es y que, por mucho que nos empeñemos en elaborar una hipótesis y defenderla, en ocasiones la verdad está en otro sitio totalmente inesperado. No sé si recuerdas hace años el

caso de una chica que desapareció sin dejar rastro y el último que la vio era un exnovio huraño y complicadillo.

—Sí, sí, lo recuerdo perfectamente —miente el comisario solo para que ella le siga hablando, contando sus cosas, compartiendo confidencias, en esa hora del postre que a él le está resultando tan deliciosa como la pinta de la tarta de hojaldre con crema que se ha pedido y que aún no ha probado, por no perderse detalle.

—Pues ese caso lo llevé yo. Estaba convencida de que había sido el novio, que mintió en su coartada y que, además, no había aceptado la ruptura y era frío en sus declaraciones en el juicio. Pero lo declararon inocente por falta de prueba de cargo suficiente, ¿te acuerdas?

—Sí, sí. ¿Eras tú? Madre mía, qué casualidad, con lo que seguí de cerca ese caso... —vuelve a mentir esperanzado de que aquellas coincidencias lo pudieran llevar a algo más con ella.

—Pues hoy, en breve saldrá en la prensa y en todos los medios, ha aparecido el cuerpo de una chica en un pantano cuando ha bajado el agua. Por el tiempo que ha pasado, la edad y algunos otros datos, podría tratarse de mi desaparecida. Junto al pantano había un desfiladero de buitres. Resulta que ella era muy aficionada a fotografiarlos, porque estaba enamorada de esos pajarracos. Su madre me contó que le alucinaba que se comieran la carroña de los demás limpiando bosques y valles y, además, que tanto el macho como la hembra cuidasen de sus crías compartiendo la crianza.

—Qué interesante, Celia. No sabía eso de los buitres. —El comisario se desvía del tema imaginando a esos bichos meciendo juntos bajo el ala a los polluelos, como a él le gustaría mecer a Celia y sus retoños.

—Pues con todos esos datos, ahora estoy casi segura de que ella se fue a hacer fotos aquella mañana y el único fallo que cometió fue

no decírselo a nadie. Vería un buen buitre de cerca para ampliar con su *zoom* y se cayó por ese desfiladero, se despeñó, se mató y el pantano ha ocultado todos estos años su cuerpo bajo las ramas y las piedras hasta que ha bajado tanto el nivel del agua por las pocas lluvias, que ha salido a la superficie. Si no fuera por un incidente meteorológico, seguiría pensando en el exnovio culpable y ahora...

—Pues entonces, más tranquila tienes que estar. Peor habría sido que lo hubieran condenado por tu excelente trabajo de abogada y años después hubiera ocurrido esto, ¿no te parece? —Y al decirlo, alarga un poco la mano como para intentar una caricia de consuelo, pero se arrepiente y acaba alisando el mantel con los dedos.

—Pues sí, dicho así, mucho mejor. Pero eso me ha llevado a pensar que a lo mejor en lo de Zuima no tenemos ni idea de por dónde van los tiros, en qué dirección mirar, dónde está la causa, qué se nos está escapando. Me alegra saber que estás de mi parte, mostrando tanto interés en el caso. Te lo agradezco de veras.

Lo dice tomándose el último trozo de su flan con nata, mientras el comisario piensa que ojalá el flan tuviera la cualidad del infinito.

32

Zuima está sentada en su celda. Ella, que se quería haber comido la vida y la vida se la comió a ella.

Recuerda cuando tenía ocho años y llamaron de noche a su puerta. Recuerda nítidamente todo lo que vio y que estuvo escondida un día entero en su despensa camuflaje. Hasta que vinieron los de Cruz Roja o Manos Unidas o no sabe qué, pero tenían puestas una especie de batas y le decían muy buenas palabras. Que vengas con nosotros, que no te va a pasar nada, que qué niña tan valiente y tan buena, que metas en esta bolsa lo que quieras llevarte. Ella solo quería a su madre y a su padre, pero no lo pidió, porque había visto claramente cómo los mataban y sabía que no podían volver. Además, pensó, no cabían en la bolsa que le habían dado.

En su celda, Zuima piensa que todo esto va a volver a ocurrir, pero que a ella, ya no. Que sus hijos no verán cómo la degüellan, o la violan, o le mutilan los brazos y las piernas. Y ella tampoco va a ver cómo se matan entre ellos o cómo mueren lentamente, porque ellos murieron con dignidad y en paz. En un mundo, maldito sea, en el que no cabe otra cosa que morir enfermo, morir abruptamente o que te mate tu madre con un montón de caricias y besos.

Porque, aunque la policía se crea que ella estaba recogiendo la cocina mientras sus hijos estaban agonizando, eso no ocurrió así. Ella estaba con ellos, cubriendo de besos sus caras y sus cuerpos, hablándoles bajito, cogiendo sus manos, sintiendo cómo escapaban

sus últimos latidos entre las yemas de sus dedos. Y con la luz encendida, para que no tuvieran miedo de la oscuridad.

Por eso, cuando la policía llegó, ella acababa de empezar con la faena de la recogida. De ahí el grifo abierto. Tan abierto que se olvidó de él. Y las luces encendidas. Todas las luces. Para que no llegaran, para que no les diera tiempo a llevarse a sus hijos antes de que sus hijos se fueran solos. Con las luces encendidas ellos no entran, son cobardes; los machetes y los cuchillos brillan solo en la oscuridad, no les sacan partido con la luz encendida.

Cuando comprobó que ya no tenían latido, marcó el teléfono de la policía.

Lo tenía todo ensayado, sabía perfectamente lo que iba a decir y cómo. Porque ella no había matado a sus hijos. Sencillamente, sus hijos estaban muertos. Porque así tenían que estar. Porque ya estarían camino de otro lugar, para jugar con sus abuelos maternos, que los estaban esperando en un sitio donde su abuela les contaría historias de impalas y gacelas y donde el abuelo no les tendría que construir ninguna despensa escondite.

—Comisaría central, ¿dígame?

—Buenas noches. Vengan, vengan enseguida. Mis hijos están muertos.

—¿Cómo?

—Vengan enseguida.

—Señora, ¿es un accidente?

—Están muertos.

—¿Está segura?

—Los niños

están

muertos.

33

Khady, la amiga de Zuima, va a visitarla a la cárcel. Se ha quedado con la copla de la abogada: «Yo, si ella no colabora, no puedo hacer nada por su defensa».

Son del mismo pueblo. Sabe que mataron a sus padres delante de sus narices. A los suyos también, pero a ella sí la vieron y la violaron hasta darla por muerta. Después aparecieron unos hombres y unas mujeres buenos, con bata, y se la llevaron para curarla. Cree recordar a Zuima en ese mismo autobús. Luego la conoció en el centro, cuando pudo volver a andar y a hablar. Mientras olvidaba, Zuima le contaba historias de impalas y gacelas, que seguramente le había contado su madre. Juraron ser primas para siempre. Hasta el apellido se cambiaron para coincidir. Total, nadie iba a reclamar el apellido de ninguna. Vieron a uno de los cooperantes blancos con una cajetilla de cigarrillos y se cambiaron el apellido a Winston, que les sonaba muy bien.

Rellenaron juntas una tarde sus fichas de identificación con sus fotos en blanco y negro y se pusieron ese apellido. El cooperante les sonrió cuando le entregaron los folios y les aseguró que muy pronto encontrarían a sus familias.

—Zuima, creo saber qué te ha pasado —le dice a través del cristal del habitáculo de la sala de visitas.

Zuima, con la cabeza baja, le reprocha:

—Que no vengas, que no vengáis nadie, que no quiero saber nada, que no quiero hablar.

—Zuima, creo que le voy a contar a tu abogada lo que nos pasó, para que ella se lo cuente a tu psiquiatra y se lo digan al juez y vean si, quizá, tú estabas protegiendo a tus niños.

—Cállate, no los nombres. No existen. No debieron existir nunca. Aquel hombre me engañó, me dijo que se ponía el preservativo. Y yo le creí. Luego vino el embarazo y, encima, doble. Doble preocupación. Doble muerte, doble violación, ¿te imaginas? Todo doble.

—Y doble amor, que siempre nos lo decías.

—La culpa es de él, que me mintió, y de los rituales con sangre de gallina, que no sirvieron para nada.

—Estás mal, Zuima. Estás loca. Estás loca por lo que nos pasó. Tengo que contarlo.

—Lo negaré. No diré nada. No lo puedes demostrar. Acuérdate de que nos cambiamos los apellidos. Diré que estás loca, que quieres fama. Te expulsarán de este país y te llevarán allí de nuevo, con tu apellido de verdad, y no podrás volver a este continente, porque ya tendrás toda tu falsificación para siempre en tu expediente.

—Zuima, pero ¿por qué? Aquí no iban a llamar nunca a nuestra puerta. Aquí eso no pasa. Ya no pasa.

—Sí, va a pasar, y muy pronto. Ya lo verás. Se están acercando. ¿No oyes acaso sus pasos?

Pero esa abogada entrometida no ha parado hasta que se ha dado cuenta, piensa Zuima. El otro día fue otra vez a la cárcel y le soltó a bocajarro:

—Ya sé que dejaste la luz encendida para protegerlos y para que no tuvieran miedo. Y que siempre se dormían con la luz prendida, para que pudieran escapar si pasaba ese algo que tanto temes. Por eso tu recibo del suministro eléctrico es tan elevado. También sé que nunca quisiste hacerles daño, por eso mezclaste el veneno con los

ansiolíticos y estudiaste bien la composición para que se fueran soñando, sin dolor. Ah, y creo que al principio intentaste protegerlos con hechizos o brujerías de tu país, que seguramente compraste muchos libros que tiraste a la basura cuando decidiste cómo sería el final, pero se te olvidó uno, uno chiquito al lado del teléfono que te delata, Zuima, que toda tu librería es de cuidados infantiles y eso también te pone contra las cuerdas, que tú no eres una asesina a sangre fría, que tiene que haber algo, que tiene que.

—No sé de qué me hablas, Celia. Y ya te he dicho que no voy a hablar de lo ocurrido.

—Me da igual que tú no hables. Esta vez no espero nada, esta vez he venido a hablarte yo.

La miró directamente a los ojos, ojos de viuda frente a ojos de asesina, ojos de madre a madre, de cuencas vacías que se unen en caídas con desfiladeros de los que solo Dios sabe cómo salir de allí.

—Dejaste la luz encendida para que no tuvieran miedo al estar durmiéndose profundamente con el veneno y los ansiolíticos y para protegerlos de algo tuyo que vete tú a saber qué será, pero que deberías contarlo, aunque sea en una carta, porque vale que pasarás muchos años encerrada porque has matado a tus hijos, pero no es lo mismo homicidio que asesinato ni es lo mismo que te encarcelen a que te metan en un psiquiátrico de donde no puedas salir, pero donde intenten ayudarte.

—Las batas blancas de aquí no sabrían.

—No sabrían si no les dejas, o a lo mejor sí sabrían, qué más da. Estarás en un hospital y no en una cárcel. Rodeada de personas que, como tú, perciben la realidad de forma diferente, y no de presas que te tengan miedo y a las que tú temas, y te tratarán como la madre homicida y no como la madre asesina. Imagínate la diferencia. Solo por hablar. Y si no puedes hablar, escríbelo.

Escríbeme una carta dándome permiso para aportarla al procedimiento, o escríbele al psiquiatra, o a tus amigas.

—¿En esos hospitales hay rejas en las ventanas, puertas que se cierran herméticamente y control de seguridad como aquí?

—En la zona para condenados, sí. Pero qué más da, Zuima. De allí tampoco podrías salir, qué más da que allí tengas rejas o cierres herméticos. El caso es que, aunque parezcan sitios iguales, son distintos, de verdad.

—Tú lo que quieres es una prueba, buscas pruebas para poder saciar tu mente defensora, porque, como siempre dices, sin prueba no hay verdad que valga. Y yo no te voy a dar pruebas de nada, Celia. Pasó lo que pasó y ya está. Así que ¿algo más o ya me puedo marchar?

—Qué soberbia eres, Zuima, hija. Por favor, piénsalo. Sé que lo harás. Dejaste las luces encendidas para protegerlos de su miedo y del tuyo. Y el grifo estaba abierto, te olvidaste de cerrarlo porque no estabas recogiendo alegremente la cocina, estabas con tu mente en esa habitación y con todos tus sentidos puestos en otra cosa, en eso de lo que los querías proteger. Esas son mis pruebas y sé que son reales, pero no puedo ir a ningún tribunal con eso, porque son solo mías, no dan para exponerlas en un juicio. Por eso te pido una especie de confesión o justificación, para ti, para mí, para ellos, para tus niños incluso, que puede que estén preguntándose en el más allá qué pasó. Nunca sabemos qué pasa de verdad con los que se mueren. No me interesa una sentencia absolutoria ni condenatoria. Ya qué más da si tú misma no quieres defensa. Es por otra razón, porque quizá yo pueda hasta comprenderte, pero sobre todo por ti misma y los tuyos. Y sobre todo porque, porque, por... —se atasca la abogada.

—¿Por?

—Porque puedas perdonarte por lo que hiciste.

Zuima calla y la mira. Se acuerda entonces del grifo abierto y no puede entender cómo esa abogaducha de tres al cuarto ha llegado a saber todo eso. La mira intentando que sus ojos le hablen de agradecimiento por haberla entendido, pero no sabe si Celia lo llega a captar.

—Y si de verdad estás tan loca como para matar a tus hijos por protegerlos de algo, es el acto más grande de amor que jamás se ha hecho por unos hijos. Pero eso solo lo entiendo yo así, bueno, yo y Ricardo, que es el que me ha ayudado a darme cuenta de lo de las luces encendidas y los grifos abiertos.

Ni Celia ni Zuima conocen el motivo por el cual Ricardo ha dedicado su vida de muerto a desvelar esas pistas tan importantes. Zuima nunca sabrá lo que Ricardo le había agradecido en vida, cada vez que llamaba a la residencia para preguntar por su madre, que esa voz de mujer negra, entre melosa y silbante, le contara cómo estaba e incluso le narrara una breve conversación en la que la madre lo había nombrado, acordándose de él cuando era pequeñito y hacían tortitas juntos los domingos por la mañana. Ricardo no traspasaba las dos manzanas de su casa porque no podía, no se lo permitía su mente manipulada por la locura o el sinsentido, y la residencia estaba a más de cinco. Pero sentía que tenía que cuidar de su madre y las llamadas a esa mujer le habían dado una especie de paz, porque le redimían de sentirse mal con quien le había dado la vida, esa vida que ahora se quería quitar sin pedirle permiso.

Celia se va. Coge sus bártulos, la mira por última vez y se va. La deja allí, en la sala de visitas, temblando, con los ojos anegados en lágrimas que intenta ocultar para que el guardia no la vea llorando, con la cabeza a mil por hora, pues de pronto se ha sentido reconfortada por primera vez desde que batió aquellos puerros junto

con el veneno y sabe que sí, que fue un acto de amor, que nadie jamás la va a comprender, pero que sí, que mejor con los batas blancas, a los que ya conoce, que con esas reclusas que rezan a sus vírgenes de pueblo pero que son capaces de matarse entre ellas por un poco de marihuana.

Además, ellos tampoco podrán llegar allí si, como dice la abogada, tiene en su ventana las benditas rejas, y las puertas de seguridad que se abren y se cierran con el control, y la sirena que pitaría en cuanto ellos se acercaran.

Le pide un folio al guardia. «Un folio, por favor, y un bolígrafo», y comienza a escribir. En ese mismo momento, Ricardo, que estaba tan tranquilo tumbado al sol en la terraza, siente un empujón hacia arriba, siente que se eleva y empieza a ver que deja atrás la terraza, ahora el edificio, ahora esas nubes, y se va acercando al sol y sabe que enseguida va a estar desnudo delante de Dios. Grita «¡llévame ya contigo!» y se envuelve de un gozo absoluto, porque lo que tenía pendiente por hacer en este mundo ya está hecho. Su última visión antes de la luz total es ese folio escrito por Zuima con letra de niña, letra redonda y clara, letra inocente. En su mente de muerto escucha por última vez la voz de Zuima, entre melosa y silbante, leyéndole su carta:

Para quien lo quiera leer:

La señora abogada me pide que escriba por qué hice lo que hice, pues se ha dado cuenta de que no puedo decir en alto y escuchar, con mi propia voz, mi propia historia.

Todo empieza en mi país, donde conocí el peor infierno que existe, porque, una vez que lo ves, no puedes salir jamás de él.

En mi tierra habitan seres que, movidos por intereses inexplicables, secuestran niños por las noches para que no puedan huir y los adiestran como «valientes» soldados. Para inducirles ese supuesto valor, deben matar a

miembros de su familia o amigos de su pueblo. Si no lo hacen, son torturados y, después, asesinados por otro niño que está en la misma situación. Luego, te llevan lejos, al bosque, para que no sepas volver.

Yo vi cómo mataban a mis padres y me escondí, y, desde entonces, los seres me están buscando.

Aquel día fue como si caminara por la orilla del río y mi sombra tocara el agua y la engullera un cocodrilo. Todos sabemos que no se puede vivir sin sombra.

Después, estuve en un sitio donde se refugiaron muchos niños y niñas que habían entrado al infierno también. Algunos sueñan todas las noches con los nombres de los que han matado. Ninguno puede volver a su pueblo. A todos se los habían llevado en la oscuridad.

Ahora, aquí, los seres están llegando. Los he visto y he tenido que poner a mis hijos a salvo.

Ellos nacieron dos, pero eran una sola alma. Por eso, si uno tiene que matar al otro, ninguno lo hubiera hecho y habrían muerto torturados.

Decidí ser un bosque seco que no engendrara, un espíritu sin libertad, un pájaro sin alas, una cosa sin cuerpo. Pero llegaron mis niños. Entonces empecé a ser una madre y llegué a ver estrellas en el cielo y a sentir el aire que respiraban y las caricias de sus manos.

Pero los seres están llegando y empecé a vivir con una angustia más grande que el terror y ahora en el cielo solo escucho truenos, veo tempestades, y el sol no me aporta luz ni me calienta.

El hogar no los protege, los exhibe. Pero yo los he resguardado. Ahora su alma sigue viva y ellos están juntos, con mi sombra que los cobija.

Estoy con ellos en el magara y estamos a salvo, porque allí a los señores del infierno no los van a dejar entrar jamás.

Lo tuve que hacer porque están llegando. Esta guerra no se va a terminar nunca, porque siempre existirán intereses inexplicables y niños en el mundo.

Al menos los míos estarán siempre con la luz encendida.

EL PORQUÉ

Están llegando.

Ella lo sabe. Va guardando año tras año los informes de distintas organizaciones internacionales y todas coinciden en lo mismo: el número de niños soldados aumenta. Y no solo en África. En un montón de sitios más.

Paga la cuota que puede a esas organizaciones suplicando que quizá, entre todos los hombres y mujeres de esos países, pudieran entrar en el suyo y arreglar la puerta del infierno y que se cierre para siempre.

Pero año tras año ve que no pueden, que ni siquiera saben que allí hay una puerta al averno.

Por eso ella nunca quiso tener hijos. Porque sabía.

Pero aquel desgraciado la lio y, encima, le hizo dos de golpe. Después de llorar muchísimo cuando se enteró, la verdad es que hubo un tiempo en que llegó a disfrutar con su vida. Descubrió un amor más poderoso que la muerte. Por eso sabía. Sabía que estaban llegando y que ella tenía que proteger a sus gemelos.

Cuando aquellos hombres y mujeres de blanco la metieron en el autobús, miró por última vez su casa y vio el charco, ya seco, de la sangre de sus padres en las escaleras, apretó la mochila contra su pecho y se quedó de pie en el pasillo, porque no tenía fuerzas ni para sentarse. Y delante estaba Awa, como ella de pie, toda llenita de sangre, también seca, como el charco de sus padres.

Awa no miraba realmente, tenía la mirada perdida como hacia dentro, hacia las cuencas de sus ojos.

Zuima lo supo. Supo que a esa niña le había pasado algo aún peor que a ella, que, al fin y al cabo, pudo esconderse en la despensa y tenía la ropa llena de su propio pis, que no pudo contener allí dentro, pero no de sangre, de la sangre de nadie.

En el centro no se hicieron amigas hasta muchos meses después, pero las pusieron a dormir juntas porque habían llegado en el mismo autobús.

Las noches se volvieron terribles y eternas.

Awa chillaba y chillaba: «¡Están llegando, están llegando!».

Al principio, los cuidadores hacían turnos para dormir cerca de ellas, para que sintieran que no iba a pasar nada, que nadie iba a secuestrar a Awa y llevarla al bosque desde donde ella gritaba que no podría volver, porque no se sabía el camino.

Pero con el tiempo la dejaron por imposible, porque había muchos más niños que chillaban y todos se acostumbraron a sus gritos.

Una vez, un voluntario les contó que en los países del norte de Europa, de donde él era, durante muchos meses al año el día no oscurece y siempre hay luz. Awa quiso que la llevara con él. Awa odiaba la noche, porque estaban llegando, siempre estaban llegando, y ella oía sus pisadas y sus voces y gritaba.

Muchos meses después, en esos talleres donde bailaban y hacían dibujos, cuando Zuima y Khady le dijeron que se pusiera el mismo apellido inventado que ellas, que así serían hermanas toda la vida, Awa se derrumbó.

Al principio les gritó que no quería tener hermanas, que ella ya tenía un hermano.

Luego lloró sin consuelo durante todo el taller de pintura y dejó su bonito dibujo empapado de lágrimas y con la tinta corrida.

Después se sentó en una esquina del patio y volvió a poner la mirada perdida hacia dentro, hacia las cuencas de los ojos, como recordaba Zuima haberla visto el primer día en aquel autobús. Entonces Zuima comprendió y le dijo a Khady que tenían que hablar con ella. Se acercaron, la cogieron de las manos, se acercaron más, la abrazaron y se estrecharon las tres como en un puño y se acunaron juntas.

Entonces Awa contó.

Contó que tenía un hermano mellizo, su hermano del alma. Que se querían muchísimo. Que siempre estaban juntos y que, si se separaban, cada uno sabía lo que le estaba pasando al otro. Como magia. Una noche oyeron pisadas fuera de su casa y luego un golpe brusco contra la puerta, a su padre que grita y su madre que va a buscarlos, pero la cogen antes. Entran unos hombres armados y les dicen que se tienen que ir con ellos a la lucha, al bosque.

Los sacan a los cuatro de la casa y un señor muy alto y muy fuerte se acerca y le da a cada hermano un cuchillo, los pone frente a frente y les dice: «El que mate a su hermano vivirá. Aquí queremos niños soldados, niños valientes».

Ninguno de los dos hermanos se mueve. El hermano de Awa se orina encima y ella puede ver perfectamente el charquito de pis bajo sus pies.

Entonces cogen al padre y les dicen que si no se matan entre ellos para ver quién es el soldado valiente, lo van a matar. Los niños rompen a llorar y a chillar; también creen oír alaridos de su madre.

Otro señor muy alto y muy fuerte dispara a bocajarro en la cabeza de su padre. El padre cae. Los niños chillan aún más y Awa tiembla tanto que se le cae el cuchillo al suelo. Pero a su hermano, no. Su hermano empuña su cuchillo y va directo a matar al hombre que ha disparado a su padre. Entonces los hombres se ríen y lo

sujetan entre varios, lo ponen frente a Awa otra vez y le dicen que, o lo mata ella, o ellos matarán también a su madre y a su hermano.

El hermano la mira, le sonríe, le dice: «Vamos, Awa, hay que salvar a mamá. Por favor, Awa, estaremos siempre juntos, nuestros pensamientos no se separarán nunca. Pero si matan a mamá, no estaremos más con ella. No me mires. Mira a mamá, coge el cuchillo y clávamelo sin mirarme. Tú eres valiente y ellos quieren niños valientes. Y mamá vivirá».

La madre grita que no, que la maten a ella, que los dejen vivir.

Awa no se mueve, no se puede mover. Entonces el hombre grande y fuerte que disparó a su padre avanza hacia su madre con la pistola en alto. Su hermano le grita:

—¡Ahora, Awa, por favor, ahora, vamos! ¡Siempre estaremos juntos!

Y Awa se agacha, coge el cuchillo y, mirando a su madre que grita sujeta por varios hombres corpulentos, introduce el cuchillo en el estómago de su hermano y siente su sangre caliente cubriéndole la mano y el brazo, mientras todos ríen y corean una especie de canción.

Parece ser que luego se desmayó y apareció ya en aquel bosque con más niños soldados. Nunca supo qué pasó con su madre. Ni siquiera cuando, años después, pudo volver a su pueblo. Nadie sabía nada de ella, ni si estaba viva o muerta. Como tantos otros.

Estuvo en ese campamento muchos meses viendo barbaridades, hasta que pudo escapar durante el asalto al poblado de Zuima. Allí la encontraron al día siguiente los hombres de blanco y la subieron a un autobús.

Awa les dijo a Khady y a Zuima que por eso ella no podía tener hermanos. Porque iban a volver a por ellas y las harían matarse.

Zuima oyó esto con ocho años y supo que jamás podría tener hijos, porque, si los tenía, los harían matarse por ser hermanos.

Porque están llegando, siempre están llegando.

EL FINAL

Celia se instala definitivamente en su nueva rutina de viuda, madre de tres hijos y abogada en ejercicio. Se apaña más o menos con la ayuda de sus padres, ocasionalmente de sus suegros y un par de canguros universitarias que son un encanto. Entre todo esto y el bendito teletrabajo, puede distribuir su jornada laboral entre el despacho para recibir clientes e ir a juicio y su casa para redactar escritos, demandas, recursos o contestar correos.

Las noches se le siguen haciendo muy largas, a pesar de que su abuela está siempre con ella en esa oficina improvisada que montó en la mesa de la cocina y que ya se ha quedado de forma permanente allí, el portátil con varios expedientes, un azucarero, tres pinzas de la ropa y una nota de la compra del supermercado.

Ricardo ya no está. Hace varios días que no lo siente. Por una parte está feliz, pues seguramente haya podido irse porque ha terminado lo que tenía que hacer en este mundo y estará, con los perros celestiales, paseándose por los parques de las nubes. Pero también lo echa muchísimo de menos y en su fuero interno ha puesto una especie de anuncio por si algún otro muerto necesita un hogar hasta que resuelva lo que sea que tenga pendiente y la pueda acompañar encendiendo cafeteras o cerrando grifos.

Su abuela no es capaz de hacerle ver que el de las fresas vaga por la casa de la madrastra de Ricardo. Varias veces ha pensado en dejarle pistas, pero al final ha tirado la toalla. Cuando Celia no trabaja o juega con los niños, la ve triste, tan tan triste que hasta el

comisario ese que la llamaba de vez en cuando se ha debido de hartar de sus continuas negativas y de oír siempre la misma voz lastimera al teléfono, «sí, gracias, mejor otro día, hoy no es un buen momento, gracias, comisario, gracias».

El comisario sigue pensando que su hombro, su pecho y su cuerpo entero podrían abrazar a esa mujer tan fuerte y tan frágil al mismo tiempo, tan desamparada y tan amparada por todo y por todos. Él quiere ver esos ojos, esa mirada, cada día, lo necesita, y no alcanza a entender cómo se ha podido prendar de ella con casi cincuenta y cuatro años. Él, el prototipo de hombre fuerte que no llora, ahora solo quiere verla y desea que todos los días aparezca algo nuevo para llamarla. Todas las mañanas, nada más llegar a su despacho, rastrea los correos e informes por si aparece el nombre de la mujer negra en alguno, con su primer café del día y los papeles viejos y nuevos que se caen de su escritorio, en los que algún detenido fijará su vista seguramente por la tarde, cuando le lean sus derechos.

Una madrugada, Celia se desvela pensando en la dichosa misa que tendrá que hacer dentro de poco para el aniversario y se da cuenta de que ha pasado prácticamente un año. Febrero, el mes del fallecimiento, el mes de las fresas.

De pronto, siente su corazón palpitar cada vez más deprisa. Se asusta, se levanta y se lo sujeta con la mano, como si acariciándolo pudiera hacer que fuera más despacio. Mira la habitación, la cama de matrimonio con su lado hecho, el galán de noche vacío y su mesilla sin sus pastillas ni su libro.

El de las fresas ha entrado de la mano de su abuela, que ya sabía desde hacía días que en ese momento Celia iba a desvelar el

misterio y él se podría marchar y dejar a la madrastra de Ricardo tranquila.

Él se sienta a los pies de la cama y la mira embobado, como la miró la primera vez por la calle, el día de su boda o cuando nació su primer hijo. La abuela se marcha a la habitación de los niños, porque entiende que ese es un momento íntimo.

Celia bebe un sorbo de agua y, agarrando todavía su corazón, dice en alto:

—Helado o fresas.

Lo dice mirando de frente, justo donde está él sentado.

—Eran fresas, era febrero, ¡en febrero no hay helados! ¡No hay helados en invierno, y era febrero! —le grita—. Era una pregunta en broma, ¿verdad?

Y rompe a reír a carcajadas, apartando la mano del corazón y saltándosele las lágrimas de risa, pues comprende; comprende que, en el momento de discusión y de ira, él se fue a por fresas, sí, y la pregunta era una broma, una gracia que le hizo para rebajar, para limar, para que ella se hubiera reído, la moto no hubiera pasado y, un rato después, Celia hubiera ido a buscarlo a la puerta de la frutería para darle un beso fugaz en los labios, con los niños agarraditos a su abrigo y el bebé llorando desconsoladamente.

El marido, Ignacio, se levanta, por fin se levanta y siente que se va a marchar porque ella ya ha comprendido. Aunque discutieran a menudo, aunque llevaran un tiempo distanciados, aunque los trabajos de los dos, los tres niños tan pequeños y la ayudante que se coló una tarde en sus vidas los hubieran separado, para él, ella era la mujer de su vida, su compañera, su amor, su cómplice. Y se alegra de que la pregunta en broma fuera su último gesto de esa confabulación, porque así el último segundo de los cinco segundos donde todo podría haber cambiado se lo dedicó a ella, a sellar con

ella la vida que había comenzado años atrás, cuando la vio a la salida del metro con cara de asustada. Ignacio se está yendo hacia una luz que ve a lo lejos y se gira por última vez para verla allí, aún riendo, con los brazos relajados, sentada sobre la cama, la espalda apoyada en el cabecero, el pelo de recién levantada, preciosa, sí, preciosa y risueña, como es ella. Se va sin despedirse siquiera de la abuela, para qué pararse si ya sabemos que la prisa la lleva metida siempre por dentro. Se marcha porque ya ha arreglado lo que tenía pendiente y, según salta al vacío de la otra dimensión, Celia deja de reírse y anota en la agenda de su mesilla de noche, donde tiene un bolígrafo para apuntar lo que recuerda en los desvelos, llamar al comisario para decirle que sí a un café. Lo anota exactamente así porque, después de tanto reírse, le ha venido la imagen de ese hombre corpulento de ojos ilusionados. Luego, saca la tarjeta de Abel Sánchez de su mesilla de noche y la rompe en mil pedazos.

En ese mismo momento, otro muerto con asuntos pendientes ha hecho que el del laboratorio de ADN enviara a Celia un *email* que había olvidado en la bandeja de correos pendientes de leer.

A Celia le pita el mensaje en el móvil y se asombra con el contenido. Su clienta no es hija ni del padre ni de la madre que figuran en el certificado de matrimonio. Por las edades, no puede tratarse de un bebé robado. Siente un escalofrío, que le envía el mismo muerto de antes, con el que constata que en ese caso hay algo turbio, muy turbio, que tendrá que ponerse a investigar de inmediato.

Aprovecha y llama al comisario. Ya tiene la excusa perfecta para quedar con él y hablarle de ese nuevo caso y de sus sospechas, y

así, si él estira de nuevo la mano para limpiar el mantel, ella se la sujetará con fuerza, mirándolo a los ojos para perderse en ellos.

El comisario atiende la llamada antes de que suene la segunda señal.

—Comisario, soy Celia. Tengo un caso entre manos que también está relacionado con el ámbito familiar y creo que te puede interesar investigar..., investigar conmigo. —Se atraganta al final de la frase y respira.

—Claro, cuando quieras. ¿Hoy mismo, ahora, dónde? —El comisario siente que sus palabras salen antes de que su mente pueda razonar y no sabe por qué se está atropellando, por qué quiere saltarse la conversación y esperarla ya mismo donde ella le diga.

Celia sonríe. Se da cuenta. No hace falta un autobús para que se le caigan los libros.

—Voy para la comisaría y vamos donde quieras. —Traga aire, respira y, entonces, movida por un leve empujón donde siente la mano de su abuela, se atreve a decirle—: Pero te advierto que estoy utilizando este nuevo caso de excusa, porque yo lo que quiero en realidad es volver a verte.

Febrero.

NOTA DE LA AUTORA

Quiero agradecer a Zoa Caravaca, editora de la editorial NdeNovela, la oportunidad y la confianza en este libro. El *email* de Zoa, la primera vez que nos pusimos en contacto, lo tengo enmarcado en mi zona de recuerdos más preciada.

También doy las gracias a las personas que leyeron el manuscrito y me animaron a intentar publicarlo. Las nombro por orden alfabético porque cada una me aportó el grano de arena necesario para la montaña final: Nuria de Cristóbal, Beatriz Florit, Paloma López-Guarch y Nuria Vas.

A Judith Armenteros, Eva M.ª Chaparro, M.ª Teresa Chinchetru, Patricia Guantes, Abilia Güemes, M.ª del Carmen Herráiz, Virginia Sánchez, Susana Sierra, Ana Isabel Suárez e Isabel Vicente porque, cada una a su manera, me ayudan e impulsan mis ganas de escribir.

En general, la novela tiene algo de todas mis amigas, porque da visibilidad a una mujer resolutiva, fuerte y valiente, con todas las culpas que nos deja la maternidad y con la sobrecarga y sobreexigencia de nuestra generación y nuestra educación. Menos mal que tenemos esos grupos de amigas donde se comparte lo bueno y lo malo y donde descargamos y aprendemos unas de otras. Mis grupos de WhatsApp tienen nombres como «Ya está bien»; «Las de siempre»; «Cuelgacuadros»; «Riaza 2020, en serio?»; «Mediacion33»; «Cenas primas Nerja»; «Realizando sueños» y en

ellos están casi todas mis amigas, más de cincuenta, un tesoro valioso para la edad que tengo, y les doy las gracias a cada una por estar en mi vida. Todas ellas han hecho posible que me invente un personaje, Celia, que las engloba y define.

El nombre de Celia Fuertes es mi homenaje personal a Elena Fortún, autora de los libros de Celia, los primeros que leía bajo la cama con una linterna cuando mis padres apagaban la luz de nuestro cuarto; y a Gloria Fuertes, cuyos poemas fueron los primeros que memoricé y con los que descubrí la magia de la rima.

Abel Sánchez es mi reconocimiento a Unamuno, en este caso extraído del libro así titulado y subtitulado *Una historia de pasión*, porque gracias a este autor conocí maravillosas figuras literarias y me animé a inventar otras.

Se citan en la novela otros autores y títulos de obras y nada es producto del azar. Todo está pensado en la medida en que me han influido a la hora de escribir, de canalizar mi creatividad.

La novela es ficción. No hay ningún personaje real. Ni siquiera existe el nombre de Zuima.

El trasfondo de la novela sí es verídico y he escrito sobre ello porque no comprendo que sea un tema tan silenciado y oculto. Espero que la lectura de *Con la luz encendida* contribuya a darle voz y a que todos dejemos de ser un poco cómplices por mirar hacia otro lado.

Con la luz encendida
Mónica de Cristóbal

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Miriam Bauer

© Mónica de Cristóbal, 2024

© Editorial Planeta S.A., 2024
NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.ndenovela.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2024

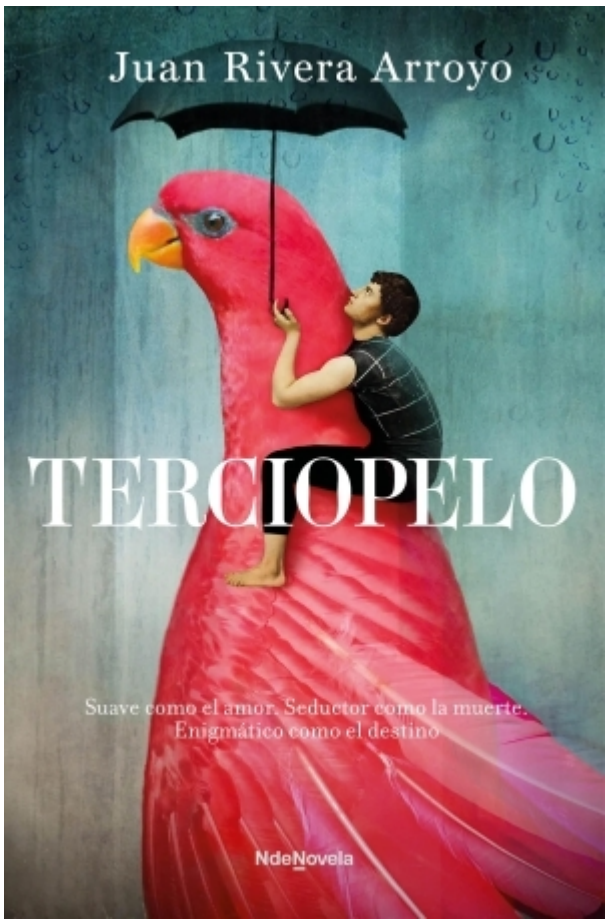
ISBN: 978-84-10140-16-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!


Juan Rivera Arroyo
TERCIOPELO
Suave como el amor. Seductor como la muerte.
Enigmático como el destino
NdeNovela

Terciopelo

Rivera Arroyo, Juan
9788410140172
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Suave como el amor. Seductor como la muerte. Enigmático como el destino.

Jules About, heredero de una fábrica de terciopelo, es **reclutado durante la Primera Guerra Mundial** para establecer junto a su padre el sistema de **palomas mensajeras en las trincheras**. Tiene solo diecisiete años y esa misión lo obliga a despedirse de su madre, de sus tías y de Gin, su primer amor.

Al recorrer los campos de batalla, Jules es testigo de la ferocidad y la **destrucción del hombre**, pero también del sostén de los sueños, porque por encima de la barbarie **siempre brota la esperanza**. Entre el alejamiento de su familia y la conexión con sus nuevos compañeros, Jules logra avances insólitos en sus investigaciones sobre **el vuelo de las aves**. No sabe nada de Gin, que sufre a manos de los invasores, pero ambos mantienen la **ilusión de volver a verse**.

Terciopelo es una novela de emociones, magistral y delicada, que habla sobre la valentía de **creer en la belleza**, un retrato alucinado

que penetra en el alma humana.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


La piel infiel
Atractivo, sensual, prohibido: cuidado con lo que deseas
Lara A. Serodio
NdeNovela

La piel infiel

Serodio, Lara A.

9788408284130

384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Atractivo, sensual, prohibido: cuidado con lo que deseas

Emma arrastra una vida **poco apasionante**. En su trabajo la exprimen y ella parece conformarse con las rutinas espaciadas junto a Nico, su pareja desde hace nueve años. Profundamente **aburrida y estancada**, prefiere ignorar que los primeros síntomas de una crisis han comenzado a asomar…
Hasta que se cruza con **un hombre que le resulta excitante**: doce años mayor, seductor y casado, Alexis es, además de exitoso, un cliente de peso para su empresa en la industria publicitaria. La mezcla ideal para que surja una **relación turbulenta**.
Una vez que comienzan a flirtear, Emma, como la Bovary de Flaubert, pasa a anhelar una vida construida sobre ensoñaciones, quiere convertirse en un **oasis de lujuria** y gozar de otra realidad. Sin embargo, incapaz de ser precavida con lo que desea, el *affaire* y la pasión desatarán una **tempestad emocional** de enormes proporciones.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


CARMEN MACEDO
LA NOCHE QUE SONARON LAS CAMPANAS
En el silencio de las montañas todos los ruidos anuncian la muerte
NdeNovela

La noche que sonaron las campanas

Macedo, Carmen

9788410140127

336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

EN EL SILENCIO DE LAS MONTAÑAS TODOS LOS RUIDOS ANUNCIAN LA MUERTE

El **cadáver de un concejal** aparece desmembrado y enterrado hasta las rodillas bajo las ramas de un **tejo milenario**. ¿Forma parte de un morboso ritual, de una venganza política o alguien ha copiado un **terrible asesinato** del pasado?

Las creencias populares y la celebración de unas **extrañas ceremonias** entre la niebla de las montañas asturianas inquietan al equipo policial encargado de la investigación, con el reflexivo **teniente Juan Peña** a la cabeza, quien deberá sumergirse en una realidad que parece más propia de otro orden.

Donde todos parecen ocultar algo, solo existe una manera de **hallar la verdad**: hurgando en lo más profundo de la sangrienta naturaleza humana, allí donde habita la **raíz del miedo**.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


EL VALLE DEL HIERRO
Ane Odriozola
En el siglo XVI el poder lo ejercían las grandes familias, pero una nueva desaparición hará que dos mujeres impongan la única ley posible, la ley del valle
NdeNovela

El valle del hierro

Odriozola, Ane
9788410140066
520 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Siglo XVI. Una nueva desaparición. Dos gremios enfrentados. Unas mujeres dispuestas a imponer la única ley posible, la ley del valle.

Una lluviosa noche de **1577**, el carbonero Domingo Harria sale de su caserío hacia la ferrería de Mirandaola, donde sus dueños, los Plazaola, lo están esperando. Asencia, su mujer, descubre a la mañana siguiente que **Domingo no ha regresado a casa**, y da la voz de alarma. No es la primera vez que alguien **desaparece en el valle**; tampoco será la última.
Tras varios días sin noticias, Asencia acude a la ferrería **en busca de alguna pista** sobre el paradero de su marido, pero, aunque allí le aseguran que **Domingo nunca acudió a la cita**, ella está convencida de que **los Plazaola mienten**. Su gremio nunca ha sido de fiar.
Años más tarde, cuando todo el valle parece haber olvidado a Domingo, salvo Asencia, **aparece en su vida Jurdana**, una joven de origen desconocido que no solo **guarda un gran secreto**, sino que huye de un pasado al que, tarde o temprano, deberá hacer frente. Solo espera **no tener que hacerlo sola**.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


CRISTIAN SCHLEU
MUERTE
EN TRES TEXTURAS
CUANDO LA MUERTE RESERVA MESA
REZA PARA QUE NO SEA A TU NOMBRE
NdeNovela

Muerte en tres texturas

Schleu, Cristian
9788408284031
480 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cuando la muerte reserva mesa reza para que no sea a tu nombre

Philippe Bouvier, chef del prestigioso **restaurante londinense** White Spoon, trabaja con su inseparable ayudante japonés, Tsu, en la elaboración del **menú degustación** de la temporada de invierno. La segunda **estrella Michelin** está en juego.
Tras dos años sin verse, Philippe recibe la visita de su cuñado, el capitán de Scotland Yard Hadrien Gibbs, acompañado de la sargento Harrington. Durante las últimas semanas, han aparecido en Londres una serie de **cadáveres con una peculiaridad muy gastronómica**: las víctimas, sentadas a la mesa, tienen el abdomen abierto y sin vísceras, dejando al descubierto un agujero en cuyo interior se encuentra el bolo alimenticio perfectamente **presentado y emplatado**.
La policía, desorientada y sin ninguna pista esperanzadora, decide acudir a los dos cocineros con el objetivo de que su **visión gastronómica** pueda iluminar algún detalle que les haya pasado inadvertido. Philippe ignora que, por su desinteresada colaboración,

puede estar a punto de pagar un **precio mucho más alto** que una simple estrella…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)